





JT

T.404351

C.





BIBLIOTECA RECREATIVA.



Tomo primero.



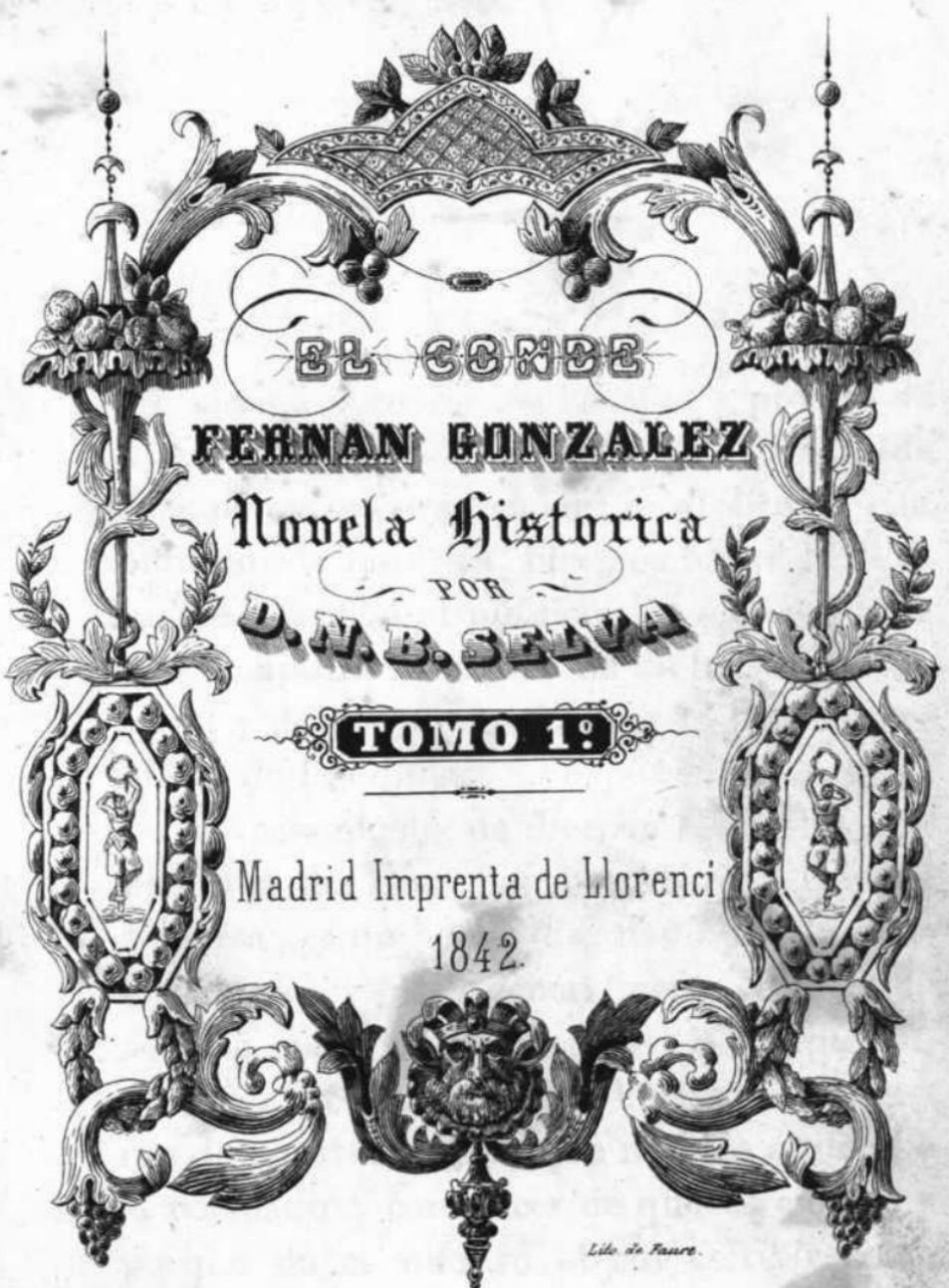


BIBLIOTECA REGIALE



Tomus primus





EL CONDE

FERNAN GONZALEZ

Novela Historica

POR

D. N. B. SELVA

TOMO 1º

Madrid Imprenta de Llorenç

1842.

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

LIBRARY

PHYSICS DEPARTMENT

5712 S. UNIVERSITY AVE.

CHICAGO, ILL. 60637

A.145310

PROLOGO.

Vamos á describir las hazañas y proezas de uno de los héroes que mas han merecido de la fama en nuestra nacion; y al titular esta obra novela histórica, creemos haber dado ya una satisfaccion al público de que no tratamos de apurar la verdad de un hecho de historia, y de que vamos á hacer el uso conveniente de la fábula.

El casamiento de Fernan Gonzalez con una hija de Don Sancho Abarca, Rey de Navarra, es un hecho disputado por los historiadores, y casi generalmente combatido por los mejores cronologistas, pero que sin embargo yace escrito, y no hemos podido menos de aprovechar, porque nuestro ánimo no es persuadir y convencer de que es cierto, y porque no es nuestro objeto escribir como

historiadores solamente lo que pasó, sino tambien como compositores de una novela lo que pudo suceder.

Deleitar á los que leyeren, hacer conocidos á algunos de nuestros antepasados, é instruir en las costumbres de nuestros mayores á muchas personas á quienes es poco agradable la lectura de la historia, han sido los objetos de nuestros trabajos.

Esperamos por lo tanto que no se nos censure de poco severos en la creencia de la historia, y daremos por bien empleada nuestra ocupacion si conseguimos con ella alguno de los objetos deseados.

Escudo de Armas del Conde

FERNAN GONZALEZ.

1.

REINANDO Abderramen en Córdoba, Garci Sanchez en Navarra, y sobre Leon Don Sancho *el Gordo*, poseía el Condado de Castilla el Conde Fernan Gonzalez. Nacido entre el rumor de las batallas, criado con las armas en la mano, y justamente irritado con los Reyes antedichos, no dejó de guerrear ya con uno ya con otro, ya con todos á la vez, hasta que los innumerables males que la funesta discordia lleva en su protervo seno, dejándose sentir por todas partes, obligaron á tan porfiados guerreros á que buscasen el descanso, sacrificando por algun tiempo sus rencores. Una tregua de dos años fue concertada con general beneplácito, y dió esperanzas á algunos de conseguir una paz duradera; pero se engañaron en su presagio. Cuando uno de estos genios devastadores domina sobre un Estado, inútil es el buscar una tranquilidad sólida. La paz es á sus ojos un bien precario que se debe adquirir á toda costa cuando faltan los recursos para sostener las luchas, y que se debe romper aun quebrantando las es-

tipulaciones mas sagradas, cuando se tiene poder para oprimir á los adversarios.

Por desgracia para nuestros padres, los cuatro príncipes, que en aquella sazón dominaban á España, tenían estos genios implacables, y solamente miraron la tregua como un medio de prepararse á mayores combates, deseando que feneciese para derramar un torrente de sangre y entregar la sociedad á la calamidad y el estrago.

Quando ya el tiempo veloz acercaba este plazo y la florida primavera, deshaciendo los yelos, indicaba la próxima estación de los furios marciales, amaneció un hermoso y despejado dia en que el astro luminoso, estendiendo sus vivíficos rayos, convidaba al placer á los mortales. Los valles amenos y profundos formados por los altos montes, que desprendiéndose del Pirineo sirven de muralla divisoria al condado de Castilla y la provincia de Alava, yacian en el silencio mas imponente, y toda la naturaleza parecia sumergida en el antiguo caos sin presentar un objeto animado, cuando dos caballeros armados de todas armas y seguidos de numeroso acompañamiento arribaron á la peña de San Adrian, y despues de subir parte de ella, entregando los caballos á los criados, fueron á sentarse á la inmediacion de la boca de la caverna, que ostentando el antiguo poder de los romanos, facilita la comunicacion de ambas provincias.

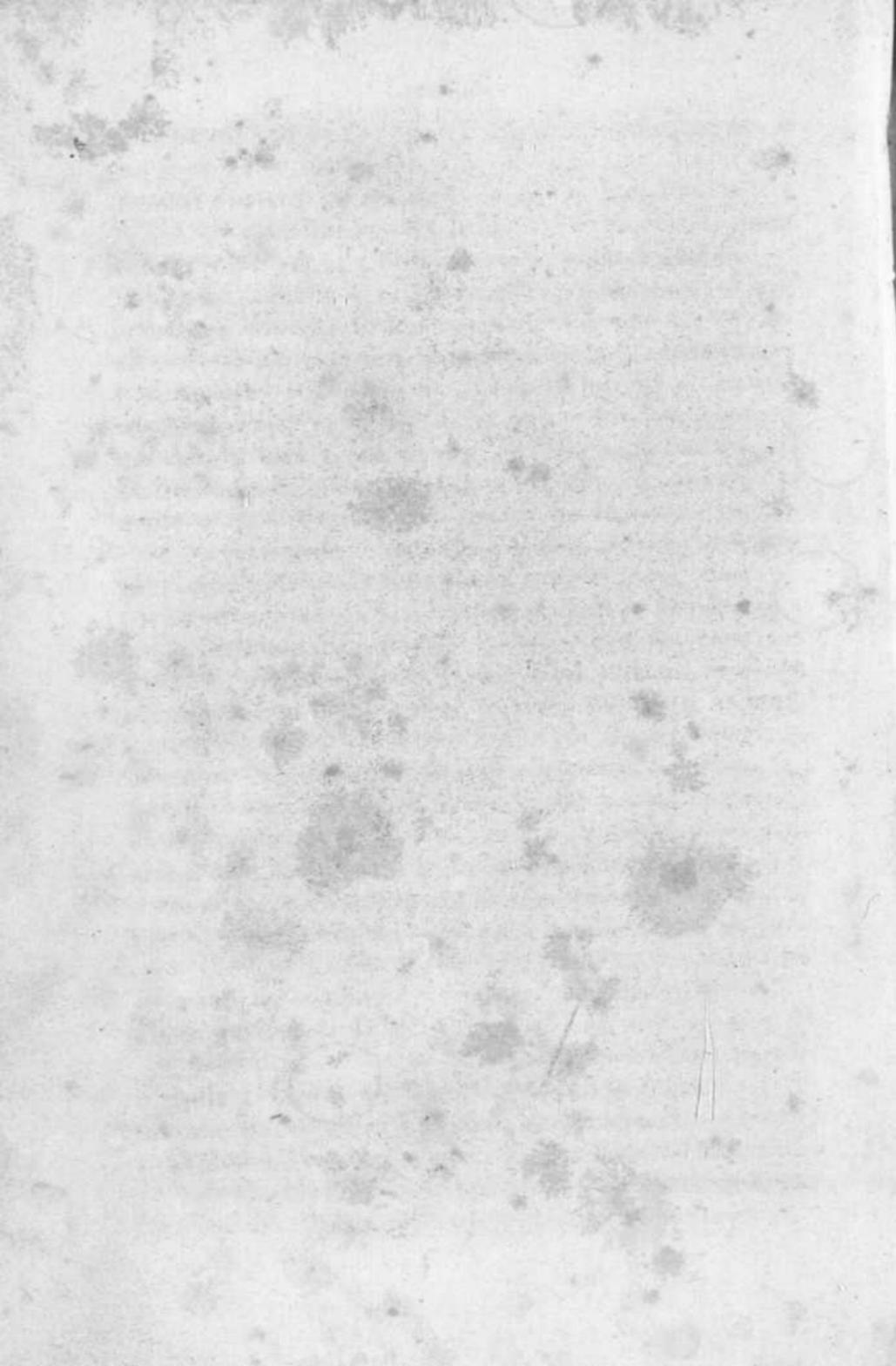
Alli, despojados de los brillantes yelmos, dejaron mirar sus bellas y varoniles facciones. El uno jóven, que apenas rayaba en los cuatro lustros, contemplaba al otro con indecible respeto, y este, que se encontraba en la flor de sus dias, y cuyo aspecto guerrero, inspirando interés, causaba temor, parecia sepultado en la meditacion mas profunda. Algunas lágrimas, que mal de su grado derramaban sus ojos, dieron ocasion



Lit. del Artista Barrie nuevo n.º 12

FERNAN GONZALEZ

Conde de Castilla.



á su compañero para que le preguntase por la causa de sus males, y él al oírle volviendo sobre sí mismo, como si tornara á la vida despues de un dilatado letargo, soltó las riendas al impulso del sentimiento.

— ¡Ay García! (esclamó con voz trémula y congojosa). Considero al pisar estas montañas, que aqui, en este mismo sitio, donde ahora estamos sentados, principié las gloriosas acciones que me han llenado de fama á la faz del universo, y que en mi corazon han causado un estrago que ni el tiempo ni la muerte son bastantes á concluir. Sí, amigo mio; esta gloria tan envidiable con que me corona la fama, es para mí el origen de una desgracia que me conduce á vivir entre suspiros y llanto sin esperanza de recompensa.

— Y bien, Señor, (preguntó el jóven García).— ¿Qué puede ser un motivo bastante para sumergiros en tan espantosa tristeza? Yo no veo nada capaz de abatir el corazon del Conde Fernan Gonzalez: vuestra alma es superior á todo, y seguramente me sorprendo al escucharos.

— No, García, *prosiguió el Conde*.— El amor no distingue de vasallos. Los héroes y los cobardes van de igual modo sujetos á su carro vencedor: todo cede ante sus ojos; todo se humilla á su poder; y no existe mortal que estando bajo su imperio no viva en la mansion de los suspiros. Amo, y no espero recompensa: esto produce mi llanto.

— ¿No esperais?... dijo sorprendido el jóven.— Os aseguro que no lo creo. ¿Quién puede ser tan osada que se atreva á despreciaros?—

— Doña Sancha de Navarra, respondió el afligido Conde, y haciendo un esfuerzo para tranquilizarse continuó.— Escúchame, y conocerás cuán fundados son mis temores.

2.

—Cuando tú aun no habias nacido; cuando tu venerable padre, el valiente Garci Tellez, sucumbiendo bajo el peso de su desgracia fatal huyó de su amada patria y buscó en la vecina Francia un asilo seguro contra las persecuciones de los Reyes de Leon, cumplia yo los cuatro años. Entonces principió á disponerse mi desgracia. Entonces tuvieron origen las disensiones funestas que tanta sangre han costado á Castilla y á Navarra, y se alzó entre mi amor y Doña Sancha una muralla insalvable. Ya tendrás noticia de los hechos; pero como la distancia desfigura todas las cosas, voy á referirtelos minuciosamente para que veas si me aflijo con motivo, y si temo con razon ser víctima de un tormento para cuyo remedio habia de vencer mi amada los prestigios del amor filial.

Los excesos que los leoneses cometieron contra nosotros en la época desdichada en que nuestros padres se llamaban sus vasallos, irritaron de tal modo á los nobles castellanos, que resueltos á no sufrir mayores tormentos sacudieron con osada frente el ominoso yugo, y dando la voz de *independencia* alzaron por propios y supremos dueños á Lain Calvo y Nuño Rasura con el nombre de jueces, negaron la obediencia á los Reyes de Leon, y sostuvieron sus derechos con las armas en la mano. Una guerra sangrienta agitó largo tiempo el Estado; pero luego que calmada la primera efusion de la ira, pudieron hacerse oír las voces de la prudencia, la paz retornó á nuestros hogares. Los Reyes desesperados de vencer á un pueblo que combatia por libertarse de una servidumbre insufrible, convinieron en que Castilla se gobernase por fueros particulares, y cediendo á la vez esta se conformó con prestarles ho-

menage reconociéndoles feudo, y pagándoles un tributo.

Pasados algunos años cesaron los referidos jueces, y Castilla puso su gobierno en manos de cinco Condes, entre los cuales mi abuelo Nuño Fernandez obtenia la presidencia, y mi padre Gonzalo Nuñez, que era el mas jóven de todos, mandaba y dirigia los negocios de la guerra. Dos lustros corrieron en tal estado, y Castilla dueña de sí misma alzaba la frente á la par de las mas valerosas naciones, cuando la mayor de las calamidades vino á llenarla de luto y espanto. El pérfido Don Ordoño, que poco antes habia ocupado el trono de los leoneses, descubriendo el encono que abrigaba en su corazon contra este condado invencible, fue la causa de nuestros acerbos males. El arrojó sobre España el gérmen de la discordia, y engendró en nuestros corazones los principios de un rencor inacabable, y que solamente puede calmarse saciando su sed en arroyos de sangre.

Un dia, el mas negro para España, recibió mi abuelo la órden de que él y los demas Condes se personasen en Leon para tratar con el Rey de la guerra con los Moros, y todos sin la mas pequeña sospecha se dispusieron á ejecutarla. La necesidad de no dejar á Castilla abandonada y sin gefe libró á mi padre de sufrir una suerte funesta, obligándolo á permanecer en Burgos, y sus compañeros marcharon en alas de la obediencia.

Mi abuelo Nuño Fernandez, el fuerte Almondar el blanco, su hijo el valiente Don Diego, y el anciano Fernando Ansurez, presentándose en Leon, se pusieron á merced de su enemigo implacable. Fueron recibidos con alhago y hospedados con magnificencia; pero luego que la noche tendió el tenebroso manto protector de la cobardía y del crimen, Don Ordoño hacién-

dolos conducir al alcázar los insultó con escarnio, y mandó que la mano del verdugo cortara sus heróicas cabezas, complaciéndose en mirar la espumosa y humeante sangre.

Un hecho tan espantoso, y de que tal vez no habrá otro ejemplo en el mundo, despertó el terrible valor de los castellanos, y entregándolos al despecho los obligó á que embrazando el acerado pino corriesen á tomar la mas espantosa venganza. Sus primeros pasos fueron felices; y el Rey de Leon, que en el centro de su bárbara complacencia esperaba encontrarlos sumidos en el llanto y la tristeza, tembló al mirarlos dispuestos á combatir denodados, y creyó abrazar el partido mas prudente en disimular su rabia y ofrecerles humildemente la paz, permitiéndoles continuar en su forma de gobierno, y minorando en gran parte los tributos que pagaban. Mi padre consideró lo arriesgado de la guerra, y deseoso de emprenderla en ocasion mas oportuna, accedió á la paz que pedia Don Ordoño, y tornó lleno de pesar á sus hogares. Entonces fue cuando tu padre salió de su patria. Era leonés; habia defendido la justicia de nuestros Condes, y la paz lo ponía á voluntad del tirano. Castilla no era un albergue seguro para su vida. Navarra no le ofrecia asilo bastante, y se vió precisado á pasar á la vecina Francia, donde coronó su nombre con laureles inmortales.

3.

Desde aquel infando dia yo no cesé de mirar las amargas y abundantes lágrimas que mi madre derramaba, recordando la desgraciada muerte del malhadado Don Nuño, y mas de una vez con mal articuladas palabras la ofrecí con juramento, que siempre tuve

presente, tomar una dura y honrosa venganza en la persona ó descendientes del pérfido asesino, lavando con sangre de éstos las manchas que en los fastos de la historia pudiera haber dejado la memoria de mi abuelo. Mi padre en el mismo tiempo no despreciaba unas inclinaciones que le eran tan agradables, y en los cortos momentos en que el despacho de los negocios se lo permitia, se dedicaba por sí mismo á inspirarme las mas nobles ideas, é instruirme en el ejercicio de las armas, revelándome los misterios mas útiles del arte de la guerra.

Sus continuas atenciones y la docilidad con que yo me prestaba á sus deseos, me pusieron muy pronto en estado de acompañarlo á los combates. A la edad de doce años ya manejaba un caballo y blandia la pesada lanza con tan excesiva destreza, que mas de una vez luchando en los torneos, arranqué los premios de las manos de caballeros famosos que ya los creyeron ganados. Estas ventajas no solamente servian de lisonja á mi juvenil orgullo, sino que tambien eran un incentivo á mis deseos de venganza, que mal de mi grado tenia que acallar. La guerra de sangre que Abderramen nos hacia nos llamaba sin descansar á la resistencia, y nos impidió dejar las armas de la mano, hasta que después de tres años de recios y porfiados combates logramos destrozarle un ejército numeroso con muerte de sus mejores soldados. Entonces volvimos á Burgos á repararnos de tan áspera fatiga en el seno de la tranquilidad mas perfecta; pero aun no habia pasado un año, cuando un repentino accidente arrebató de esta vida á mi padre, y nos dejó anegados en llanto, y presa de los horrores de una guerra civil y sangrienta provocada por un genio discolo y ambicioso por el mando.

Los estados de Castilla se reunieron luego en Cór-

tes para nombrar un Señor que supiera defenderlos. Los corazones de los vocales llenos de reconocimiento á los beneficios que mi padre habia tributado á esta provincia naciente les hablaron en favor mio, y en la edad de diez y siete años fuí elegido por caudillo del Condado, sin que me faltara un voto entre tantos concurrentes. Esta unanimidad me inspiró la mas ciega confianza, y no pude figurarme que hubiese un hombre bastante osado para disputarme un derecho tan solemnemente adquirido.

Don Vela, Conde de Alba, tuvo no obstante la temeridad de oponerse, y creyendo suficiente apoyo las fuerzas de sus vasallos, quiso obligar á Castilla á que lo reconociera por Conde. El acometimiento fue tan rápido, que antes de tener noticia de su rebelion lo ví acampado bajo las murallas de Burgos. Tomé precipitadamente las armas, y apenas pude reunir mil infantes y sobre doscientos caballos. Mi honor no me permitia permanecer encerrado: mandé abrir las puertas de la plaza, y saliendo con furor di una carga sobre su campo, y forzando las trincheras le incendié las tiendas, esparcí el terror por todas partes, hice que su ejército compuesto de tres mil infantes y novecientos caballos se entregase á la fuga mas vergonzosa, y volví á entrar en Burgos coronado del laurel de la mas completa victoria. No obstante, no me sentia satisfecho. Mi enemigo habia sido vencido, pero no debelado: existia; conservaba las armas en la mano; era preciso arrancárselas.

Los caballeros que continuamente llegaban á ponerse bajo mi mando, y las fuerzas con que contribuyeron los concejos, me pusieron pronto en estado de salir á campaña con ánimo decidido de no volver á mi alcázar hasta haber arrojado á mi enemigo de todo el territorio castellano. La fortuna me fue propicia, y

pocas batallas bastaron para obligar á Don Vela á buscar en estas montañas un asilo seguro á su vida, y un lugar á propósito para continuar la guerra. Desde aqui talaba y combatia mis dominios, y sin duda los hubiese destruido si yo no atajara precipitadamente sus deseos. Mi llegada mudó el aspecto de las cosas. Don Vela retraido en estas fraguras no se atrevia á desmandarse; pero jamás desconfié de vencerlo con mayor causa, pareciéndome imposible que llegára el dia de lanzarlo y desalojarlo de ellas.

Varias escaramuzas entre mis guerreros y los suyos me convencieron mas de las dificultades que se me ofrecian; pero ¿qué no puede un ánimo resuelto? Fatigado de tantas dilaciones é irritado de ver que el terreno se opusiese á mis deseos, emprendí últimamente la accion mas temeraria que recuerdo haber acometido en mi vida. Tú sabes que esta caberna permite solamente pasar á la provincia de Alava sin necesidad de vencer las cumbres de las altas montañas. Yo me resolví á llevar la guerra á las llanuras opuestas, obligando á mi contrario á bajar á campo abierto ó á perecer en las breñas cercado de mis soldados. Entonces conocí de cuánto son capaces mis castellanos.

La noche principiaba á indicarse cuando yo concebí tan arriesgado proyecto, y dando las órdenes oportunas para que al rayar el alba toda la gente se encontrase dispuesta al combate, me recogí á la soledad de mi tienda, é hice convocar á los valientes Nuño Nuñion y Fernan Mentalez, á quienes instruí de mi resolución y encargué el mando de mis tropas, advirtiéndoles el modo con que debian conducir los ataques, y haciéndolos responsables del suceso, por cuanto yo no podia estar á la vista de ellos. Tres horas despues me vestí de todas armas, y ofreciendo mi razon á Dios, imploré su misericordia para que me

ayudára en tan grave peligro como el que iba á rodearme en la mañana siguiente. Confortado con la oracion hice llamar á Diego Lainez, Gustio de Lara, Gonzalo Tellez, Luis Ordaz, Pero Gonzalez, Suer Fernandez, y Pelayo Pelaez, cuyo valor heróico no tiene igual en el mundo, y asociándolos á mi empresa les ordené que me siguieran sin mas armas ofensivas que las espadas y dagas.

Caminamos toda la noche, y á beneficio de la oscuridad llegamos antes que la luz permitiera distinguir los objetos, á aquel bosquecillo poblado de jara que se descubre sobre la derecha. Nos ocultamos entre los arbustos, y vimos con regocijo como al primer albor del dia nuestros valientes soldados asaltaron esta formidable montaña, y salvando los reparos levantados por los de Don Vela, dieron sobre el grueso de estos con tan fiera y terrible pujanza, que á los primeros esfuerzos los obligaron á retirarse hasta la boca de la caverna, y á parapetarse en ella para defender su paso.

Aquí se principió la lucha mas porfiada. Mis valientes empeñados en franquearla peleaban como leones: los soldados de Don Vela resueltos á defenderla, se oponian con todo esfuerzo: ninguno cedia á su contrario. La ventaja, sin embargo, estaba de nuestra parte: mi ejército combatia por entero, interin que del contrario solo se defendia una porción insignificante. Los míos se relevaban de continuo, y siempre vigorosos combatian contra hombres cansados. La oposicion principió á ceder, y la victoria se inclinaba á nuestra parte; pocos momentos hubiesen bastado para completarla, si Don Vela que observaba desde la cumbre no hubiera acudido al último remedio.

Viendo á sus soldados oprimidos de la muchedumbre, ordenó precipitadamente que todas las fuerzas de

su campo, pasando por la caverna, se opusiesen á las mias, y procurasen dilatar las alas de la batalla. Pero cuando la suerte destina la victoria á favor de un guerrero, son inútiles cuantos esfuerzos se hagan para privarlo de sus laureles.

Felizmente para mí, la fortuna me protegía en aquellos momentos, y el movimiento ordenado por Don Vela era la señal que yo esperaba para caer como carnicero tigre sobre mi presa, abatirla, y devorarla. Cuantos caballeros escoltaban á mi enemigo bajaron á incorporarse en los escuadrones para tomar parte en la batalla, y él quedó sin otra compañía que la de dos pages de armas sobre la cúspide de aquella roca, que parece inaccesible, y que le inspiraba por lo mismo la mayor confianza de poder estar tranquilo. Descubrí luego mi designio á los que me acompañaban, y principiando á subir la montaña por la espalda de Don Vela, ayudándonos de las dagas que clavadas en las breñas nos servían como de escala, llegamos por fin á su lado sin que hubiera podido sentirnos. Un grito de alegría fue la señal del combate, y sacando las cortadoras espadas corrimos velozmente á su encuentro aclamando la victoria, y ordenándole que se rindiese. En vano yo lo esperaba: Don Vela impávido á nuestra vista se dispuso á la defensa, y con el acero en la mano se dirigió hácia nosotros. Vergonzoso me hubiera sido agoviarlo con tanta ventaja. Dispuse que mis guerreros se contuvieran, y adelantándome lo provoqué á un combate singular. Pocas palabras fueron suficientes para entendernos: los golpes resonaron en los escudos, y nuestras almas se llenaron de furor. El brazo de Don Vela es muy fuerte, y yo experimenté todo su vigor. Luchó mucho tiempo, aunque rompiéndole el escudo y el yelmo le hice derramar un torrente de sangre. Fatigado de tanta demora le dirigí

una estocada, y si bien no tuvo el efecto que me propuse, porque Don Vela huyendo el cuerpo logró evitarla, me sirvió sin embargo de bastante, porque encontrándome con él cuerpo á cuerpo pude abrazarlo, y estrechándolo bien entre mis brazos, corrí hasta un precipicio horroroso que se halla á la otra parte de la roca, y lo despedí con violencia, haciéndolo bajar despeñado hasta lo profundo del valle, donde sino pereció lo debió solamente á la clemencia divina.

Sus pages llenos de pasmo con tan terrible suceso, huyeron amedrentados, y noticiando al ejército la muerte de Don Vela, que ellos creyeron segura, llevaron á los combatientes el terror y el desaliento. Los capitanes no dudando de que las fraguras habian sido ya ganadas, y temerosos de verse cortados, mandaron la retirada, que se principió con buen orden; pero luego que nosotros nos ofrecimos á su vista y corriendo sobre ellos, les hicimos sospechar que nos seguia mayor número, ya no escucharon la voz de los gefes ni los gritos de la prudencia, y se entregaron á la dispersion, quedando el campo cubierto de cadáveres. Llevada de este modo la guerra á las llanuras de Alava, tuvo fin en muy corto tiempo, y aun no habian pasado ocho dias cuando todos los pueblos estaban tranquilos y sumisos á mi mando. Don Vela permaneció algunos dias oculto en estas asperezas; pero viendo que la paz se hallaba ya establecida, y perdiendo toda esperanza de encontrar nuevos soldados, se fugó al reino de Córdoba á implorar el auxilio de los infieles para volver á la guerra.

4.

Quando acabé estas empresas y volví á descansar á Burgos era ya entrado el invierno, y licencié el ejér-

cito, previniendo á los cabos principales que reclutaran la gente para la entrada de la primavera. Mi ánimo era acometer á los moros, pero mis deseos tendian á chocar con los leoneses para saciar mi venganza. Un acaso me proporcionó esta satisfaccion, y abrió la puerta para la guerra. Los labradores de la frontera acostumbrados en otro tiempo á vejar á los castellanos protegidos por sus Reyes quisieron hacerlo de nuevo, y reunidos en asonada entraron en nuestro suelo talando las cosechas, y entregando al fuego y al saqueo las indefensas aldeas que cayeron bajo su mano.

Mis súbditos ofendidos se reunieron para la comun defensa, y dando sobre los leoneses cuando se retiraban cargados de botin, hicieron en ellos una espantosa matanza. La paz quedó alterada desde entonces, y apenas pasaba un dia sin haber nuevas desgracias. El odio que profesé á Don Ordoño se veia satisfecho con mirarlo destronado por la sublevacion de Don Sancho; pero esto no bastó á mitigar el que abrigaba contra los leoneses, y la guerra iba á ser declarada. Don Sancho, que anhelaba por la paz, se apresuró á proponerla ofreciéndome algunas satisfacciones; pero yo que ansiaba solo por guerra, con ninguna me conformaba, procurando entretener esta contienda pasiva hasta que el tiempo me permitiese decidirla con las armas.

Todo se presentaba favorable á mis deseos, cuando receloso el Rey les opuso un fuerte obstáculo y me obligó á someterme á la paz estrechándola con nuevos lazos, y á ofrecer que en diez años jamás intentaria contra él la guerra, sujetando nuestras discordias á la decision de árbitros.

El impedimento opuesto por el Rey de Leon á mis vengativos deseos fue la guerra de Navarra. Invitó al noble Don Sancho Abarca á que se declarase por mi

contrario; y este valiente guerrero, que no sabia descansar en la paz, se ofreció gustoso á complacerlo; y para cohonestar su procedimiento con un pretesto honroso, me envió sus heraldos á Burgos para noticiarme que se hallaba resuelto á recuperar con las armas algunas fortalezas que mis antepasados habian ganado sobre su reino, si yo voluntariamente no me conformaba á entregarlas. Sabia muy bien el navarro que su pretension habia de ser despreciada, y no se equivocó en ello.

— Si vuestro Rey, dije á los enviados, ha creido que el Conde Fernan Gonzalez es capaz de disminuir sus posesiones por un cobarde temor, podeis decirle que se ha engañado. Cuando Castilla me nombró por su caudillo juré conservar la y engrandecerla: el minorar su poder no cabe en un castellano. Si Don Sancho intenta aumentar sus dominios, que no espere conseguirlo con mis estados. Tiemble de mi furor si lo provoca, y sepa que de mi espada ni su alcázar está seguro.

5.

Mi contestacion produjo el efecto consiguiente. Don Sancho con su ejército penetró en el territorio castellano, y yo con el mio no tardé en oponerme á su furia. Las llanuras de Logroño nos vieron descender en un mismo dia con las banderas tendidas y en el orden de batalla, y el sol en medio de su carrera nos miró acometernos con el furor mas espantoso. Tres horas duró la lucha sin que se conociese la mas pequeña ventaja: mis castellanos al fin oprimidos con el escesivo número de los contrarios principiaron á retroceder, aunque sin abandonar la ordenanza. El júbilo se esparció en las filas de los navarros, y su Rey que creyó la victoria conseguida, daba orden para estender las alas de

la batalla con objeto de cortar á los que ya consideraba fngitivos. La desesperacion se apoderó de mi alma, y prefiriendo la muerte á la nota de vencido, echando en rostro su cobardía á mis soldados, clavé el acicate al caballo y me precipité sobre el enemigo, llevando por todo el terror y la muerte. Gustio de Lara y Diego Lainez me siguieron con su serenidad acostumbrada, y eternizaron su valor en la memoria de mis enemigos.

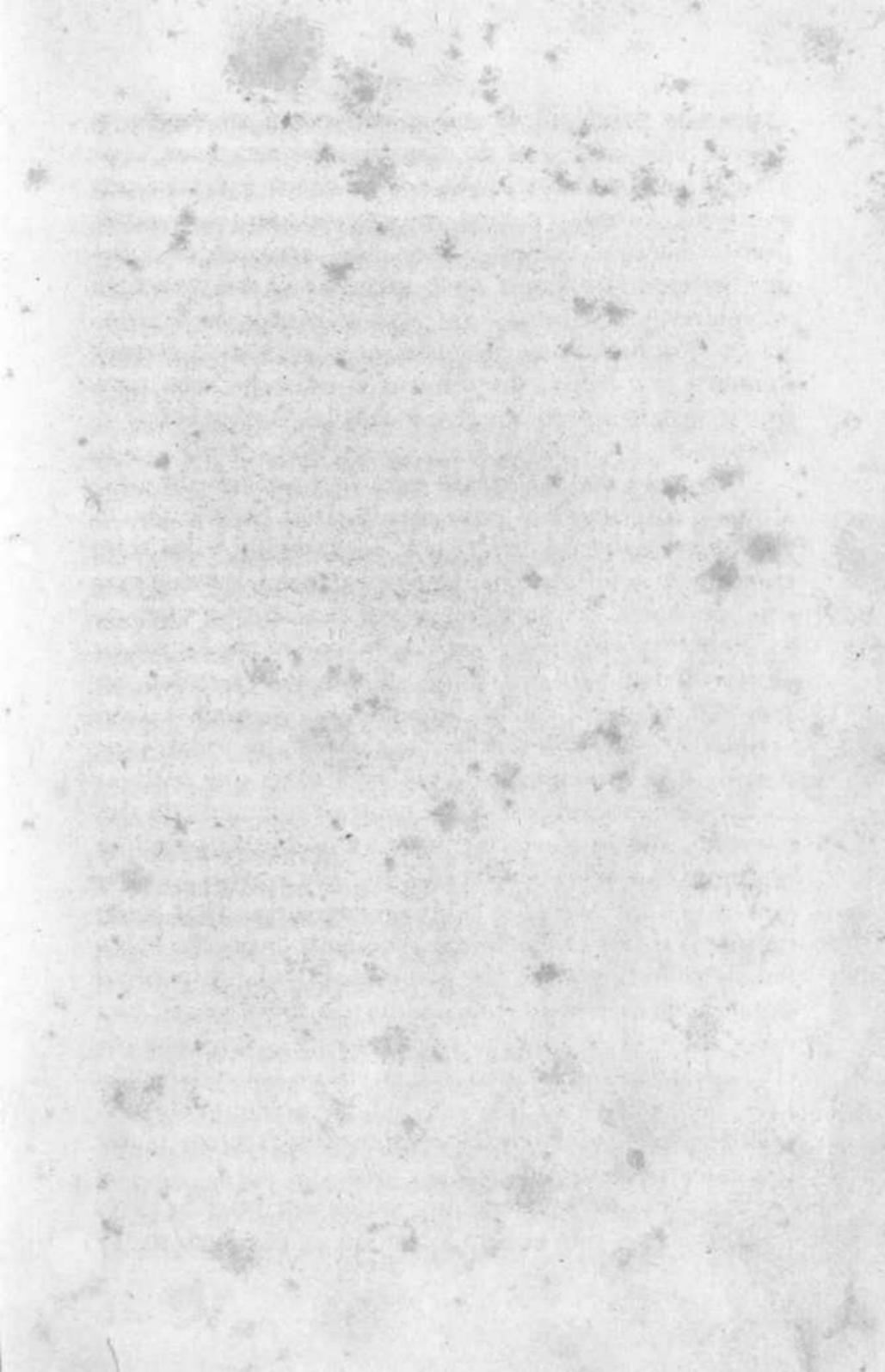
No causa mayores daños el desbordamiento del Duero en la estacion de las lluvias cuando estendiéndose por la campiña arrebatada con su corriente las tiermas mieses, que formaban la esperanza del aplicado labrador, que los que nosotros causamos en el ejército de Don Sancho engreido con la presuncion de la victoria. Detenidas sus primeras hileras para oponerse á nuestra furia, dieron lugar á mis soldados para que repuestos de su temor, avergonzados de su fuga, y deseosos de librarme del peligro en que yo me habia arrojado, tornasen nueva vez al combate, buscando con decision la victoria ó la muerte. La batalla se encendió de nuevo, y su éxito se hizo mas dudoso. Los golpes retumbando en la montaña, conducian el terror á larga distancia, y el eco lastimero del herido moribundo que en otras ocasiones inspira tanto interés á los pechos bien nacidos, solo se dejaba sentir en nuestros corazones para llevar á ellos el encono, la ira, y el bárbaro deseo de venganza.

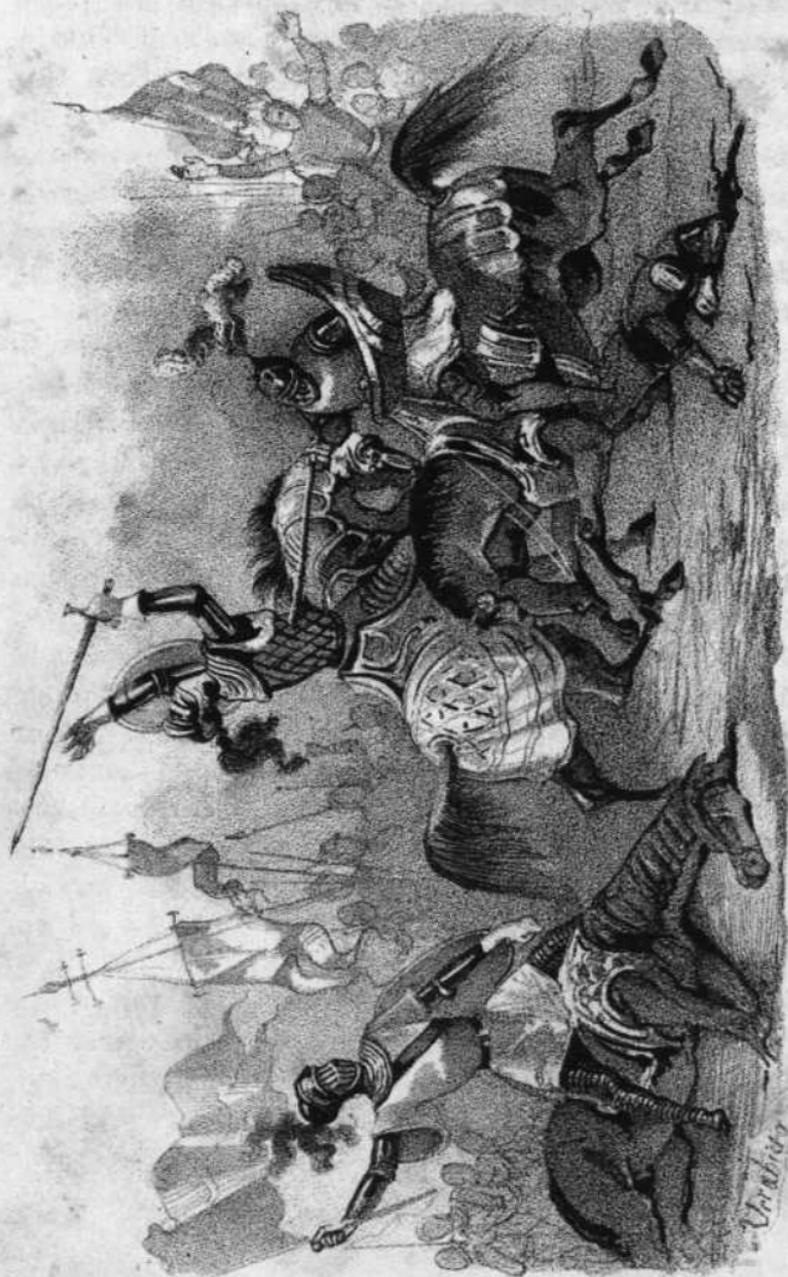
Estos eran los momentos en que habia de alcanzarse la gloria. Todos los rostros brillaban con el ansia de conseguirla, y ofrecian el cuadro mas grandioso á los ojos de los valientes. Los dos ejércitos se hallaban animados de unos mismos sentimientos; los dos querian vencer; ninguno queria ser vencido; ninguno ganaba un paso, pero tampoco lo perdia. En crisis tan

arriesgada principió el sol á declinar á su ocaso, y apenas daba esperanza de alumbrarnos una hora. Temeroso yo de que la noche nos obligára á separarnos con igual fortuna, recorrí mis escuadrones exhortándolos á hacer el último y mayor esfuerzo contra el tenaz enemigo. Mis pasos no fueron vanos: mis valientes acometieron con tanta furia, que el centro de la batalla de Don Sancho se desordenó, y volviendo cobardemente la espalda, dió ocasion á mi caballería para que peleando entre sus escuadrones pudiera aclamar la victoria.

Entonces conocí cuánto vale la presencia de espíritu en un general experimentado. Don Sancho corrió hácia los fugitivos; los detuvo, los ordenó, y los trajo consigo al combate. Su vuelta balanceó las ventajas que yo habia conseguido, y nos puso tercera vez en la duda. Sin embargo, mi condicion era la mejor en cierto modo; habia dividido el ejército contrario en tres escuadrones, y les impedia todo socorro. Esta ventaja era muy débil. La victoria estaba todavía indecisa, y la prudencia solo podia calcular que coronaria á quien desordenase á su contrario, cuando la oscuridad, que se acercaba, fuese un obstáculo para que pudiera rehacerse. Convencido de esta verdad, y creyendo que me seria fácil conseguirlo cargando con toda fuerza sobre el escuadron del centro, que ya antes habia cedido, pasé á las primeras hileras, y poniéndome á la cabeza de una banda de caballos, di una carga sobre él, esperando vencerlo con el solo acontecimiento, pero me equivoqué en ello. Aquellos hombres que tan cobardemente habian abandonado sus puestos, instigados por la vergüenza combatian como leones, y no retrocedieron un paso.

Así permanecimos algunos instantes; pero habiendo descubierto que el Rey luchando en el centro de la





El del Arzob. Barris nuevo n. 12

Unibida

batalla era quien sostenia toda su fuerza, me decidí á concluir la buscándolo frente á frente. Su aspecto venerable me infundia respeto; mas la vista del estrago que causaba en mis guerreros me llamaba sin cesar á la venganza. La emprendí, y la emprendí con tanto mas gusto, cuanto que sabia que arrancando la vida á Don Sancho arrancaba el valor á su ejército. Para llegar al término deseado tuve que luchar con mas de cien caballeros que me cerraban el paso: todos quedaron igualados con el polvo, y á pesar de sus esfuerzos vine á encontrar á mi enemigo, que reconociéndome en las armas no quiso negarse al combate. Pronto conoció Don Sancho cuánto era el peso de sus años.

Al primer golpe que recibió sobre el escudo su trémulo brazo quedó resentido, y abandonó débilmente el reparo, dejándolo descubierto al duro rigor de mis armas. La muerte se presentó desde luego á sus ojos: pero deseando el anciano Rey vender cara su vida, alzó con ambas manos la espada, y la dirigió contra mi cabeza esperanzado de agoviarme con el golpe. ¡Esperanza fatal! Yo no desperdiicé un momento. Al ver la actitud de Don Sancho toqué con el acicate al caballo, levanté prontamente el escudo, y recibiendo en él el desmedido golpe, clavé mi cortadora espada en el caduco pecho, y rompiendo la coraza le atravesé el corazon de parte á parte. Cayó; sus miembros convulsivos se estremecieron, y con un horrible grito lanzó el último suspiro. Su lamento fue repetido por sus soldados, y mi ejército lleno de júbilo gritaba sin cesar *Castilla y Victoria*.

Los Navarros despavoridos huyeron por todas partes, y en vano quisieron refugiarse en los parapetos de sus Reales. Allí los alancearon los valientes castellanos, y los precipitaron en la dispersion y el desorden.

6.

Un triunfo tan completo llenó de valor y entusiasmo á mis soldados, y hasta llegó á convencerlos de que eran bastantes por sí solos para conquistar la Navarra. Mil veces me manifestaron sus deseos de intentarlo, invitándome á que los condujera sobre los muros de Pamplona; pero yo mas precavido que ellos, conociendo que Don García irritado contra mí y codicioso por vengar la muerte de su desdichado padre, haria todos los esfuerzos á que naturalmente y como hijo estaba obligado, y reuniendo un ejército intentaria su desagravio, nunca quise consentir en sus deseos y permanecí tranquilo sobre mis fronteras, teniendo por mejor consejo *conservar* que *apetecer*. Mi prevision no me salió fallida. El nuevo Rey de Navarra al frente de un ejército de veinte mil combatientes, se presentó á pocos dias delante de mis trincheras provocándome á la batalla. Yo la rehusé con estudio, y prolongué los combates hasta que los frios nos obligaron á acuartelarnos.

Cinco años consecutivos pasamos en esta forma: la primavera nos encontraba con las armas en la mano, y el invierno con sus yelos nos obligaba á dejarlas. Afortunadamente hace dos que la tregua concluida ha dado mayor lugar al descanso. Sí, García, al descanso de mis soldados, pero no al mio. En estos dos años de tregua es cuando yo he sufrido mayores combates, y cuando se ha abierto en mi pecho la llaga que me obliga á maldecir el instante en que por primera vez tomé las armas.

Interin viví en la guerra ella sola me ocupaba: mi corazon libre de todo tormento no abrigaba otro deseo que el de la gloria; pero..... ¡ah! ¿Quién pudiera pre-

sagiarle las desgracias que esta gloria habia de proporcionarle?

7.

Luego que se contrajo la tregua, Don Sancho, Rey de Leon, convocó para Córtes sus estados, queriendo amenizar los festejos que á su apertura hiciese la nobleza, celebrando su casamiento con Doña Teresa de Navarra, hija del mal venturado Don Sancho Abarca, y hermana de Don García. Mi condicion me obligaba á comparecer en ellas, y me trasladé á Leon resuelto á no omitir medio para conseguir del Rey que intercediese con el de Navarra á fin de establecer una paz que uniendo á todos los cristianos nos dejara en libertad de combatir con los moros hasta arrojarlos del suelo que pisan há tanto tiempo con vergüenza nuestra y ofensa del Ser supremo.

Solo este motivo me hacia por entonces la paz agradable; pero otros muchos despues me la hicieron ya precisa. Cuando yo llegué á Leon estaba tambien alli el jóven Rey de Navarra, que quiso honrar el casamiento de su hermana acompañándola en su viaje, y tambien por mi desgracia se encontraba la hermosísima Doña Sancha. Mi deber me condujo al alcázar. El Rey me recibió con el decoro merecido por mi carácter, y hospedándome en su palacio fue la causa del incendio que me consume en el dia, y que acabará mi existencia entre un cúmulo de males.

Quando pasé á tributarle el homenaje debido, lo encontré con la amable compañía de las Infantas de Navarra, y puedo asegurarte con verdad que fue tan veloz en prender esta llama que me devora, que al inclinar la rodilla para besar la mano al Rey ya rendí el corazon á la bella Doña Sancha. En mi vida admiré tan portentosa hermosura. Sus ojos son la man-

sion de los amores, y sus labios carminados solo se abren para dar salida á las juguetonas gracias.

Mi turbacion hizo tal vez presentes mis sentimientos; y mi vista, que á mi pesar se dirigia al objeto que la encantaba, debió indudablemente hacer conocida á su adorada la pasion que me habia infundido. Dias y dias se pasaron en aquel alcázar entre el júbilo y los placeres; pero si en ellos participé de la comun alegría, tambien padecí tormentos que no es posible esplicar. Mi corazon aprovechando los momentos favorables, me conducia á la presencia de la que causaba su daño, y era toda su delicia. Mi pasion me incitaba continuamente á declararla mi sufrimiento, pero la memoria de que la tenia ofendida era un freno que el amor jamás pudo quebrantar. ¡Ay! ¡Cuán tirano es el amor condenado á vivir en el silencio! El dominaba en mi pecho, y á pesar de mi cuidado en ocultarlo, burlando mi vigilancia se hacia notorio en mis ojos, y se mostraba en todos sitios. En la mesa, en los torneos y en los juegos mi vista siempre fija en Doña Sancha, la declaraba con inequívocas señas que por ella me era grata la victoria, y que solo su hermosura era capaz de inspirarme el amor á la gloria y el deseo de la vida.

¿Y tú lo querrás creer? En tales momentos me parecia que la Infanta me amaba. Sus ojos se dirigian á los míos como para descubrir mis pensamientos, y un rayo de turbacion que algunas veces se iniciaba en su semblante, me llegaba á persuadir de que conocia mi cariño y lo aprobaba, y de que solamente el funesto recuerdo que á mí me imponia silencio, la obligaba á suspender sus amorosas miradas. Mas alejemos de mí estas lisonjeras ideas. Doña Sancha no puede amar al matador de su padre: yo debo vivir perpétuamente entre tormentos.

Desde que conocí el estado de mi corazón procuré con mayores instancias arreglar una paz con Don García. Mis esfuerzos fueron vanos, y á pesar de que le ofrecí los partidos mas ventajosos, resuelto á sacrificarlo todo por obtener su amistad, sus labios no decretaron otra cosa que la guerra. Destituido así de toda esperanza, y creyendo calmar mi pasión lejos del objeto que me la inspiraba, arreglé precipitadamente mis negocios con el Rey, y di la vuelta á Castilla. ¡Cuán engañosas son las esperanzas humanas! Ausente de mí la quiero mas todavía, y en proporcion de los obstáculos que se oponen á mi cariño....

— Aquí llegaba el Conde con su discurso, cuando el ruido de algunos caballos que entraban en la caverna por la boca fronteriza de la provincia de Alava le impuso silencio, llamando su atención á aquella parte. Un grupo de caballeros se dejó ver al momento, y pronto conocieron á Gustio de Lara que con algunos amigos iba á divertirse en la caza entre aquellas asperezas, gozando la hermosura de la apacible mañana. La vista del Conde sorprendió agradablemente á la alegre comitiva; y Gustio, á quien estaba encargado el gobierno de aquella frontera, corrió lleno de respeto á prestarle los obsequios que como á Señor le debía. Fernan Gonzalez lo recibió entre sus brazos, y después de algunos cumplimientos, tomando todos los caballos dieron principio á la caza, aprovechando el Conde la feliz ocasion que le proporcionaba aquel divertimento.

El ladrido de los perros indicó á muy poco rato la carrera de un ligero venado, y precipitándose en su alcance todos los caballeros, dejaron á Gustio y al Conde en aptitud de hablar sobre negocios de estado.

— ¿Y qué te parece de Don García? dijo á poco rato el Conde.

— Opino, Señor, contestó Gustio, que solo tardará en renovar la guerra lo que la primavera en presentarse. Sé de positivo que se halla reuniendo un poderoso ejército, y no dudo de que será el primero en acometernos. Su máxima militar es que el primero que inspira el terror lleva ya conseguida una ventaja.

— No importa, replicó el Conde. Tal vez su objeto sea pelear con los moros: sabe que yo estoy apercibido, y.....

— No confiéis tan fácilmente. Don García no intenta guerrear contra los Mahometanos. El los admite bajo sus banderas de igual modo que á los cristianos de cualquiera nacion que sean. Ha concedido grandes mercedes á los que se alistén en su ejército, y además procura á toda costa entusiasmarlos. Dentro de ocho dias les ofrecerá una diversion guerrera, y el premio del vencedor, que será una banda bordada por su amable hermana.....

— ¡ Por su amable hermana! exclamó vivamente el apasionado Conde.

— Sí señor, continuó el caballero. Una banda bordada por la jóven Doña Sancha, y que ésta misma pondrá al cuello del vencedor en el torneo, será el mayor estímulo para los valientes, y.....

— Basta, dijo el Conde con desesperado acento, que llenó de sorpresa al caballero, y precipitándose entre los cazadores obligó á Gustio á seguirle.

9.

En tanto que así se divertia Fernan Gonzalez, su poderoso enemigo se preparaba para arruinarlo. Las mercedes concedidas por el espléndido Rey de Navarra á cuantos quisiesen ayudarle á vengar la muerte de su

anciano padre, habian reunido bajo su estandarte los mas valientes guerreros.

La ciudad de Pamplona presentaba un aparato grandioso. Sus calles ocupadas continuamente de soldados, en cuya acerada armadura reflejaban los rayos del sol produciendo agradables luminarias, retumbaban con el golpe del martillo que cayendo sobre el yunque, contribuia á la preparacion de las mortíferas puntas que embotadas en los pechos de los castellanos habian de hacer que corriese la española sangre; y su campo poblado de blancas y vistosas tiendas formaba otra ciudad tan magnífica y tan ámplia como la misma que circuia.

El Rey contemplando este cuadro grandioso se entregaba á las plácidas ideas de un triunfo seguro, y poseido del entusiasmo que produce la victoria ordenó una revista, y repartió en ella tantas gracias como pudiera repartir cuando se encontrase en Burgos. No eran sus esperanzas infundadas: su ejército se componia de cuarenta mil combatientes, y los cabos que los mandaban jamás sacaron la espada para envainarla cobardemente. Rui Jimenez, llamado *Sanson*, mandaba un tercio de gallegos conocido por invencible: Pero Perez acaudillaba mil y doscientos leoneses que intentaban satisfacer sus propios agravios. Diego Omaña y Alvar Gomez conducian dos mil asturianos armados á la ligera, y elegidos de los mejores soldados. Ludovico, Tebaldo, Gofredo, Clodomiro y Arturo capitaneaban á mas de ocho mil franceses, y el valiente Fortun Sanchez, Tell de Aibar y Suer de Stúñiga gobernaban á los navarros. En estos hombres temibles cifraba Don García sus esperanzas, y mas que en ellos todavía en un tercio de sarracenos, que desde las bellas campiñas de Córdoba habia conducido á la áspera y helada Navarra el implacable Don Vela, para

quien siempre era grato combatir contra Gonzalez.

Luego que este perdió el condado de Alba, se sometió al poder de los moros, y militando bajo sus banderas siempre buscó la destruccion de Castilla para arruinar á su Conde. Las treguas estipuladas por este con el Rey Abderramen impidieron á aquel genio discolo y vengativo que pudiese aplicar la bastarda llama que ardia en su implacable pechó á los muros de la hermosa ciudad, que era el asilo de la religion y de la patria que en otro tiempo lo alimentaron.

Ocioso, vago, y sin medios para satisfacer su venganza caminó errante por varias cortes, hasta que teniendo noticia del armamento de guerra que Don Garcia preparaba, consiguiendo de Abderramen un tercio de aventureros, pasó precipitadamente á Pamplona ofreciendo con ardor ser siempre el primero y el último en el combate. Su brazo no era despreciable; su genio meditabundo le daba la mayor comprension, y su carácter pérfido, simulado y astuto lo hacia capaz de las mayores empresas. El Rey, que no desconocia sus terribles cualidades, lo miraba con la mayor complacencia, y esperando encontrar en él no solamente un fuerte y resuelto guerrero, sino tambien un confidente seguro, deseoso de inspirarle interés hácia su persona, mandó que se le hospedara en su propio palacio, y que se le tributasen los honores que solo se concedian á los Infantes naturales.

Don Vela, á quien un interés recíproco hacia necesaria la benevolencia del Rey, no desperdiciaba las ocasiones de acreditarse; y como no era el odio á Fernan Gonzalez el solo motivo de sus asíduas atenciones, pues tambien le obligaba á ellas el amor que concibió por Doña Sancha, fue tan tenaz y porfiado en servir á Don Garcia, que ganándole el corazon llegó á dirigir hasta sus pensamientos,

19 Cuanto más se acreditaba con el Rey mas perdía Don Vela con la Infanta, para quien la virtud únicamente tenia atractivos. La imagen del Conde Fernan Gonzalez se hallaba impresa en su alma con caracteres indelebiles; y aunque un riguroso decoro la obligaba á repugnarla, no por ello dejaba de serle amable, á lo menos lo bastante para aborrecer toda otra, y mas aun la de un hombre de quien habia formado el concepto mas despreciable. Ni el odio ni el amor pueden ocultarse largo tiempo. Don Vela apercibió con desagrado el que le profesaba su querida, y suspiró con el mayor sentimiento; pero creyendo que podria vencer su desden con obsequios, propuso al Rey que para animar á los soldados les proporcionara diversiones donde hacer alarde de su destreza, y Don Garcia por complacerlo publicó el torneo de que Gustio hizo referencia á Fernan Gonzalez.

10.

Cuando el dia aplazado para este se aproximaba, Pamplona principi6 á llenarse de caballeros, que abrasados por el amor de la honra concurrían de todas partes, inundándola de colores y divisas, que la hacían semejante á una vasta y deliciosa pradera, donde entre la verde alfombra del césped se descubren los matices de las esmaltadas flores. El número de cristianos que concurrieron á la fiesta no era sin duda mayor que el de los gallardos árabes que atrajo la fé de la palabra de Don Garcia; y jamás se miró mezcla mas prodigiosa que la formada en aquella sazón por las brillantes *armaduras* y *vistosos plumages* de los unos, y los *turbantes*, *marlotas* y *alcaicemes* de los otros.

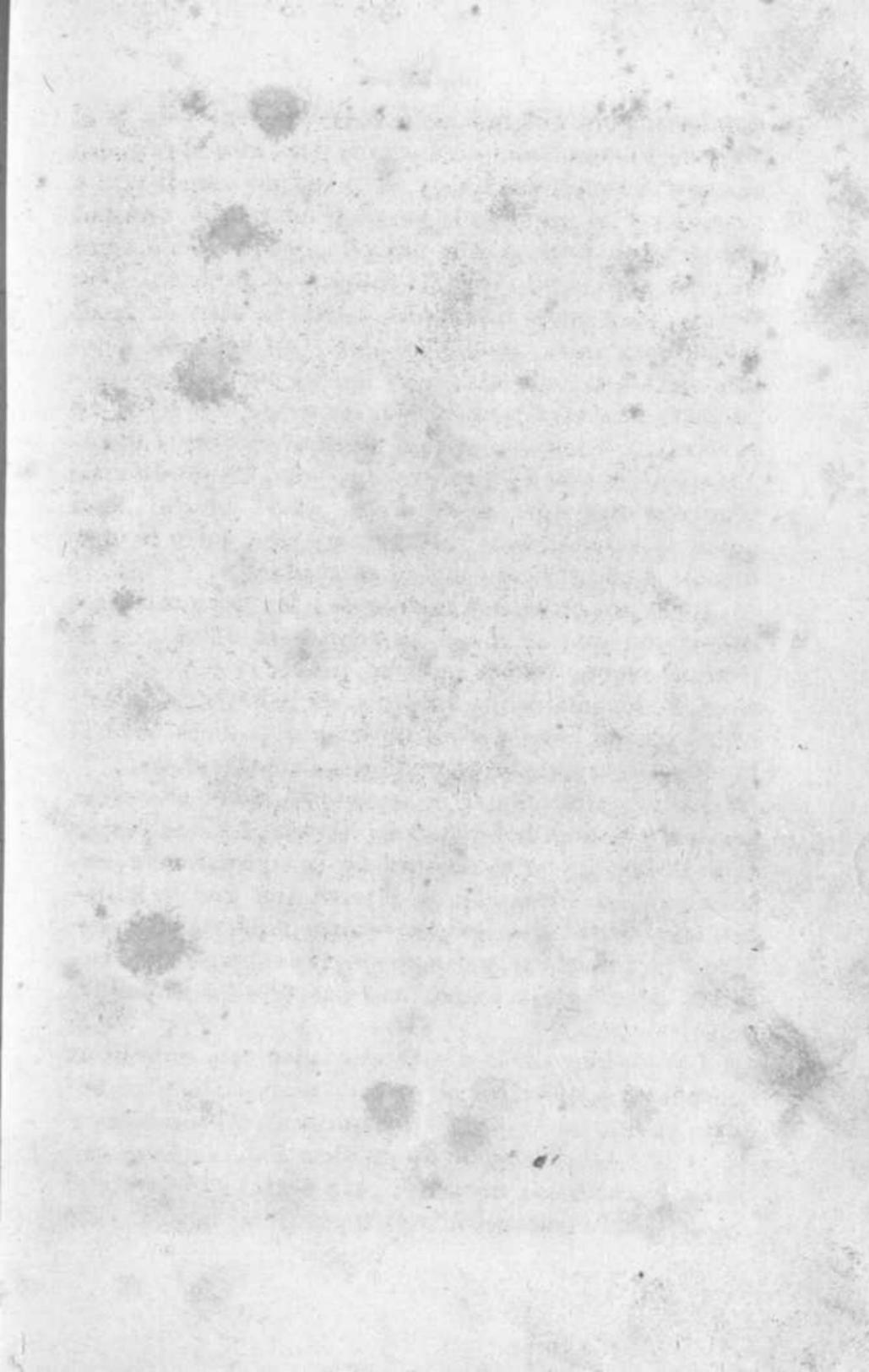
Muchos de los caballeros que deseaban tomar parte en el torneo pretendieron el honor de sostener el

combate, pero ninguna instó mas que Don Vela y el valiente Fortun Sanchez. Incitaba para ello al primero el amor á Doña Sancha, y el deseo de acreditarse á sus ojos; y al segundo le movia la inagotable amistad que siempre profesó á la Infanta, y que cualquiera hubiese confundido con el amor mas perfecto. Don García, para quien uno y otro caballero eran de igual modo apreciables, pues si en Don Vela veia una persona necesaria, encontraba en Fortun Sanchez un amigo de su infancia, y un hijo de su respetable ayo, no se atrevia á decidirse, y pasó muchos dias en la duda. Venció al fin esta á favor de Don Vela, creyendo mas prudente obsequiar al forastero que al natural, con quien le era mas fácil disculparse, y en quien la obediencia y respeto eran deberes sagrados.

Rayó por fin la aurora deseada: las cajas militares anunciaron que se iba á principiarse el torneo, y la trompa sonora indicó hallarse franca la entrada del circo. Se levantaba este á un tiro de ballesta de la muralla, y nada faltaba en él de cuanto pudiera ser cómodo á los espectadores y útil á los combatientes.

Es imposible pintar las galas que en él se vieron. Cuantas personas habitaban en Navarra capaces por su clase de escitar las atenciones de la concurrencia, ostentaban con emulacion la riqueza con que se hallaban favorecidas. Las gradas estaban cubiertas de plumages y penachos, y las purpúreas cortinas que cubrian el balconage hacian vistosas oleadas impelidas por el viento.

Las jóvenes de la Corte ataviadas con magníficos adornos se disputaban el premio de la seductora belleza, ya que no les era dado aspirar al del combate, y llenas de júbilo placentero animaban á sus amantes con tiernas y cariñosas miradas; pero ninguna entre todas igualaba en hermosura á la virtuosa Doña Sancha. Esta





Lit del Artista Barrio nuevo n. 12.

DOÑA SANCHIA

Infanta de Navarra

jóven, hermana del Rey, parecia al lado de las damas de su corte lo que el astro luminoso del dia comparado con los mústios planetas que decoran la noche. Vestida con un bello ropage azul, parecia á la imágen del amor en la estacion de los celos. Su tez sonrosada, que superaba en blancura á la gola que adornaba su cuello, tenia toda la frescura de las primeras flores de Abril, y los rayos de gracia que se desprendian de sus negros y rasgados ojos, eran bastantes por sí solos para obligar á los combatientes á disputarse el ofrecido premio.

Un balcon entapizado con el gusto mas esquisito era la mansion de la Real familia; y habiéndolo ocupado Don García, una melodiosa música dió la señal del combate.

11.

Cuatro heraldos situados en los estremos del circo leyeron en alta voz las condiciones con que se franqueaba el campo, reducidas á prohibir todo acto de alevosia, y luego compareció el mantenedor del torneo.

Montaba el intrépido Don Vela un noble y gallardo alazan tostado mas ligero que los vientos: vestia unas armas doradas fulgentes cual cristalino brillante, y en su casco de hechura romana flotaba una ondulante cimera de color encendido de fuego. Esta divisa y el *mote* que habia elegido, no dejaban duda alguna de sus amorosos deseos.

En un magnífico escudo y sobre campo verdoso se veia pintado un fénix consumiéndose en el voraz elemento que de sí mismo arrojaba, y en su circunferencia se leian los siguiétes versos:

Ave soy apasionada
que al impulso de mi ardor
muero, y renazco de amor.

Paseó tres veces el espacio seguido de doce lacayos ricamente vestidos del color de la divisa, y con la serenidad de su rostro y su orgullosa presencia hizo conocer á todos que su vanidosa alma al pisar aquel terreno mas lo contemplaba como el teatro donde debia coronarse del triunfo, que como el lugar en que habia de disputarlo. Las voces de los jueces del campo que por última vez resonaron convocando á todo caballero á la contienda y al premio, lo obligaron á colocarse en el sitio que le estaba designado, y á que enristrando la lanza se apoyase con seguridad sobre los estribos esperando la llegada de sus contrarios, que apenas tardaron en presentarse.

Tres caballeros noveles se le opusieron sucesivamente: los primeros golpes describieron su desventura, y antes se les vió en la arena que se les viera en el combate. Don Vela se envanecia con estos pequeños triunfos, y la plácida sonrisa se descubria entre sus labios, cuando el noble Fortun Sanchez se presentó en la palestra. Montaba un blanco troton, y para manifestar la envidia que lo acosaba y complacer á la Infanta, habia elegido azul la divisa. En su escudo se miraba un valiente leon, de cuya boca se desprendia una rosada cinta, y en ella se leia el siguiente *mote*:

Amor á lidiar me llama;

Por amor combatiré,

Y el triunfo conseguiré.

Llegóse el fiel caballero hasta el balcon de su Rey, y pidiéndole licencia para emprender el combate, marchó en busca de Don Vela. El odio se veia pintado en los rostros de ambos, y se miraron largo rato cual si no se conociesen.

Sonó la señal de acometerse, y ambos lo hicieron

con tanto encarnizamiento como si se disputáran la existencia. Estuvo dudosa la victoria por algun tiempo, y el pueblo navarro no podía encubrir en su sobresalto el interés que tomaba por su caballero. Todos rogaban por la victoria de Fortun Sanchez; todos la deseaban, cuando el intrépido Conde dándole un formidable golpe de lanza lo derribó del caballo. Un grito de admiracion resonó en todo el espacio, y Don Vela fue considerado como vencedor, pues nadie creia vencible al que derribó al caballero mas valiente de Navarra. El mismo Don Vela se complacia en tan alhagüeñas ideas, y mucho mas cuando poco tiempo despues triunfó de otros dos combatientes.

Muchos eran los aplausos que le prodigaba la concurrencia, y mucha la desconfianza que se abrigaba en los pechos de los futuros combatientes, cuando un caballero desconocido cubierto de armadura negra, y montando un caballo de igual color, pidió la entrada en el circo.

Los jueces del campo le pidieron el nombre, y él formando un misterio en ocultarlo, juró sobre la cruz de la espada que era ilustre y generoso, y pidió que se le inscribiese en lista con el solo distintivo de *el vencedor de Don Vela*. Es difícil esplicar la sorpresa que su arrogancia causó en la multitud de espectadores. Todos miraban con asombro al nuevo caballero, y admiraban el contraste de sus negras armas con el blanco color de la divisa, y con la arrogante empresa que habia elegido. En su escudo se veia una graciosa victoria coronada de laurel, y en las hojas y con caracteres dorados se leia:

Vengo á vencer solamente.

Tiembla ya mantenedor,

Que lucha por mí el amor.

Con su presencia acreditaba su nableza, y el rico aparato de sus armas la persuadía. Suspensos quedaron los jueces, y no se atrevían á permitir la entrada al caballero sin levantar la celada, cuando el generoso Rey ordenó que se alzase la barrera. Entró, pues, seguido de veinte lacayos que arrastraban por el suelo veinte banderas moriscas, y colocándose frente á Don Vela blandió una pesada lanza con admirable destreza.

El orgulloso mantenedor tembló solo de mirarlo, y los espectadores puestos en pie inmóviles y estáticos, no se atrevían á respirar.

Sonó la trompa guerrera; clavaron los acicates á los ágiles caballos, y se acometieron con violencia. Resonaban los golpes con estrépito, y se sucedían sin intermision. Pronto se conoció la debilidad de D. Vela. Buscaba inútilmente cómo derribar á su contrario. El escudo del ignoto caballero, veloz como el viento, siempre lo encubría, al tiempo que su lanza formidable aprovechando los descuidos de Don Vela, lo hería con furor en el pecho.

Cerca de una hora pasó en tan violento combate: los dos caballeros hartos de luchar se llenaron de ira, y olvidando las defensas solo pensaban en derribarse: ya no disputaban el premio: la honra y la fama eran ya el objeto principal de sus golpes.

El concurso participaba de la mayor emocion: los ojos de todos se hallaban fijos sobre las puntas de las lanzas. Los combatientes solo á sí mismos se veían: ambos retrocedieron, ambos volvieron á juntarse, y se separaron con igual suceso. D. Vela enristró con furor la pesada lanza; ofendió al caballo con el acicate, y partió contra el caballero: mirólo éste sosegado; huyó con velocidad el cuerpo, y D. Vela con la violencia dió con el pecho en la cabeza del caballo. Su contrario pudo abatirlo en este momento; pero despreció una ocasion azarosa, y

lo dejó reponerse. Volvió el mantenedor al combate, y preparó un segundo golpe. — Basta, — gritó con furor el caballero, y partió veloz como el rayo: Don Vela tembló; quiso reponerse, y presentó el escudo: era ya tarde; la ferrada lanza del caballero de las armas negras habia tocado en su pecho y lo tenia fuera de la silla: el concurso lanzó un grito de terror, y Don Vela hendió el aire y cayó á veinte pasos de su caballo. Crujieron con estruendo las armas, y el orgulloso mantenedor sintió en su pecho la opresion de la muerte.

El vencedor dejó el caballo, corrió en su auxilio, y quitándole el yelmo lo hizo volver á la vida. Ocupó de nuevo la silla, y recorrió triunfante el circo recibiendo aplausos, y tomó el lugar de Don Vela para continuar el combate.

42.

Las voces de los heraldos y los manifiestos deseos del Rey, que gustaba de prolongar aquella fiesta, hicieron que veinte y dos caballeros sucesivamente se presentáran. El caballero de las armas negras hizo alarde con ellos de su destreza, prolongando las luchas á su placer, y derribándolos á su agrado. Nadie osaba ya combatir. Tres veces resonó la voz de los heraldos, y ningun caballero parecia: el triunfo iba á publicarse. Don García se encontraba impaciente y el vencedor se alegraba de ello.

Publicad de nuevo la lucha, dijo, llegándose á los jueces.

— Publicadla, gritó Don García, y volviéndose á los caballeros que le rodeaban continuó. — ¿Tan poco vale mi hermana que no buscais complacerla? Inmediatamente fue obedecido: sus caballeros todos le dejaron, y tomando briosos caballos penetraron en el

circo. Pero Perez, Ruy Jimenez, Albar Gomez y Tebaldo de los cristianos: Reduan, Almanzor y Zaide de entre los moros, lucharon progresivamente: su suerte fue la de tantos, y el polvo les ofreció el oprobio y la vergüenza. El Rey se dió por satisfecho y se concluyó el combate. Los heraldos gritaron: honra al vencedor. Y el pueblo entusiasmado dijo repetidas veces. Viva el caballero de las armas negras: viva el vencedor en tantos combates. *Viva el caballero de las armas negras: viva el vencedor en tantos combates.*

Los lacayos del caballero levantaron las banderas, lo cercaron, y coronaron con ellas. Las cajas sonaron, y el Rey mandó que se le adjudicara el premio.

Dejó prontamente el caballo, y llegando á los pies de la Infanta dobló respetuosamente la rodilla. El momento era llegado: no podia recibir el premio sin descubrirse, y el pueblo ansioso por conocerle fijaba en él sus miradas.

Caballero, dijo el Rey. — Habeis triunfado incógnito, vais á recibir el premio de la mano de una Infanta. Decid cual es vuestra patria.

Castilla. — Respondió el caballero.

— ¿Vuestra clase?

— Ilustre.

— ¿Vuestro nombre?

— Fernan Gonzalez, dijo: alzó la visera, y dejó ver su venerable rostro. — El asombro se apoderó de todos los corazones: nadie creia lo que tenia presente, y el Rey mismo se hallaba turbado. Los ojos del héroe brillaban en tanto con la mayor alegría, y en medio de sus enemigos se mostraba tan complacido y seguro como pudiera estarlo en su propio alcázar.

El Rey por fin le alargó cariñosamente la mano: el pueblo gritó: *viva el Conde Fernan Gonzalez*: y la noble Infanta tomó el premio para adjudicarlo.

Su rostro se hallaba encendido; su corazón palpitaba de júbilo, y sus manos temblaban con la vergüenza. Gracias á Dios, exclamaba interiormente. Mi banda honrará el pecho de un hombre generoso, y no encubrirá el corazón de un malvado.

— El Rey ordenó que principiara la ceremonia, y la Infanta colocando la banda en el cuello del héroe le dijo con turbación. — Recordad en todo tiempo que la recibis de mi mano.

— Sé á lo que me obligo, dijo el caballero. Y este brazo, añadió con orgullo, combatirá en adelante siempre por vos, y será el protector de vuestra inocencia.

La ceremonia quedó concluida, y el Conde levantándose pasó á cumplimentar á Don García. El Rey, que era también un valiente, recibió placentero á su contrario y lo estrechó entre sus brazos. Nadie hubiera creído que dos hombres tan generosos se hallasen ya preparados para disputarse el honor y la vida.

El Conde quiso retirarse. Don García se negó á consentirlo, y le rogó permaneciese algunos días en Navarra, y que se hospedara en su palacio. Fernan Gonzalez, que solamente apetecía vivir cerca de su amada, y que no quería aparecer desconfiado, accedió á los deseos del generoso Rey, y entrando con él en una magnífica carroza, se dirigió al alcázar entre las aclamaciones y vivas de un pueblo alegre y numeroso.

13.

Muchos eran los motivos que tenía Fernan Gonzalez para no aceptar los obsequios del noble Rey de Navarra, tan dispuesto en todo tiempo á combatir en su daño. La muerte de su augusto progenitor, la guerra desoladora que con posterioridad le había susten-

tado, y la que nuevamente iban á hacerse, no podian menos de estar presentes en la imaginacion de Don García é incitarlo á que se apoderase de su contrario. El ciego interés que aconseja las bajezas debiera hacer temblar á Fernan Gonzalez; pero su alma generosa no creia capaz de perfidia á un ilustre caballero en quien la corona brillaba, y vivia tan seguro y tranquilo dentro de las murallas de Pamplona, que jamás el temor alteró su sosiego. El placer solamente le ocupaba. Doña Sancha existia cerca de su lado; ambos respiraban bajo un mismo techo; y á cada momento, á cada instante, se le ofrecia una ocasion para admirar sus gracias. Esto era bastante para la felicidad de su corazon, y solo pensaba en disfrutarlo. La guerra y la gloria de los combates porque tanto en otro tiempo habia trabajado, habian desaparecido de su memoria, y al lado de la Infanta de Navarra yacia aquel fuerte guerrero rendido y encadenado.

La jóven hermosa no gozaba menos de tan dulces pensamientos. Las ventajas personales del Condé Fernan Gonzalez, y el dulce atractivo de su amable conversacion, la hacian desear su presencia; y por una secreta inclinacion que su antiguo resentimiento no le permitia esplicar del modo que quisiera, encontraba el mayor placer cuando los ojos del castellano le manifestaban con mudo language la pasion que en su pecho contenia. Mas de una vez palpitó el tierno corazon de la Infanta al ver las ardientes miradas de su amante, y muchas veces se estremeció llena de júbilo al verlo entreabrir los lábios, creyendo que iba á escuchar una declaracion amorosa.

¡Ah! no se hizo la felicidad para los amantes. Cuando la virtuosa jóven así se hallaba complacida, el molesto recuerdo de la muerte de su padre venia á perturbar su dicha. La imágen de Don Sancho

Abarca se alzaba en su mente toda ensangrentada, y señalando á su matador la precipitaba en el fondo de la tristeza. — ¡ Deber infausto ! esclamaba la tierna hermosura, y regaba el suelo con sus lágrimas. Huía de cuanto pudiera recordarle su amor, y creyéndose superior á sí misma, añadía. — Jamás sabrá Fernan Gonzalez que mi corazon se interesa en su suerte: nunca conocerá que yo..... el temor no le dejaba pronunciar..... *le amo*..... y quedaba sepultada en un estúpido silencio.

¡ Miseras protestas ! Cuando un corazon apasionado las hace, entonces está mas cercano de quebrantarlas; entonces se halla mas próximo á sucumbir á las invitaciones de una pasion, contra la que todos los esfuerzos son impotentes y vanos.

Ocho dias habian pasado despues que Fernan Gonzalez se coronó de laurel en el torneo. Su obligacion lo llamaba á Burgos, y sin embargo no pensaba en emprender su marcha. El amor lo tenia enteramente ocupado, y solo en él discurría. Se resolvió en fin á declararse: queria escuchar de boca de la Infanta la sentencia de su futura suerte, y buscaba para ello un instante favorable. No era fácil encontrarlo en un alcázar ageno y en un pais desconocido, donde cuantos lo rodeaban eran estraños; pero aquellos eran instantes de fortuna, y Fernan Gonzalez lo encontró proporcionándosele á su placer el acaso.

El jóven García, á quien el amor no ocupaba porque jamás habia sentido sus afflictivos cuidados, vivía en la corte de Navarra con la mayor indiferencia; y como su deber lo tenia constantemente á la presencia del Conde, se hallaba lleno de tédio al contemplar que absorto en su intensa pasion no le dirigía una sola vez lo palabra, y ni aun se dignaba mirarlo.

Cansado ya de vida tan ociosa el valiente doncel,

paseaba una tarde por la habitacion, y en vano buscaba cómo distraerse. El Conde yacia sentado junto á una mesa, y apoyando el rostro sobre la mano izquierda y dejando caer el brazo derecho sobre el muslo, parecia una estátua sentada. García lo miraba con disgusto y decia. — Bueno..... ¿Este es el amor?..... Reniego de su nombre y de quien se le sujeta..... y volvía nuevamente á pasearse.

Sus ojos se fijaron por casualidad en un arpa, y sintiéndose inspirado por los encantos de la música la tomó, y la hizo resonar con dulce melodía.

Los agradables sonidos despertaron al afligido Conde, que saliendo del caos de sus meditaciones concibió un sin número de esperanzas. Aquel instrumento no le era desconocido: su voz era bastante buena, y podia facilmente declararse. La resolucion siguió al pensamiento, y á una y otro la ejecucion.

— Calla; sígueme, dijo á García, y el jóven suspendiendo su recreo principió á marchar detrás del Conde. Bajaron á los jardines del alcázar, y los recorrieron por todas partes. La habitacion de la Infanta tenia las vistas á ellos, y este descubrimiento causó mas placer al Conde que á un avaro el encuentro de un tesoro. Manifestó al jóven García su júbilo y la causa que lo producía, y volvió presuroso á su cuarto para esperar con impaciencia la hora de romper su penoso silencio.

14.

La noche por fin arribó, y su densa obscuridad protegiendo á los amantes, convidó al castellano á bajar al delicioso vergel que debia proporcionarle el momento placentero porque su corazon anhelaba. Acompañado de García, se dirigió al jardín, y se sentó en un banco de mármol que estaba situado en un rincón del vergel. El Conde se puso á jugar con él, y se divertieron mucho. Después de jugar un rato, se levantó el Conde, y se dirigió á su habitacion. García se quedó en el jardín, y se puso á pensar en lo que le habia pasado.

pañado del noble García y encubierto con una ligera capa dejó el héroe su morada, y bajando precipitado á los jardines siguió por entre una calle de mirtos el vistoso reflejo de las brillantes bujías que iluminaban la mansion de la Infanta. Veloz como el corredor que cercano á la meta vé el premio de su esperanza, apenas ofendia el suelo con sus pisadas. El doncel le seguia absorto: su alma desapasionada era todavía incapaz de conocer hasta donde estiende su imperio el amor en un corazon hecho para las grandes pasiones.

Las tinieblas de la noche y el silencio en que yacia aquel lugar solitario hubieran inspirado terror á otros que á Fernan Gonzalez y su valiente doncel; pero toda idea mezquina era desconocida á sus almas. Ni la horrible obscuridad, ni el lúgubre y espantoso silvido del cierzo que furioso se estrellaba en las copas de los árboles, eran bastantes á distraer los pensamientos del Conde: pensando solo en su amada, solo existia para su amada; para él era extraño, y no existia ningun objeto de cuantos lo rodeaban. El caudillo de Castilla entregado á su pasion, llegó por fin á colocarse cerca de la habitacion de la Infanta. García le entregó el sonoro instrumento, y retrocedió sobre sus pasos para guardar las avenidas á la conveniente distancia. Fernan Gonzalez hirió las cuerdas del arpa; sus dedos recorrieron el diapason melodioso, y vió lleno de contento á la hermosa Doña Sancha que con misterioso recelo miró por una de las ventanas. Su corazon palpité de alegría: no podia dudar de que iba á ser escuchado; de que su acento amoroso llegaria por primera vez á los oídos de su amada; y en el fuego del entusiasmo, y despues de preludiar una graciosa sonata, dió libre salida á su voz y cantó lleno de amor la siguiente

TROBA.

Gime penando de amor

el valeroso guerrero

que ante el mortífero acero

jamás cobarde tembló.

Su pecho late, palpita,

el temor su labio sella

en presencia de la bella

que su tormento causó.

Por fin quebranta la pena

el silencio pesaroso,

y por su boca gozoso

sale un aliento de amor.

Vuela, y en torno á su amada

agita el cierzo ligero,

y con eco placentero

muestra del pecho el ardor.

No le esquives: hermosura

desfallece si no ama:

prenda compasiva llama

dentro de tu corazón.

Y desde él al pecho mio

vuelva el incendio abrasado:

dí mi bien, eres amado,

y calma mi agitación.

Suspendió sus acentos el Conde, y su alma se agitaba entre el temor y la esperanza. Del colmo de la delicia habia descendido hasta la triste mansion de la duda: su corazón palpitaba con terror. Habia sido escuchado..... ¿obtendria respuesta?..... nuevo pe-

sar; nueva duda..... esta es la condicion del amor.

No padecia menos ciertamente la jóven Infanta. Su corazon entusiasmado la obligaba á escuchar complacida, y á responder cariñosa; pero el decoro y la memoria funesta de su irritado padre la mandaban arrojar de su seno tan apacibles deseos y sepultarlos en el olvido. ¡Qué situacion para un alma enamorada!..... Un momento la bastó para abrazar mil resoluciones opuestas. Decidida á responder meditaba cómo hacerlo; pero apenas encontraba una cancion adecuada, cuando la imágen sangrienta se representaba en su alma imponiéndola silencio. ¡Freno inútil! El amor combatia; el amor resucitaba las fuerzas que la memoria de Don Sancho queria destruir, y la virtuosa hermosura sentia suceder la alegría á las funestas ideas que la aterrorizaban. Acabó por fin la lucha: el cariño venció porque era justo, porque su pretension era mas noble; y la tímida Infanta colocándose en el clave respondió apasionada á su amante con la siguiente

CANCION.

Un pastor de la ribera
sus pesares lamentaba
dulcemente,
y con el agua ligera
su amargo llanto mezclaba
tristemente.

Jamás su pena traidora
decir quiso un solo instante
el desdichado:
á la bella que lo adora
mil veces tuvo delante
el desgraciado.

Murió por fin afligido
de su silencio importuno;
mas si hablára,
él fuera correspondido,
y dicha como ninguno
disfrutára.

Finalizó aquí su efusion amorosa la bella Infanta, y poseída de rubor y sentimiento huyó de aquel sitio encantador, interin que el generoso castellano gozando de un placer inesplicable esperaba que se repitiesen unos ecos tan lisonjeros á su esperanza.

Vamos, Señor, le dijo respetuosamente el jóven García acercándose á su lado.

— Un momento..... un momento nada mas, contestó el complacido Conde. Espera..... ¿Has oido la voz de mi amada? ¿Has oido esos acentos encantadores que prometen á mi pasion una fuente inagotable de placeres y delicias? Pues bien, déjame, García, déjame esperar á que resuenen de nuevo esos ecos lisonjeros.

— Por Dios, Señor, respondió el doncel. Ved que ya esperais en vano. El momento ya es pasado y.....

— Basta. No me alejaré, García, de este lugar consolador hasta que la luz del alba me obligue á dejarlo.

— ¿Y si somos descubiertos?..... ¿Ois?

Un ligero rumor se dejó percibir entre los árboles.

— Dices bien, contestó el Conde. Pudieran saber quienes somos, y Don García tal vez irritado..... Vamos, vamos á mi cuarto, y alli lograré recordar lo que mi adorada me ha dicho, y dando gracias al amor descansaré complacido rodeado de sus encantos.

El Conde y el fiel García caminaban presurosos, y á bastante distancia los seguia un grupo de hombres embozados.

15.

— Ellos eran, exclamó con acento feroz, y volviéndose á otros cuatro que lo acompañaban el feroz y sanguinario Nuño, cuando vió internarse en los corredores del alcázar al gozoso Conde y su amable doncel de vuelta de su amoroso recreo. Vamos, amigos, continuó. Vamos á contar á nuestro amo Don Vela esta odiosa aventura, y estudiemos con meditacion los medios de vengarle.

— Ya lo estuviera, contestó otro de los embozados. Mi resolucion estaba tomada; y si tú fueses menos cobarde, mi brazo y este puñal que tenia ya preparado hubieran dado fin á las canciones del Conde; pero como te has llenado de miedo.....

— ¿Cómo miedo?... Voto á brios, Fortun, que si vuelves á insultarme te he de hacer dos mil pedazos. Yo no sé lo que es el miedo ni jamás en mi vida he temblado. Veinte y cuatro muertes llevo ya hechas por mi propia mano, y nunca he tenido el sentimiento mas ligero de compasion en mi alma. Bien lo sabe nuestro amo. ¿Quién lo ha incomodado en el mundo que no haya perecido bajo el acero de Nuño?... Solamente se ha escapado Fernan Gonzalez porque me conoce mucho..... Pero no siempre ha de ser lo mismo, y dia llegará en que tendré el gusto de mirar su seno palpitante y sus ojos desencajados. ¡Qué gozo sentiré en tales momentos! Cuando su pecho roto por mil partes haya arrojado toda la sangre que lo alimenta, y su pulmon no pueda sostener el aliento..... ¡Con qué placer contemplaré sus últimos momentos y el hipo precursor del postrimer suspiro! Quisiera que en tan dichoso momento estuvieses á mi lado para que presenciaras mi alegría..... ¡Ah! Nada deseo en este mundo

tanto como la muerte del caudillo castellano. Vosotros no sabeis de lo que me ha privado. Yo gozaba tranquilo de una mediana fortuna, y mi brazo estaba bien acreditado. Don Vela me mandó asesinarlo. Tres veces lo intenté, pero siempre fue en vano. Descubierta últimamente fui preso, y se me condenó á perecer en un cadalso; pero logré fugarme escalando la cárcel, y mis cortos bienes fueron confiscados. Desde entonces proyecto su muerte y....

—¿A qué diablos nos vienes ahora con esos preámbulos? Si tanto la deseabas ¿por qué no me dejaste concluir la obra que habia principiado? Bien conoces que esta hoja no hubiese cedido aun cuando el Conde llevara puesta una cota de malla. ¡Oh! Bien experimentada la tengo: estoy seguro de que pronto lo hubiera despachado con su cancion á los infiernos.

¡Insensato! gritó vivamente Nuño. ¿Tú has podido figurarte que yo necesitaba de tu brazo? Aun soy bastante para satisfacer mis deseos. Mira Fortun, te quiero porque eres un guapo, pero me incomodan tus precipitaciones. Eres un descabezado. ¿No conoces que dos hombres que se han arriesgado á cantar en un sitio tan espuesto irian resueltos á vender caras sus vidas? —Nosotros no somos caballeros espadachines, ni descendemos de los doce Pares de Francia para buscar nuestra muerte en los combates. —Hijo mio, cada uno debe morir en su oficio, y debe vivir segun él. Nosotros somos asesinos, y nuestra obligacion es dar sobre seguro y matar sin peligro. —¿Lo entiendes? —Pues no olvides la leccion en toda tu vida si no quieres que te cueste caro, y verte como volatinero haciendo gestos en la cuerda floja.

Soltó el coro de asesinos una terrible carcajada al oír las últimas palabras de Nuño, y continuaron riendo hasta la habitacion de Don Vela.

16.

¿Qué venís alborotando? dijo este lleno de ira desde el lecho, en donde una violenta calentura producida por el golpe recibido en el torneo y por la rabia de haber sido vencido de su contrario lo tenia postrado. — Apuesto á que me traéis alguna buena noticia cuando venís tan alegres. ¿Ha escuchado vuestras voces la Infanta? ¿Se ha dignado contestaros?

Todo lo contrario, Señor, respondió inmediatamente Nuño. — Al llegar á los jardines encontramos el puesto ocupado. Dos caballeros se hallaban en él, y tañendo una arpa sonora cantaba uno de ellos una cancion amorosa. Quisimos precipitarnos sobre él, pero nos detuvo la voz de la Infanta. Despues de hacer resonar el armonioso clave contestó cariñosa y amante. Los dos caballeros se ausentaron, y nosotros los seguimos para conocerlos. Eran el jóven García y el Conde Fernan Gonzalez.

¡Fernan Gonzalez! replicó ferozmente Don Vela sentándose en el lecho, y temblando con la rabia mas espantosa. — ¡Fernan Gonzalez! volvió á decir rechinando los dientes, torciendo la boca, y mirando con ojos desencajados á los inicuos que le rodeaban. — ¿Y me lo venís á decir con tanto sosiego? continuó con voz convulsiva y cortada. Voto á Dios que si me encontrára bueno habia de hacer en vosotros un escarmiento. ¡Cobardes! ¿Y es para esto para lo que os mantengo á mi lado? Antes de presentaros á mi vista debierais haber embotado vuestras armas en la sangre del temerario que se opone á mis deseos. — Pero sois unos cobardes y.....

— Poco á poco, Señor, con llamarnos cobardes, dijo el sanguinario Nuño, apretando las manos, y mirando

á Don Vela con ojos torcidos. — ¿Sabeis que estais hablando con Nuño, ó la calentura os ha trastornado el juicio? Cobarde es el que tiene miedo, y bien sabeis que yo jamás he temblado cuando me habeis hecho despachar al otro mundo á los que os incomodaban. Este puñal y esta mano os han hecho mas servicios que sois capaz de recompensar. Pruebas teneis de ello. — ¿Me habeis dicho una sola vez *mata*, que la persona de vuestro odio haya podido librarse? Solo existe á vuestro pesar el Conde Fernan Gonzalez. ¿Pero tengo yo la culpa? Bien sabeis que no, y que si vive lo debe á la vigilancia con que me observa, y á la proscripcion publicada contra mí en todo el territorio castellano..... ¿Y es asi como agradeceis tantos servicios?

— Yo, Nuño..... Iba á responder Don Vela. — Silencio, continuó el asesino. Me habeis ofendido: me habeis llamado cobarde, y es preciso que yo me defienda. Yo soy mas valiente que vos. Acordaos cuando en Córdoba me ordenásteis acabar la vida de aquella agarena que tanto os amaba... Vos estábais presente. La hice saber su sentencia, y que de su muerte pendia vuestra vida. — ¿Y bien? — ¿Os acordais? Ella temblaba y gemia; vos os hallábais enternecido... y yo me reia..... ¿Os acordais que de un solo golpe acabé vuestro pesar y vuestro recelo?... Pues lo mismo hubiera hecho con el Conde castellano si no hubiese considerado que podia ser dañoso á vuestra seguridad.

— Tienes razon, Nuño. Tienes razon, contestó Don Vela; pero ello es que á pesar de cuanto dices el Conde vive, y yo me quedaré sin venganza.

— ¡Sin venganza! dijo Nuño con una sonrisa funesta. Os engañais, Señor. Aunque lo oculte la tierra ha de morir, y su sangre apaciguará vuestra ira.

—Venga esa mano, respondió mas aplacado Don Vela. Me complaces cuando me hablas de ese modo. Oigate yo siempre manifestarme tu fidelidad; y véate afecto á mis intereses; y pronto recobraré la tranquilidad de mi alma. Pero dime, Nuño, ¿no será posible acabar con ese temerario?

—Vos lo sabeis, Señor, dijo el inicuo.—Hasta ahora ha sido inaccesible á mi brazo. Sin embargo, aunque lo ha sido en Castilla, tal vez no lo será en Navarra. Descansad y sosegaos, y dejadme pensar en los medios de acabar con su existencia.

Dejaron entonces solo al despreciado amante, que no pudo gozar un instante del sueño, y que pasó todo el resto de la noche proyectando planes de venganza. Ya se decidía á confiar á Nuño la empresa, ya se recelaba y queria encargarse de ella por sí mismo. En tanto resolvía esperar al generoso Conde á la entrada de su cuarto y aniquilarlo de una puñalada; en tanto queria convocarlo á un desafio; pero últimamente le pareció lo mas útil perseguirlo con una calumnia, y hacer que Don García sirviese de instrumento á su venganza. El favor de que gozaba con el Rey le proporcionaba los medios de ser oido, y la estancia del Conde en Pamplona le ofrecia la ocasion de suponer que solo habia ido al torneo para conocer las entradas del reino y tratar de sedicion con algunos descontentos. D. Vela tenia un exacto conocimiento de los negocios de Navarra, y le era fácil acreditar su dicho complicando en la delacion á cuantos sabia que el Rey con justa causa ó sin ella habia privado de su gracia.

17.

Muy diversos fueron en aquella noche los pensamientos del heróico castellano, que en el alborozo de

su pasión tampoco logró descansar una hora. Su alma se dilataba en el hermoso campo de la esperanza, y en la certidumbre de que era amado nada le parecía imposible, nada era ya un obstáculo bastante á la consecucion de su dicha.

Atormentábale sin embargo la noche. Quería declararse con su amada y oír de su boca el encantador y delicioso *sí* que le habia prometido en su cancion, y que siendo las primicias del amor es sin duda su fruto mas agradable. Poseido, pues, de este ardiente deseo, vió despuntar la dorada luz de la aurora, y dejando el lecho principió á vestirse y ataviarse con igual esmero que el de la tierna doncella á quien el benigno himeneo vá á entregar la luciente antorcha nupcial, símbolo de sus futuras felicidades.

La hora en que la etiqueta permitia ya visitar á la Infanta se acercaba. Su corazon la apetecia como al mayor de los consuelos, y sin embargo el deseo de parecer bien obligaba á Fernan González á dilatarla. El reloj del alcázar resonó anunciando ser las once, y ya le pareció inoportuna toda dilacion, por lo que tomando el pesado yelmo se dispuso para salir de su cuarto.

— ¡Gracias á Dios que os encuentro!.... dijo al mismo tiempo Gustio de Lara, presentándose en la habitacion cubierto de polvo y lleno de fatiga.

— ¡Gustio! exclamó pasmado el amante Conde, y despues de un momento de pausa, durante el cual la sorpresa y el asombro se pintaron sobre su rostro, continuó con impaciencia. — ¿Qué es esto amigo? — ¡Qué te conduce á Navarra?

La mayor de las calamidades, Señor, contestó con afliccion el caballero. — La mas terrible y atroz de todas las desgracias. Vuestro condado se encuentra en el último conflicto: Abderramen ha penetrado en Castilla:

sus guerreros nada perdonan, y bajo su cuchilla desaparecen vuestros estados. — No hay castellano que no haya tomado las armas. Todos anhelan por defenderse; todos se fatigan por combatir; pero el hielo del temor ocupa sus corazones. Vuestra ausencia les inspira una desconfianza espantosa, y sus rostros animados en otro tiempo con el júbilo de la victoria desde antes de principiarse el combate, se miran cubiertos ahora de una palidez mortal, y son las imágenes del terror. La lealtad que os profeso me ha obligado á venir en vuestra busca. — Apresurad los instantes: volad, señor, al socorro de vuestros estados; y si quereis salvar á vuestros valientes guerreros, si las lágrimas de los castellanos tienen algun imperio en vuestro corazon, no desperdiciéis un momento. Castilla necesita el auxilio de vuestro brazo: ella os invoca y suplica; acudid, noble Señor, á librarla del mas triste cautiverio.

El héroe se hallaba suspenso; brillaban en sus ojos el amor de los combates y el deseo de una justa venganza; pero una sombría tristeza se mostraba sobre su frente, y un frio sudor helaba sus miembros y suspendia sus palabras. El amor luchaba con los intereses, y entre el deseo de agradar y el de coronarse de laureles se dividian tristemente los pensamientos de su alma.

—Partamos, dijo por fin, tocando con la valerosa diestra la temible espada. Partamos de este lugar delicioso, y busquemos con afan la corona ó la tumba. Sí, Gustio, volemós á cortar el torrente devastador, y sepa el feroz mahometano que aun existe Fernan Gonzalez. Pero escucha. Cuida de que el mas profundo secreto encubra á la corte de Navarra el estado deplorabile de Castilla. No desconfio del generoso Don Garcia, pero la prudencia no obstante nos obliga á recelarnos y á no esponernos á un peligro innecesario. Voy á despedirme del Rey. Tú dispon entre tanto

lo necesario para mi marcha, y encarga á García que coadyuve con sus fuerzas. Espero que antes de una hora esté todo preparado. — Entonces me encontrareis en el cuarto de la Infanta.

Este nombre suspendió segunda vez las palabras del héroe, y le hizo exhalar un funesto suspiro. Su corazón se estremeció, y por no dar sospechas al caballero lo dejó apresuradamente, y se precipitó en el cuarto del Rey, buscando entre la etiqueta un consuelo á sus afanes.

18.

¡ Con qué ansiedad esperaba la Infanta la llegada de Fernan Gonzalez! Despues de lo que escuchó y de la respuesta que habia dado, en vano procuraba recobrar su tranquilidad. El sueño se habia alejado de sus sienes: una agitacion continua apoderada de su alma hacia palpar su tierno corazón, y no dudando de que en aquella mañana confirmaria á su presencia el valiente castellano la confesion de su amor, habia dejado el lecho entregada á las mas dulces y placenteras esperanzas. Su tez, no obstante, habia perdido el sonrosado color que de continuo la animaba; pero la interesante languidez que la carencia de sosiego habia suscitado en sus ojos compensaba con exceso aquella falta, y la hacia aparecer mas encantadora y hermosa.

Colocada al tocador desde muy temprano se atavió ligeramente, y vestida con una rica y elegante bata esperaba con impaciencia la llegada de su amado. Las damas que la servian la contemplaban con admiracion; y aunque sabedoras de sus cuidados porque nada se oculta á los ojos penetrantes de las mugeres, y por lo que habian oido en la noche anterior algunas de ellas, apenas podian creer que su alma tan desapasionada en

otro tiempo hubiera cedido tan de lleno al dominio del amor.

La hermosa jóven deseaba alejarlas de su vista: su presencia la incomodaba, y anhelando por hallarse sola á la llegada de su amante, las hizo retirarse pretestando que necesitaba de algun descanso.

No fue su prevencion escusada. Un ugiér avisó poco despues la venida del Conde, y la jóven hermosa lo esperó palpitante y ruborizada.

—Perdonadme, Señora, si en este momento me presento en vuestro cuarto, dijo el Conde de Castilla al entrar en la habitacion de la Infanta, y despues de haberse despedido del generoso Rey de Navarra. — Una funesta noticia que acabo de recibir me obliga á volver á Castilla, y.....

—¿Os marchais? exclamó tristemente la Infanta.

—Sí, Señora, continuó con acento desesperado el affligido amante. Es preciso que me ausente de Navarra, y que lejos de vos lleve conmigo el dolor y la muerte. Los bárbaros mahometanos han penetrado en Castilla, y el eco lastimero de mis perseguidos vasallos me invoca á su defensa. Dispuesto ya.....

—Callad, Conde, replicó vivamente Doña Sancha, y un temblor convulsivo la hacia estremecerse llena de pasmo. —¿Sabeis en dónde existís?— Mirad que os encontrais en Navarra y cercado de enemigos. — Mi hermano lo es vuestro; y aunque es caballero y generoso, es hombre, y ambiciona la posesion de vuestros estados. D. Vela os aborrece, y procura vuestra muerte. — Temblad de todos, Gonzalez: evitad vuestro peligro, y no os atraigais imprudentemente una desgracia.

Descuidad, hermosa jóven, respondió el apasionado caballero. — Me he despedido del Rey, y nada sabe del estado en que me hallo. L^o he ocultado los moti-

vos de mi marcha, y solo á vos los he dicho en Navarra.—¿ Pudiera por ventura ocultarlos? Vos dominais en mi corazon y formais una parte de mi alma. Yo no tengo mas interés que el de complaceros y seros grato. Os amo, delicia de estas montañas, os amo.... Perdonad, añadió, viendo que la Infanta ruborizada bajaba los ojos. El que ayer protegido por las sombras tenebrosas de la hija de Erebo os manifestó en vuestros jardines los tiernos sentimientos de su corazon, faltaria en este momento á sus deberes si no confirmase á vuestra presencia su dicho, y si al dejar vuestro lado ocultára con pérvida desconfianza la causa que precipita su marcha. Perdonad mi libertad, añadió. Ya sabeis la pasion de mi alma. Perdonad que exija de vos una respuesta; tal vez este sea el último instante de mi vida que pase á vuestro lado. La muerte vá á presentármeme en todas partes, y acaso me espera la tumba en la cruda lucha que voy á emprender. ¿Podré saber antes de bajar á ella si vuestro pecho es sensible á la llama que me abrasa?

—Sí, generoso Gonzalez, contestó ruborizada la Infanta. Vuestro cariño me es agradable, y mi corazon hace justicia á vuestras virtudes. Mal pudieran mis labios ocultaros en este momento la agitacion que padece mi alma. Vuestra generosidad, vuestras acciones, os hacen digno de mi amor. Pero no por ello debeis entregaros á una ciega confianza. ¡Ah! Recordadlo, Gonzalez. De vos á mí hay una inmensa distancia. Una barrera invencible se opone á nuestro cariño, y la mano del Sér Supremo ha levantado entre nosotros un obstáculo que inútilmente procuraremos dominar. La sangre de mi anciano padre....

— Fue derramada por mí en el campo de batalla, dijo con acento pesaroso el Conde. Pero esa sangre no es un obstáculo para la union de nuestros corazones.

El mismo Don Sancho Abarca bendecirá nuestro enlace desde la celeste morada en que habita. Era un valiente, y su alma es incapaz de conservar un rencor en ningún concepto merecido. Mi espada le hirió es verdad, pero le hirió en el campo de la honra, noblemente y sin ninguna ventaja. Le hirió de un modo glorioso, y de ello no resultó menos fama á vuestro valiente padre que al infeliz que teneis á vuestra vista. Don Sancho no puede conservar rencor alguno contra quien le dió la muerte en lucha igual por un juego del acaso, y esponiéndose á recibirla. Sí, jóven generosa: vuestro padre me perdona y vos debéis perdonarme. Si yo lo hubiese asesinado, si al acabar su existencia hubiera perpetrado un crimen, si la maldad hubiese dirigido mi brazo, entonces yo fuera digno del suyo y de vuestro odio. Pero no fue así: vos lo sabeis, y lo saben todos en Navarra. Cuando no hay un motivo para el odio, tampoco debe existir un obstáculo para el amor.

— Teneis razon, generoso Conde, pero mi hermano.....

— Vuestro hermano, continuó Fernan Gonzalez respondiendole á su amada, deseoso de vengar la muerte de su augusto padre me aborrece. No importa: yo le obligaré á vencer su odio y concederme su amistad colmándole de beneficios. En todas partes encontrará un amigo en Fernan Gonzalez, y aun cuando lo busque en el furor de una batalla, lo encontrará siempre pronto á ser un escudo en defensa de su vida. Él mismo ha de bendecir vuestro amor y ha de confirmar nuestros deseos. Yo lo espero, y lo conseguiré.

— El cielo proteja vuestra intencion, contestó Doña Sancha, y su rostro revestido de júbilo descubria enteramente la complacencia de su alma. Su corazon palpitaba con agradable agitacion, y sus labios se disponian á manifestar el gozo que le causaba la esperanza

de un cambio tan dichoso, cuando varios pages presentándose á la vista de los dos amantes y anunciando la llegada de Gustio les hicieron suspender sus amorosos coloquios.

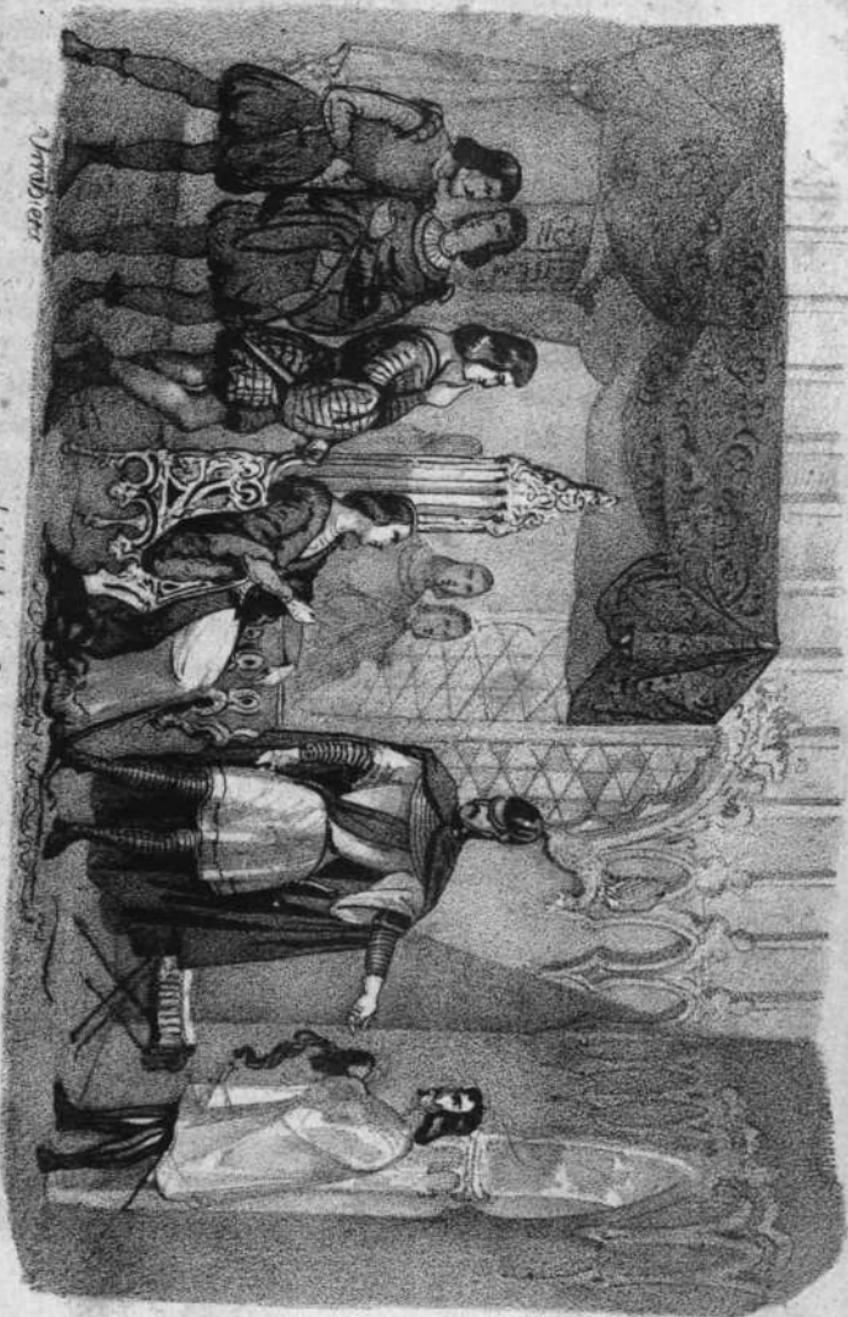
Una seña de aprobacion de la Infanta sirvió de licencia para que entrase el caballero, y Gustio apareciendo á poco rato manifestó respetuosamente al Conde que todo estaba dispuesto para su marcha.

—Voy, respondió presuroso, y dirigiéndose tristemente á la Infanta, se despidió de ella con la pena que solo son capaces de sentir los corazones apasionados, y aunque limitó sus demostraciones quanto el deseo exigia á la presencia de Gustio, no dejó de manifestar en sus ojos el intenso dolor que sufría al pronunciar á su amada un á Dios tan funesto y amargo.

19.

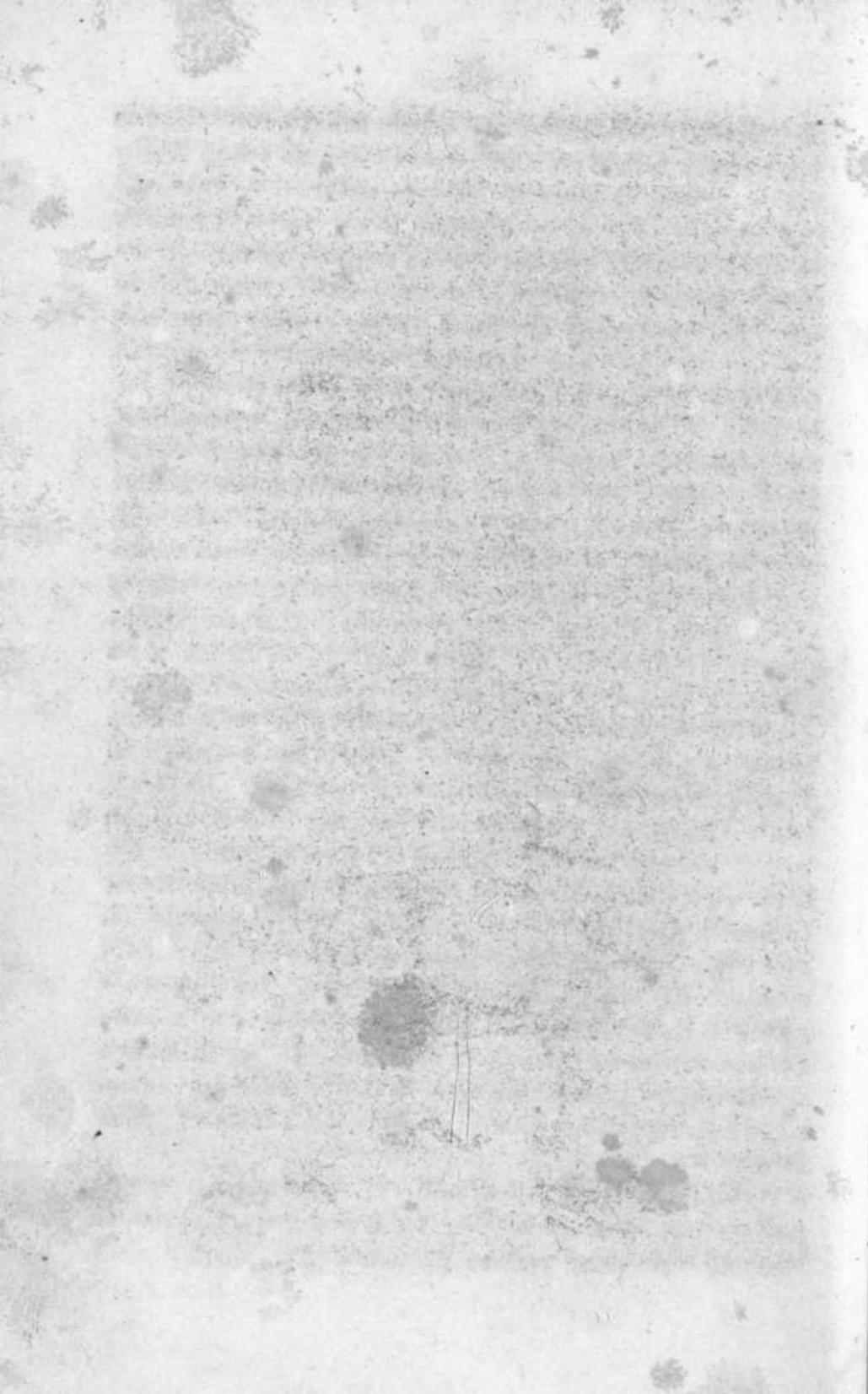
Salieron los castellanos de la Corte de Navarra, y llevados del deseo de combatir por su patria apenas dejaban á los caballos reponer la respiracion. Gustio caminaba lleno de júbilo, pues su genio guerrero le hacia ya presentir la victoria, y García anhelando por continuar sus proezas y adquirirse la proteccion de la fama, no pensaba en otra cosa que en la bella ocasion que Abderramen le ofrecia. Solo el Conde entregado á su pasion caminaba pensativo, y de cuando en cuando desahogaba su dolor dando paso á algun suspiro. Su rostro pálido y macilento era la imágen de la tristeza, y sus miradas daban indicios de la mas intensa melancolia.

—¿Qué os atormenta, Señor? le dijo con interés el valeroso Gustio, aprovechando un momento en que todo el resto de la comitiva quedaba á alguna distancia; y viendo que solo le contestaba con un profun-



Stradiotti

La del Artista. Battaglia scena n. 19.



do gemido, añadió. — Vos sabeis cuánto me intereso por vuestra felicidad. Las pruebas que os tengo dadas me permiten la libertad de preguntaros. — Decidme por vuestra vida si os aflige alguna pena. — Yo miro en vuestro semblante las huellas del sufrimiento, y escucho vuestros suspiros. No me puedo persuadir de que estos provengan de temor á los peligros que nos esperan. Mil veces os ví combatir en la guerra, y otras tantas fui testigo del regocijo con que entrabais en las batallas. Ví la muerte en varias ocasiones estender sus tenebrosas alas sobre vuestra apreciable cabeza, y sereno y alegre en tales momentos volvísteis el rostro hácia mí diciendo con placentera sonrisa. — Gustio, aqui solamente se encuentra la felicidad. Aqui se ganan los verdaderos laureles. Cada golpe nos ofrece una delicia. Vamos, amigo, vamos, y arranquemos una palma á la victoria. Mil veces os lo oí, Señor, y no alcanzo por qué ahora y cuando caminamos en busca de la fama y de la honra suspirais y os entristeceis. Sacadme de este cuidado; no tengais en ansiedad al mas fiel de vuestros vasallos.

— Todos los placeres son ya para mí de ningun precio, respondió con dolor el afligido Conde. — ¡Ay Gustio! Ya no apetezco la gloria: ella me priva de la presencia del objeto que mas adoro en el mundo..... ella me arranca de Navarra en el momento mas delicioso, y ella en fin me privará para siempre de conseguir mis deseos. — Vas á saber mi cuidado..... y refirió al caballero su pasion á Doña Sancha, y la franca y plácida respuesta que esta le había dado en el momento en que él entró en su habitacion á llamarlo para la marcha.

— ¡Buen Dios! exclamó el noble Gustio. ¿Y por eso os atormentais? — Ya cesaron mis cuidados. Vuestro mal tiene pronto remedio. Alegraos, y des-

echad toda pena. ¿Amais á Doña Sancha? ¿Os corresponde? Será vuestra. Pues ¿qué falta á vuestra felicidad?

—¿Y lo ignorais? replicó vivamente el Conde. ¡Será mia!!! ¡Ah! No lo creas. —¿No recuerdas que yo en las guerras pasadas tuve la suerte, tan feliz entonces para mí como fatal en este momento, de encontrarme cuerpo á cuerpo con el Rey Don Sancho Abarca, padre de mi hermosura adorada?

¿Que si me acuerdo? gritó fuera de sí el caballero, y sus ojos encendidos brillaban como una antorcha. —¿Pudiera por ventura olvidarme? Mirad, Señor, mirad. Aquel dia recibí esta herida en el rostro, y fue por defender vuestro estandarte. Seis caballeros navarros intentaron arrancarlo de mi mano. ¡Insensatos! Mi espada rompió sus pechos temerarios, y cortó las diestras fementidas que osaron dirigirse contra vuestra insignia.

— Pues bien, Gustio, continuó el Conde. Ya sabes que en aquel dia falleció bajo mis golpes el fuerte Rey de Navarra, y que con motivo de esta hazaña se me reconoció desde entonces por el mas diestro guerrero de la valiente é invencible España. Mi nombre voló por todas partes, y la fama me coronó con sus laureles. Yo gocé entonces la felicidad, y en el colmo de la alegría me consideré superior á cuantos héroes presentan las generaciones pasadas. Todo desapareció con el tiempo, y aquella victoria funesta vino á ser la causa invencible de mi tormento y desgracia. Doña Sancha es hija del infortunado Rey, y jamás su pundonoroso hermano, el Rey Don García, consentirá en concederla al matador de su padre..... Mi amor gime en la desesperacion porque gime sin esperanza.

— ¡Sin esperanza! dijo el generoso Gustio. ¡Ah Señor! Vuestra pasion os hace olvidar de quien sois. ¿Don García os habia de hacer tan infamante despre-

cio? ¡Desdichado!!! Su trono dejaria de ser en tan odioso momento.— No os aflijais de ese modo. Vuestras virtudes merecen más de lo que deseais, y el Rey de Navarra no se opondrá á vuestro enlace. Si se opusiese, su sangre seria poco sacrificio á vuestra venganza. Aun dominais en Castilla. Aun viven vuestros soldados. Solicitad, pedid á la bella que adorais, y si os la niegan, si se os hace la mas leve oposicion, ordenad, mandad á vuestros vasallos. Las fronteras de Navarra serán luego quebrantadas: vuestro ejército será un torrente asolador que destruirá y vencerá cuanto se le ponga delante. Las ciudades y los fuertes sucumbirán al rigor de nuestras armas. El ejército navarro huirá vencido y disperso; el Rey preso y abatido será conducido á vuestro alcázar, y él mismo implorará vuestra compasion. Su hermana será el precio de su libertad, y el iris que establecerá la paz en estas dichas provincias. Mi plan es mas fácil de ejecutar que de formarse; y mi brazo, añadió blandiendo una pesada maza de armas, os ofrece ser garante del cumplimiento de mi promesa. ¡Ojalá que fuera éste el momento de acreditarla!

Calló el fuerte caballero, y el Conde complacido de escucharlo se sonrió al oír la facilidad con que arreglaba sus negocios, y algo mas satisfecho que antes continuó su precipitada marcha.

20.

Llegó por fin á la vista de Burgos, y su júbilo fue inesplicable cuando sobre la ribera del pacífico Arlanzon descubrió setecientas tiendas de campaña y supo que en ellas se contenian doce mil infantes y tres mil caballos, número pequeño si se comparaba con el del ejército de los moros, que escedia de setenta mil hom-

bres; pero grande y aun excesivo si solo se contemplaba el valor de los soldados. Desde que el Conde salió de Pamplona apenas habia concedido una hora al descanso: mas no obstante la fatiga no consintió en detenerse un momento, y tomando el invencible estandarte que entregó á la confianza del jóven doncel García, marchó en busca del enemigo con la velocidad del relámpago.

Abderramen inundaba las fronteras de Castilla. Varias fortalezas habian cedido á su poder, y las plazas mejor muradas temblaban al amago de un asalto. Su campo situado entre Hacinas y Piedrahita parecia una inmensa ciudad, y los ganados y víveres de aquellos contornos apenas bastaban á alimentarlo. Dueños de toda la campiña los feroces sarracenos, discurrían por los pequeños poblados esparciendo el terror y la muerte, y nada parecia bastante á contenerlos, cuando apareció á sus ojos el ejército castellano.

Algunas escaramuzas hicieron conocer á los mahometanos el valor nunca desmentido de sus contrarios, y los obligaron á contenerse en el interior de sus reparos. El feroz Abderramen rugia como una hiena sangrienta, y anhelaba por acabar hasta el nombre del Condado. Sacó varias veces sus escuadrones y presentó la batalla; pero el fuerte castellano atento á la defensiva, no quiso arriesgar á la suerte de un combate la libertad de su patria. Contento con asegurar los pasos y evitar al ejército morisco que se estendiese á su agrado, yacia tranquilo en el interior de sus Reales.

Tan inestable situacion no podia ser duradera. Abderramen tenia mas que bastantes soldados para atacar al campamento castellano, y el Conde no lo desconocia. Sabia que podia ser acometido, y se resolvió por fin á buscar á sus contrarios.

Con este objeto quiso reconocer las avenidas del

campo, y poco antes de ocultarse el sol una tarde salió de su tienda en compañía de unos cuantos caballeros. Todos se separaron á poco rato para practicar el reconocimiento, y el Conde solo y entregado á sus cuidados discurría con paso lento por las inmediaciones de un bosque. Un lacayo le seguía á poca distancia llevando del freno el caballo, y cuidaba con el mayor esmero de no interrumpir su meditacion.

Resonó sin embargo un rumor estrepitoso en el fondo del arbolado; las tiernas ramas crugian, y el suelo retumbaba con veloces pasos. El Conde volvió sobre sí, y empuñó el ferrado venablo. — Una cierva veloz como el viento atravesó en aquel momento el espacio. Sus pies apenas tocaban la tierra, y sus enramadas astas parecían un bosque flotante. El deseo de darle caza se despertó en el corazón del fuerte guerrero, y partió en su busca lleno de entusiasmo. Poca distancia los dividía: la cierva parada esperaba su muerte, y su diestro perseguidor iba á lanzarla de su mano. Alzó el brazo matador, y el venablo tocó ligeramente en la copa de un árbol: el inocente animal sintió el ligero rumor y se receló de su daño: huyó veloz y temerosa, y burló el sanguinario afán de su contrario. Maldijo el Conde su inadvertencia, y se empeñó mas en hacer una víctima: corrió detrás de la tímida fiera, y se internó en los barrancos. El sol declinó enteramente: la obscuridad le sucedió, y el héroe perdido no sabía cómo volver á su campo. Reconoció entonces su imprudencia, pero ya era tarde; y se vió obligado á pasar la noche en aquellas asperezas.

Marchaba de breña en breña buscando un asilo contra las fieras, y miró desde las alturas para descubrir las luces del campo. Todo era inútil: el horizonte no le ofreció otra cosa que el abismo de las tinieblas, y volvió á marchar errante y con pasos vagos. Una

trémula luz se presentó á sus ojos. Era el mústio fulgor de una lámpara, y brillaba en la falda de una montaña. — Debe ser la mansion de algun anacoreta, dijo interiormente el fuerte castellano, y dirigió sus pasos á ella. No se equivocó en su cálculo.

Al lado de una vieja encina, cuyo robusto tronco y elevada copa desafiaban los rigores del tiempo y el furor de las estaciones, se descubria una ruinoso cabaña, asilo del silencio y la inocencia, ó del arrepentimiento y el dolor. Una lámpara de cobre iluminaba la interior estancia, y servia de respetuoso holocausto á una venerable imágen del universal Redentor, á cuyos pies se veia postrado un anciano respetable, que apenas en sus sollozos daba indicios de existir. Su amargo y continuo llanto, lo descarnado y flaco de su cuerpo, y el tosco y áspero hábito de que se hallaba vestido, eran señales infalibles de la vida austera y justa á que vivia dedicado. El magnánimo guerrero quedó lleno de sorpresa al contemplar aquel cuadro, é inspirado de religioso respeto cayó de rodillas á los pies del crucifijo, y con la frente inclinada hasta tocar en la tierra, pidió con el corazon al supremo Dios de las bondades por la felicidad de Castilla.

Alzad, valeroso Conde, dijo suspendiendo el rezo el penitente solitario, y Fernan Gonzalez penetrado de respeto y asombro al oír que era conocido, se levantó y le besó la descarnada mano.

El Dios de las misericordias, continuó el anacoreta, me ordena recibiros y hospedaros. — Seguidme, añadió, y tomando una antorcha abrió una pequeña puerta y condujo al fuerte guerrero á una mansion subterránea. Una mesa dispuesta con el mayor aseo, y un lecho medianamente acomodado, se ofrecieron á los ojos del héroe, y el ermitaño le dijo. — Sentaos, y cenad. El que mantiene los insectos de la tierra, los

peces del Occéano, y las aves que surcan los vientos, jamás olvida á un generoso cristiano.

Sirvió entonces algunas frutas, que el Conde comió placentero, y acabado el frugalismo banquete le ordenó que descansára. Mil pensamientos confusos combatian en el alma del héroe, y ya se disponia á preguntar al ermitaño sobre su vida y estado, cuando saliendo de la habitacion y cerrando la puerta misteriosa, le dejó sumergido en un abismo de dudas.

La fatiga, sin embargo, venció al Conde castellano, y recostándose en el lecho se rindió á las dulzuras del sueño. Su alma velaba entre tanto. Su imaginacion lo habia trasportado á lo mas recio de un combate. Creia ver á los feroces soldados de Abderramen llenos de terror y de espanto: centenares de moros caian mal heridos de su lanza, y el grito de Castilla y victoria resonaba por todo el campo. La grata vision desapareció en un momento, y un cúmulo de males se sustituyó en su lugar. Cadenas, prisiones y suplicios le cercaban por todas partes. El héroe se sentia oprimido: su cuerpo era presa de los verdugos mas implacables que lo afligian con horrorosos tormentos. Su espíritu luchaba contra todo, y la fuerza de la idea lo agoviaba con tanto esfuerzo, que cortando la respiracion solo alentaba sollozos. Un rayo de luz deshizo el cuadro aterrador, y un hermoso genio entrando en la horrible morada, condujo al fuerte castellano por sendas impracticables á un territorio de paz, de tranquilidad y fortuna.

Acababa apenas el Conde de gustar las delicias de este cuadro en un sueño seguro, cuando entró nueva vez en su aposento el venerable anacoreta. Alzad del lecho, Señor, dijo con voz vigorosa. Son las doce, y una nueva luz os convoca á la batalla. Venid, ofreced vuestra gratitud á Dios, y marchad á vuestro campo.

Dijo, salió, y dejó al Conde abismado en mayores confusiones.

21.

Tomó Gonzalez sus armas, y se dirigió á la capilla. Estaba el anciano ermitaño entregado á una meditacion religiosa; y el héroe puesto de rodillas imploró la bendicion del Altísimo.

Vamos, exclamó á poco rato el solitario. Seguidme, y os pondré á vista de vuestro campo. El Conde cesó en la oracion, y lo siguió silencioso. Cruzaron por medio de las montañas, y apenas habrian andado una hora se detuvo el anacoreta.

—Ya estais á vista de vuestro campo, dijo volviéndose al Conde. El dia se acerca, y los moros se disponen para el combate. Vuestros Reales van á ser combatidos, y vos no podreis impedir la batalla. Entrad en ella con ánimo denodado. El Señor combatirá por Castilla, y su espada de fuego acabará con los hijos del impío y feroz Ismael. Señales espantosas indicarán el momento de la victoria. Horribles visiones poblarán el aire, y alguno de vuestros soldados desaparecerá de la faz de la tierra. El triunfo que alcanzareis no tendrá ejemplo.

—¿Y luego? le interrumpió el impaciente Conde con ánimo de preguntarle sobre su suerte futura.

—Luego, continuó el ermitaño..... El Señor os lo ha revelado. Os esperan innumerables tormentos, pero no temais. Dios vela en vuestra conservacion. Dios os ha mirado en el instante de su clemencia.

Calló entonces el anciano, y se volvió para tornar á su albergue.

—Deteneos, dijo el guerrero con la espresion del reconocimiento. No os alejeis, hombre santo, sin que yo sepa quién sois, y dónde podré encontraros.

— Nunca mas volveremos á vernos, respondió con tranquilidad. Mi nombre es Pelayo: mi habitacion la eternidad. Antes que llegueis á vuestras tropas, mi alma desprendida de esta masa terrestre habrá volado á la presencia de su creador. Mi cuerpo quedará en la capilla en que anoche descansásteis, y ella le servirá de sepultura. No la busqueis, porque el velo del misterio la ocultará eternamente á las miradas profanas. No me busqueis, porque no podreis dispensarme ningun servicio. Sin embargo, Señor, si quereis que yo me alegre por haberos hospedado, teneis un medio eficaz de conseguirlo. Proteged la inocencia y la virtud: ejercitad la caridad y socorred á los pobres. Hable en vuestro corazon la piedad para con los culpados, y administrad en todo tiempo justicia. Yo en recompensa y poseído de alegría, rogaré al eterno Dios por vuestras felicidades.

El Conde lo escuchaba absorto. El venerable le alargó la mano, que el héroe besó con humildad y reconocimiento, é internándose en el bosque desapareció con la ligereza del rayo.

22.

Los tambores y añafles llamaban á los hijos de Agar al combate. Sus ecos resonaban en el campo castellano, y los defensores de la cruz dejando las abrigadas tiendas, se agolpaban sobre sus trincheras para descubrir hácia dónde dirigia Abderramen los ataques. Todos los capitanes corrian á la tienda del Conde, y se llenaban de asombro al encontrarla desierta. Los caballeros que en la tarde anterior lo acompañaron aun no habian vuelto, y todos temblaron al pensar si les habia sucedido algun desagradable fracaso. El terror se apoderó de los soldados. Todos se miraban sor-

prendidos y turbados: ninguno sabia obrar, ninguno resolver, y temblaban á los mismos que antes despreciaron.

—¿Quién vive? gritó un centinela á la espalda del campo. —Castilla, respondieron algunas voces lejanas, y se oyó el rumor de algunos caballos. Se acercaron. — El es, gritaban los tímidos guerreros, y muchos corrían á las trincheras para recibirlo. — ¡Error fatal! no era el Conde. — Los caballeros que lo acompañaron despues de recorrer en su busca todo el bosque, volvian sin él al combate tristes y desesperados.

—Huyamos, dijeron los cobardes en varios sitios. —Huyamos, repetian hasta los mas alentados, y la confusion y el desórden se introdujeron en el ejército.

—¿Quién vive? repitió segunda vez el centinela. — Castilla y Fernan Gonzalez, respondió el valiente Conde con acento sosegado, y todos volvieron á recobrar el perdido valor, y gritaban sin cesar: *viva el Conde Fernan Gonzalez.*

—A las armas, gritó el héroe valeroso, y todos repitieron á las armas con el mayor entusiasmo. Los ecos de los montes vecinos repetian las voces de guerra, y el parche redoblante animando los corazones, los alentaba al combate.

El sol descubria sus rayos en la cima de las montañas, y el ejército morisco salió al punto de su campo. Los corredores de Castilla avisaron del movimiento, y el Conde mandó salir sus tropas á campo raso, y confiado en las palabras del solitario marchó en busca del enemigo.

Abderramen se acercaba orgulloso. Pararon frente á frente los dos ejércitos, y las primeras hileras alzaron los brazos para despedir los venablos. Un bramido aterrador resonó en los aires, y una horrible serpiente lanzando abrasadores rayos atravesó por enmedio de

los combatientes. El terror se posesionó de todos los guerreros.

— Animo, soldados, gritó placentero el héroe castellano, viendo cumplida parte de la profecía. El cielo combate con nosotros y nos anuncia el triunfo. El enemigo del nombre cristiano huye lleno de pasmo y abandona sus prosélitos; esta es la hora de acabarlos. Marchemos á la victoria. Invocad el sagrado patron, y llevemos la muerte á nuestros adversarios.

Los defensores de Castilla entusiasmados por su caudillo despidieron las armas arrojadas, y enristrando las templadas lanzas clavaron las agudas puntas á los fogosos caballos. Alegre y contento el pequeño ejército caminaba presuroso para llegar á las manos, y no habia soldado en que no ardiese el deseo de dar pruebas evidentes de su esfuerzo y osadía, cuando Pero Gonzalez, el mas fuerte de entre ellos, aflojando las riendas á su corcel se adelantó sobre todos. La tierra tembló en tal momento; abrió un espantoso cráter, y el guerrero quedó sepultado. Se llenó la profecía. Los valerosos cristianos suspendieron inmediatamente el paso, y estáticos y confusos mirándose unos á otros se noticiaban su espanto.

El Conde los miró gozoso, y la tranquilidad de su rostro fue bastante para animarlos.

— Sigamos amigos, exclamó. Sigamos; la tierra no puede sufrirnos, menos todavía nos sufrirán los contrarios. Hizo la seña: los instrumentos guerreros invitaron á la carga, y al instante obedecieron los impávidos castellanos.

Asombrados los hijos de Agar los contemplaban absortos, y no podian concebir que tan escasa legion abrigára el suficiente valor para atreverse á atacarlos. Contentos, empero, de la resolucion de los castellanos, los esperaban tranquilos, y solo querian que se les

aproximáran para envolverlos y agoviarlos. Abderramen orgulloso como siempre, daba indicios en su rostro del júbilo que sentía, y recorriendo sus escuadras con paso veloz, daba órdenes á los gefes para que estendiendo las alas de la batalla circundasen á los hijos de Castilla y los dejáran cercados. Poco le faltó para hacer proclamar la victoria antes de llegar á las manos. Confiado en el crecido número de sus guerreros se olvidó de que la fuerza no está en proporcion de la muchedumbre, y sí de la valentía y el entusiasmo; pero pronto se desengañó; pronto dió fin á su alegría, y su corazon agitado palpité y se estremeció con espanto.

Los defensores de la cruz arribaron: sus cortadoras espadas se hicieron sentir, y los árabes atentos á defenderse en vez de estender la batalla, se comprimieron y replegaron. Las primeras hileras de ambos ejércitos cayeron en el furor del combate sin que ninguno adelantára un paso. Tres horas estuvo la lid indecisa, y por tres horas enteras los dos caudillos dudaron. La caballería de Castilla hizo entonces un esfuerzo, y los infieles sarracenos á pesar de su multitud fueron por fin arrollados, y cedieron la victoria á los soldados del Conde.

La mortandad fue horrorosa. Veinte mil cadáveres de mahometanos cubrían el suelo, y seis mil cautivos se sometieron al vencedor. El soberbio Abderramen cubierto de oprobio y vergüenza se entregó á una fuga ignominiosa, y atravesó desesperado y afligido el mismo terreno por donde poco antes pasó recibiendo las aclamaciones del triunfo. Los castellanos se apoderaron del campo enemigo, y se hicieron dueños de un riquísimo despojo, descansando en la abundancia y en brazos de la victoria.

Al siguiente dia el noble Fernan Gonzalez dispuso

el regreso para su alcázar, y despues de cuatro de marcha llegó con su ejército victorioso á la vista de la magnífica Burgos.

Todos los habitantes de aquella corte abandonando la ciudad se encontraban esparcidos por el campo, y el valiente vencedor en medio de sus vasallos recibió el mas plácido homenaje escuchando las sinceras aclamaciones que son hijas del amor mas leal y mas acendrado. El ejército descansó un momento, y poco despues entró el héroe triunfante en el suelo nativo por la brecha que formaba en la muralla la falta de un estenso paño que de órden del Concejo se habia derribado.

Una compañía de caballos abria la marcha: dos mil infantes separados en dos filas conducian en su centro á los cautivos encadenados. Gustio seguia mandando los caballeros que mas se habian distinguido en la batalla, y que llevaban en su centro todos los caballos apresados ricamente enjaezados á la morisca, y conducidos del diestro por los mas nobles cautivos árabes. Marchaba despues Garci Nuñez coronado de laurel por haber ganado el estandarte de Abderramen, y seguian doscientos infantes arrastrando las banderas de la media luna, que eran el mas digno trofeo de tan completa victoria. Mil acémilas cargadas de ricos despojos ocupan un vasto espacio, y detrás de ellas marchaba en órden todo el resto del ejército castellano. Era el último de todos el grande Fernan Gonzalez.

Vestido de todas armas, y llevando en la diestra la invencible lanza y en la siniestra el escudo con la torre dorada, se mostraba digno de la confianza del pueblo guerrero que lo nombró su caudillo. Diego Lainez marchaba á su lado con el estandarte de Castilla, y Fernan Mentalez, Nuño Nuñion y Gonzalo Tellez, con las espadas desnudas escoltaban su persona.

Al pisar el héroe las calles de Burgos, los vivas y

aclamaciones se repitieron por todas partes aumentando el rumor de las sonoras campanas, y no cesaron hasta mucho tiempo despues de que llegó á su palacio. El dia entero se pasó en juegos y diversiones, y la noche en bailes y vistosas luminarias, sin que hubiese una persona que pensára en el descanso. Todo era placer entonces; todo vida y alegría, y todos gritaban contentos deseando las mayores felicidades al generoso guerrero que los habia libertado.

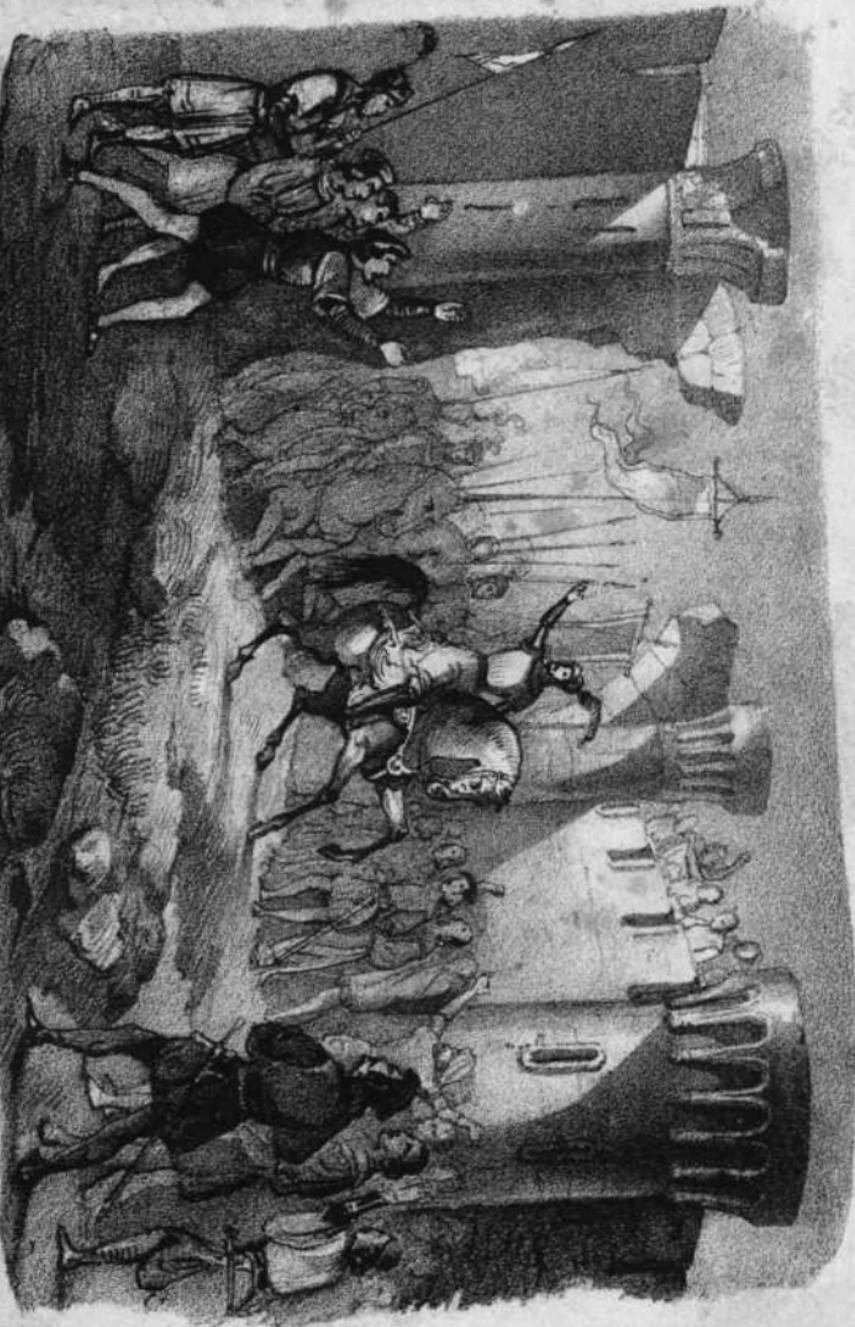
23.

El nuevo sol encontró fatigados de placeres á todos los burgaleses, y su noble ayuntamiento aun se ocupaba en disponerles otros mayores. La campana de la iglesia mayor anunciaba una pomposa funcion para dar gracias al Sér Supremo, y á la puerta del alcázar se reunia la mas brillante comitiva para acompañar al Conde. Todos habian depuesto las armas: ligeros trages de paz adornaban los cuerpos, y el jóven Conde no menos bello con el blanco armiño que con la brillante coraza, se presentó lleno de júbilo á sus vasallos. Marchó entre vivas y aclamaciones hasta la mansion sagrada, y se humilló ante el prelado que con su virtuoso clero lo esperaba en la puerta principal, y obteniendo su bendicion entró y se postró contrito ante el divino Hacedor.

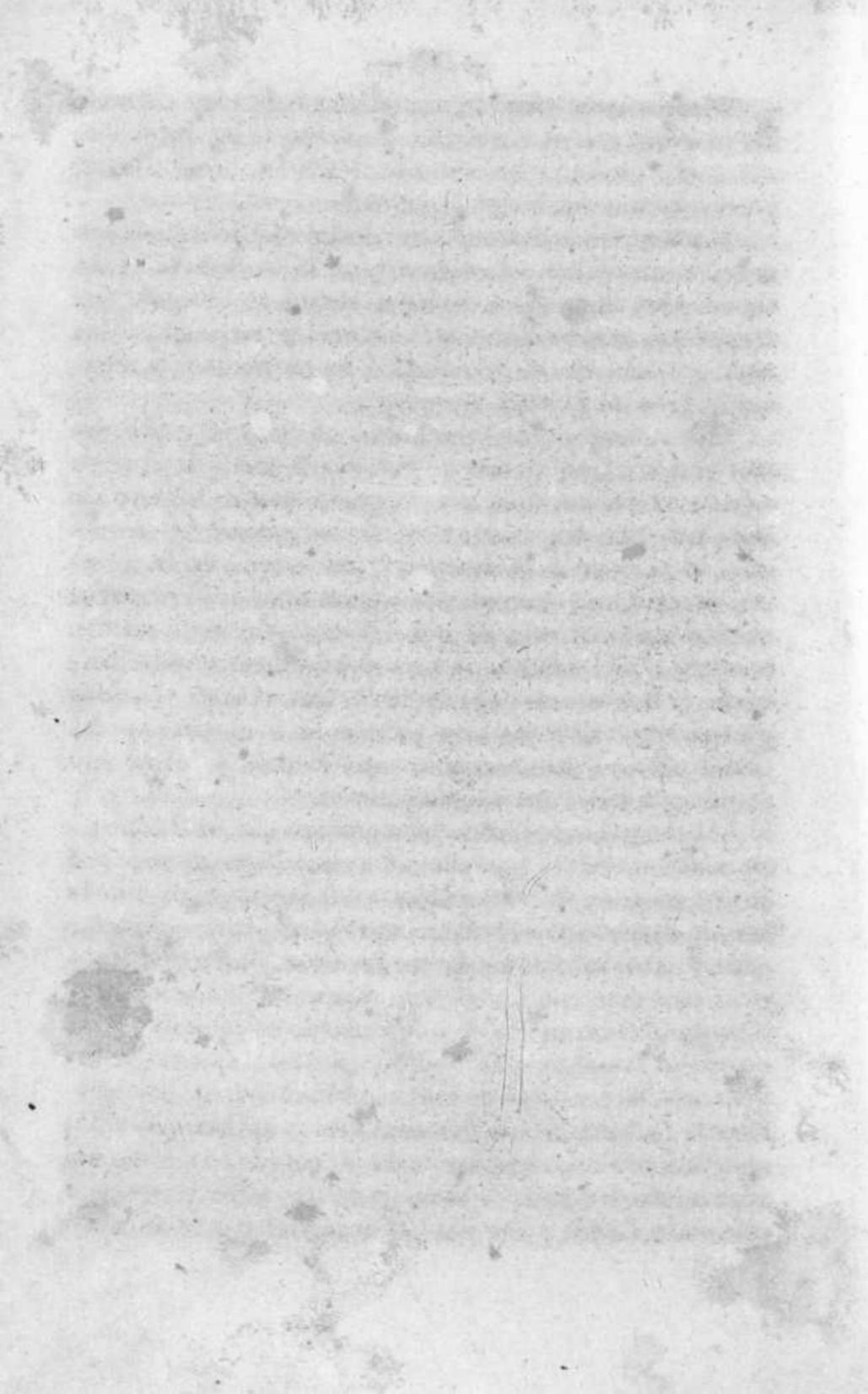
Acabado el acto religioso tornó el héroe á salir de la iglesia y á presentarse á sus vasallos. Graciosas comparsas dispuestas por los gremios se le acercaban á ofrecerle sus obsequios, y todo respiraba alegría.

—A las armas, castellanos, gritó al mismo tiempo un veloz caballero, que alentando apenas, se acercaba con un misterioso pliego en la mano. Los Navarros desvastan nuestro pais.—Venganza y guerra, nobles castellanos.

1790



Litog. de en la del. historia. Barrio-nuevo, R.



Venganza y guerra, repitieron todos, y dejando los plácidos juegos corrieron en busca de las duras lanzas. — El funesto mensajero se llegó al valiente Conde, y puso en sus manos el pliego fatal.

Fernán Gonzalez leyó la desagradable noticia, y volviéndose á los caballeros que le rodeaban, Don García, les dijo, viene marchando hácia Burgos. Sus tropas han talado nuestras fronteras y asesinado á los pacíficos labradores. Volemos á su encuentro, y sientan el peso de nuestra venganza.

Las cajas militares resonaron al punto, y el ejército reunido en menos de dos horas salió de Burgos con su fuerte caudillo amenazando hasta el trono de Navarra. Dos días caminaron sin encontrar al enemigo, al tercero se avistaron, y las tropas de D. García fueron luego envueltas y derrotadas. Los Navarros que creían ocupado al noble Conde en las fronteras opuestas, se llenaron de terror al descubrir su estandarte, y con numerosa pérdida retrocedieron vencidos y repasaron el Ebro con vergüenza é ignominia. El Conde detuvo entonces á los castellanos, y les mandó disponerse para una nueva victoria.

Al despuntar el alba del siguiente día se dió principio al combate. La infantería castellana se apoderó de los puentes, y los caballos esguazaron el río con la mayor valentía. La lucha se hizo general, y animados unos y otros combatientes de los deseos mas sanguinarios, peleaban con un silencio espantoso. El solo estrépito de los golpes era el ruido que se escuchaba, y ni el triste lamento del herido indicaba que aquellos hombres feroces tenían corazones humanos. Igual estaba la fortuna de los dos campos, y ambos generales combatían en lo mas recio de la batalla. Don García ansiando por vengar la muerte de su padre buscaba al esforzado Conde; éste por no desagradar á su adorada

Infanta, evitaba con arte el encuentro. Solo buscaba á Don Vela: solo por la muerte de este contrario anhelaba.

Descubriólo finalmente, y partió en su busca veloz cual la flecha que una mano vigorosa despidе del arco. Don Vela conoció á su enemigo, y no rehusó la singular batalla. Las lanzas crujieron, y hechas astillas subieron al cielo las astas. Ambos desnudaron las fuertes espadas y se atacaron de cerca. El escudo de Don Vela cedió al impulso de un golpe, y cayó dividido en trozos á los pies de su caballo: el yelmo del Conde se abrió, y su sangre tiñó sus armas. El furor le agitó de nuevo; cerró con su enemigo, y le rompió el pecho de una estocada. Don Vela titubeó sobre la silla; perdió la espada, y débil y sin sentido retrocedió á guarecerse en los escuadrones navarros.

El ejército de Castilla juró vengar la sangre de su Conde, y acometió con nuevo esfuerzo. Todo cedia á su furor, y dos mil vidas quedaron inmoladas á una herida insignificante. La victoria se declaró por Castilla, y el ejército del Rey puesto en fuga y dispersion se precipitó desordenadamente en los Reales.

Las tinieblas de la noche obligaron á los guerreros á retirarse, y el vencedor sin olvidar sus deberes en vez de entregarse al descanso, ordenó que sus tropas cercáran el campamento contrario, para que al siguiente dia todos los navarros murieran ó se entregasen.

24.

—Imposible es que se escapen, decia entusiasmado el Conde á sus valientes capitanes entrando en su tienda despues de reconocer los puestos avanzados del campo.

—Descansad algunas horas, Señor, le dijo el jóven

García. Mirad que la sangre que habeis derramado no puede menos de haceros falta y.....

— ¡Perro de Don Vela! le interrumpió Mentalez. ¿Cuándo querrá Dios entregarlo en nuestras manos? Yo le aseguro al infame traidor y mal caballero, que pocas horas habia de existir.

— No ha sido nada la herida, respondió el héroe castellano. Me siento tan bueno ahora como antes de principiar el combate. No podrá él decir lo mismo. Estoy seguro de que se encuentra á estas horas á las puertas del sepulcro. No me cabe duda de que mi espada ha penetrado en su pecho mas de dos pulgadas.

— Perdonad si me atrevo á interrumpiros, dijo entrando en la tienda Gustio de Lara. Un caballero navarro acaba de llegar al puesto que tengo el honor de mandar, y pide licencia para hablaros. Su noble porte y la seguridad con que ha entregado sus armas acreditan su generosa sangre; y en su aspecto, aunque abatido por el dolor, se descubren indicios de que trae alguna mision importante.

— Hazle que llegue al momento, contestó el intrépido Conde, y Gustio salió en busca del caballero.

— Vendrá á pedirnos la paz, dijo el fuerte Gonzalo Tellez.

— Duras habian de ser las condiciones con que lograria alcanzarla, replicó vivamente el Conde. ¿Te se figura, Gonzalo, que es tan mala presa un Rey de Navarra?

— Como no os diese la mitad de su corona, añadió Fernan Mentalez, no debiais capitular.

— O la mitad de su casa, dijo con sonrisa maligna el doncel, fingiéndose distraido, é hizo salir el color á las mejillas del Conde.

— Entrad, decia en tal momento á la puerta de la tienda el valeroso Gustio, y un caballero navarro se

presentó á vista de todos con la celada caída y sin permitir ver sus facciones.

—Vengo encargado de una mision importante, dijo al valeroso Conde. Pero es una mision reservada. Vos estais armado, yo inerme. Estais rodeado de vuestras tropas, yo solo; no podeis temerme: mandad salir á estos caballeros, y entonces podré esplicarme.

—Despejad, dijo inmediatamente Fernan Gonzalez, y sus capitanes se ausentaron. Ya estamos solos, continuó. Hablad ¿Traeis algun mensage de vuestro Rey? ¿Quiere la paz Don Garcia?

—Vos habeis de concedérsela. El no la pide, respondió el caballero. ¿Me conoceis? añadió levantando la visera.

—¿Fortun!

—Si Señor, el mismo soy, añadió el caballero. Doña Sancha me hace venir á vuestro lado; ella implora vuestra generosidad para su hermano y para toda Navarra.

—Pedid, Fortun, dijo el Conde. ¿Qué le podré yo negar á la hermosa que habeis nombrado? Pero..... esperad, suspended un poco vuestra mision, y decidme por mi vida cómo se encuentra la Infanta.

—Afligida en alto grado, respondió el caballero. La guerra la tiene en continuo sobresalto; tiembla por vos, y padece por su Rey y por su hermano. Este conoce su pasión, y siendo vencido ella será la víctima de la victoria.

—¿Conoce su afecto? Pues quién pudo descubrir un arcano que.....

—Don Vela, vuestro contrario, dijo al momento Fortun. Sus criados os descubrieron en el jardin del alcázar, y oyeron vuestros enamorados acentos. Don Vela es vuestro rival, y noticioso de vuestro amor formaria sangrientos planes de venganza; pero vuestra

vuelta á Castilla los inutilizó todos librándoos de sus traidoras asechanzas. Don García habia creído vuestra palabra, y nada presumió de la causa verdadera por-que saliais de Navarra. Don Vela la descubrió por sus partidarios en Castilla, y la comunicó al Rey. Este no se irritó por vuestra simulacion conociéndola prudente, pero el pérfido denunciador supo exaltar su enemistad persuadiéndolo de que habiais ido á Navarra para acordar una sublevacion con los descontentos y seducir á la Infanta. El Rey dudaba, y para convencerlo le refirió la escena de los jardines. La hermosa Doña Sancha pareció por acaso en aquel instante ante el Rey. Don García se hallaba en el colmo de su furor.—Insensata, la dijo. ¿Amas al Conde de Castilla? Sí, respondió vuestra adorada. ¿Y no recuerdas, continuó el Rey, que tu padre murió á sus manos? Sí, lo recuerdo, contestó la Infanta. Pero á pesar de ello no puedo ser indiferente á las virtudes de un héroe, así como no puedo dejar de aborrecer las bajezas de un malvado; y lanzando una mirada de desprecio sobre el infame Don Vela, regresó placentera á su cuarto. El Rey no esperó un momento; la órden de guerra se publicó en todas partes. Vos ya sabeis lo demas.

—Sí, Fortun, respondió el Conde. ¡Dichoso yo mil veces, pues me adora Doña Sancha! ¡Miseró Don Vela si otra vez logro encontrarlo! Pedid, Fortun, continuó, aplacando la efusion de la ira que el nombre de su rival habia engendrado en su pecho. Pedid, y disponed de los castellanos.

—No soy yo, Señor, quien pide: es la Infanta de Navarra, dijo el valiente Fortun Sanchez, y sacando del pecho una carta la puso en manos del Conde.

El héroe la abrió y leyó palpitando su corazon de alegría, y luego alargando la mano al caballero le dijo. Habeis cumplido, Fortun. Decid á la Infanta que á ella

sola deben la libertad los Navarros. Así cumple Fernan Gonzalez sus palabras. Besó Fortun Sanchez la mano del bienhechor de su patria, y salió para volver á su campo.—Es preciso retirarnos, dijo el Conde á sus capitanes que entraron inmediatamente despues de salir Fortun. El Rey espera socorros importantes, y no debemos arriesgar las ventajas de la batalla pasada. Partid, y disponed lo necesario para contramarchar al descubrir la luz del alba.

De mala gana le obedecieron aquellos valientes, que solo esperaban un nuevo dia para conseguir otra victoria; pero no les era permitido oponerse, y salieron de la tienda para cumplir el mandato.

—Soy feliz, amigo García, continuó Fernan Gonzalez apenas se vió solo con su valiente doncel. Mira, mira esta carta de Doña Sancha: esta es la primera confianza de su amor, y el primer testigo de nuestro eterno cariño. Escucha lo que me dice.—La fortuna infausta (leyó) opone cada dia nuevos obstáculos á nuestros deseos. Apenas os separais de mi lado, ya las armas de mi hermano os buscan para destruiros. Si por ventura os encontrais, si venís á las manos y la desgracia os agovia, no desmayeis: aun vivo, y solo pensaré en vuestro socorro; pero si fuéseis vencedor, si mi hermano se viese en algun peligro, recordad que os lo recomienda quien os ama, y que me habeis ofrecido borrar sus resentimientos á costa de beneficios. El caballero que lleva esta carta solo se os presentará en el último conflicto. Dios vele sobre vuestra conservacion, y no olvidéis el amor de Doña Sancha de Navarra.

—¡Fatal amor! exclamó con acento iracundo el valiente doncel. Mas pudiérais quejaros ahora de esa funesta pasion que antes de saber que os correspondia Doña Sancha, Ella os priva de una victoria; salva á

vuestros enemigos, y espone á Castilla á nuevas desgracias.

— ¡Y qué importa todo, García? respondió el apasionado Gonzalez. Tú no sabes lo que es amor. Este sacrificio es insignificante en sus aras. Mi vida fuera todavía poco en comparacion de los placeres que me ha proporcionado esta carta. Ella me ofrece camino para dar una prueba de mi afecto á la hermosa que me manda, y para obligar á mi contrario á convertirse en amigo.

— ¡Cuán poco debeis esperarlo! El Rey de Navarra es implacable, y no os agradecerá el beneficio. Se aprovechará de él para armarse de nuevo, y acometerá vuestros estados con mayor furor.

— Mejor para nosotros, contestó el héroe. Cuanto mas se empeñe Don García en su venganza, mas laureles coronarán nuestras sienes. Vamos, García. Ya está resuelto obedecer á mi amada, y nada basta para mudar mi intencion. Voy á escribir una carta para mi enemigo. Quiero que sepa á quien debe su existencia. Tú procurarás entregársela de cualquier modo que puedas, y yo confio en tu lealtad de que llenarás mi encargo. Vamos, acércame ese tintero, y tú interin yo escribo descansa, pues antes de rayar la aurora hemos de emprender nuestra retirada.

El doncel acercó el recado de escribir: el Conde dió principio á su carta, y García recostándose en el lecho se entregó á un sueño tranquilo sin amor y sin cuidados.

11.

— Acabad ese foso, gritaba Don García á sus soldados, que durante la noche no habian descansado un instante, cuando las sombrías tinieblas iban desapare-

ciendo y la claridad del día permitia ya distinguir los objetos. Las trincheras del campo navarro se hallaban coronadas de tropas, y en el rostro pálido de los guerreros se descubrian los rasgos indelebles de la desesperacion.

— Moriremos, hijos, continuaba el Rey. Estamos cortados y no podemos salvarnos, pero no moriremos como cobardes; cada vida nuestra ha de costar la de cinco castellanos. Venga ese orgulloso Conde. Venga y acabe conmigo; pero cante la victoria sobre hacinas de cadáveres, y no pueda complacerse en mirar á su presencia un prisionero navarro.

— El enemigo principia su movimiento, dijo el fuerte Suer de Stúñiga, llegando con unos cuantos caballeros que habian salido avanzados, y los instrumentos guerreros del campo de Fernan Gonzalez resonaron al mismo tiempo.

— Por Dios que tocan retirada, exclamó Tell de Aibar. No me engaño. ¿Oís? Retirada: no hay duda. ¿Pues qué le habrá ocurrido á nuestro contrario?

— Será alguna astucia suya, respondió Don Garcia. Querrá tal vez engañarnos.

— ¿Cómo engañarnos? dijo Fortun, que sabia la certeza del movimiento. Fernan Gonzalez es harto caballero para usar de una perfidia.

— Sí, pero una estratagema á todos es permitida, contestó Suer de Stúñiga.

— Esperad, añadió el Rey. Mirad como van saliendo del campo. Ya abaten las tiendas. No hay duda, se retiran. Van dejando los puestos avanzados.

— Ahora es ocasion de acometerlos, dijeron algunos navarros.

— No, hijos míos, contestó el Rey. Esta retirada, por mas que diga Fortun, es simulada y astuciosa. No salga uno siquiera de nuestro campo.

—¿Qué es aquello Señor? dijo Tebaldo. Un caballero sale de los escuadrones enemigos y se acerca á nuestro campo.

—Efectivamente, añadió Tell de Aibar. Viene sin lanza, y sobre el yelmo se vé un plumage negro y encarnado.

—Ese es el doncel de Fernan Gonzalez, exclamó el valiente Stúñiga.

—Conozco muy bien su divisa. Por cierto que ayer en la batalla advertí que por donde él caminaba solo se veian cadáveres y cuerpos destrozados.

—Callad, callad, dijo el Rey. Ya se detiene. ¿Veis? ha tomado un arco y lo monta poniéndole una saeta. Ya la despide. Cerca ha caído, pero no ha llegado á nosotros. Ya se vuelve. ¿Qué misterio puede encerrar este acto? Es preciso recoger esa flecha.

—Yo la traeré, Señor, respondió Stúñiga, y marchó en su busca con paso precipitado. Todos le esperaban con impaciencia.

—Ya está aquí, gran Señor, dijo volviendo á entrar en el campo.

—Friolera es, si tenia misterio. Ved esta carta dirigida para vos.

Al noble Rey de Navarra. No hay duda, este es algun aviso que nos dá algun castellano.

—Veamos, contestó Don García, y tomando el pliego leyó con asombro.

«Rey de Navarra: no podeis dudar de que vuestra existencia ha estado tan en mi mano, que un solo momento me hubiera hecho dueño de vos y de vuestro reino. Pero el Conde Fernan Gonzalez nunca olvidará los beneficios.

«Motivos especiales que me hacen desearos por mi amigo, y la gratitud que os debo por haberme hospedado en vuestro palacio, me obligan á renunciar

una victoria segura. Acordaos siempre de qué me debeis la libertad y la vida. Volved sin embargo contra mí vuestras armas cuando gustéis: el que hoy os renuncia un triunfo, no desconfía de obtenerlo en otra ocasión si vos se la presentais.”

El Conde Fernan Gonzalez.

—Juro á Dios, exclamó Tell de Aibar, que es valiente y generoso.

Teniais razon, Fortun, en alabarlo. Los hombres de su carácter habian de ser inmortales.

—No podemos negar, dijo el Rey, que le debemos la vida. Es un verdadero soldado. Sabe vencer y perdonar: esto solo cabe en un valiente. Aprovechemos ahora sus beneficios, y vamos á descansar de tan penosas fatigas. Id á publicar entre mis guerreros esta noticia venturosa, ínterin que yo voy á participarla á Don Vela.

—Será milagro que pueda escucharos, respondió Fortun. Está bastante aletargado. Sin embargo, no es mortal su herida, segun dicen los médicos.

—Sentiria que se desgraciase, replicó Don García: lo quiero porque es valiente hasta parecer temerario.

Entró entonces el Rey seguido de algunos caballeros en la tienda de Don Vela, que agoviado de debilidad parecia mas que un hombre un espectro animado.

—Estamos fuera de peligro, buen Conde, le dijo el Rey procurando animarlo.

—¡Cómo, Señor! ¿Hemos vencido? contestó con voz apagada el herido guerrero, y sus ojos se animaron algun tanto.

—No, Don Vela, continuó el Rey: nuestra libertad la debemos á nuestro contrario. Cercados y debelados hubiéramos sido víctima de una sangrienta carnicería. No teniamos remedio en lo humano. El Conde de Cas-

tilla, sin embargo, nos ha perdonado las vidas, y se ha retirado, contentándose con escribirme que lo hacia asi por agradecimiento, y por otros motivos especiales que ni á vos ni á mi pueden ocultársenos.

—¿Y es posible? le interrumpió Don Vela, y sus ojos amortiguados se enrojecieron con el fuego de la desesperacion. ¿Vos habeis admitido la vida de mano de vuestro contrario? ¡Maldicion! ¿Y yo me he unido á unos hombres tan cobardes? Conocedme mejor, Rey de Navarra: formar de mí una idea mas exacta. Yo prefiero bajar á la tumba á deber mi existencia á la clemencia de mi contrario; de la persona que mas aborrezco en el mundo. Yo no quiero la vida que me dispensa, y mis manos (añadió desgarrando el vendaje que cubria su herida) sabrán deshacer la obra del detestable Fernan Gonzalez.

Hubiera conseguido su intento, si cuantos le rodeaban no se hubiesen apresurado á contenerlo.

—No es á vos á quien el Conde ha perdonado, le dijo el Rey enfurecido. Ha sido á mí y á mis tropas. Si á vos os alcanza su gracia es porque militais bajo mis banderas. Aprovechad una vida que aun os viene de mi mano; y si luego cuando salgais del peligro no quereis que os alcancen las venturas de Don García, marchad en buen hora á donde os acomodare, que yo jamás apetezco en mis tropas á quien no sabe apreciar la virtud aun en sus mismos contrarios.

Salió el Rey seguido de sus caballeros, y D. Vela delirando de furor se desahogó en amenazas hasta caer en un profundo letargo, del que solo volvió para reconocer su situacion deplorable, y que sin el auxilio de Don García jamás podia recobrar sus estados. Esta reflexion le volvió la calma, y contribuyó eficazmente á su curacion.

26.

Al mismo tiempo que el Rey de Navarra llegaba á su corte, el fuerte Fernan Gonzalez entraba en su alcázar de Burgos, en el que pasó dos meses entregado á los cuidados pacíficos del gobierno, y luego se trasladó á la ciudad de Leon, donde se reunia la nobleza á llamamiento de Don Sancho, y para celebrar Córtes.

La Reina Doña Teresa recibió al héroe castellano con muestras seguras de agradecimiento por la libertad que concedió á Don García, y el Rey mas franco y generoso olvidado de las discordias pasadas, le dispensó toda su confianza.

— Conde, le dijo un dia al regresar del Congreso. Teneis en Leon un poderoso contrario. Don Vela acaba de llegar de Navarra, y trae ciertas pretensiones para que le volvais su condado. Yo le he escuchado con el mayor desprecio, y segun parece quiere entablar su peticion en las Córtes.

— Será en vano, respondió Fernan Gonzalez. Los ricos homes de Leon no tienen derecho alguno á juzgar en mis estados, ni hay ley que favorezca las peticiones de un traidor, ni que baste á despojarme de lo que con mi espada y mis guerreros he sujetado al Condado.

— Precisamente es lo mismo que he contestado á Don Vela, y estoy seguro de que no encontrará un protector de sus quiméricas pretensiones.

— Me es indiferente que lo encuentre ó no. Yo soy dueño de Alba y su territorio, y todo el poder del mundo no basta para arrancármelo. ¿Por qué no me lo disputa en singular desafio?

Porque conoce vuestro brazo, dijo el Rey. Ademas yo no os haria bueno el campo. No es justo alterar la paz de las Córtes, ni interrumpir el angusto silencio del santuario de las leyes con el rumor de las armas.

Entraron entonces en la habitacion de la Reina, y el Rey continuó. Aqui teneis una amiga de Don Vela, y señaló á la Reina, que no pudo menos de alterarse.

— No lo creais Conde, dijo la noble Señora: yo le he recibido bien porque me lo recomienda mi hermano. Por lo demas yo no puedo entrometerme en negocios de Estado, y que no me pertenecen.

— V. A., respondió el Conde, es dueña de mandar á Fernan Gonzalez. Sin embargo, sentiria que tomáseis interés por un hombre infame, que solo implorará vuestros ausilios para comprometeros. Perdonadme que os aconseje contra un enemigo mio, y creed que no es el odio el que me mueve para ello. Si no escuchais con prevencion las palabras de ese malvado, habeis de ver vuestra fama espuesta á la murmuracion. El no respeta cosa alguna, y todo lo sacrifica á sus intereses.

— Tengo una buena noticia que daros, dijo la Reina, eludiendo la conversacion. Tambien ha llegado Fortun Sanchez, y me ha parecido vuestro amigo segun lo favorablemente que me ha hablado de vos.

— No le conozco bastante para asegurar que lo sea, respondió el Conde. Sin embargo, si sus acciones no desdicen de su fama no puedo dudar de su amistad, pues que es valiente y generoso.

El Rey salió en aquel momento, y Fernan Gonzalez viéndose solo continuó. ¿Habeis sabido de vuestra adorable hermana? — Sí, Gonzalez. Ha tenido la mayor complacencia al saber vuestro generoso procedimiento con el Rey mi hermano, y os mira como al libertador de Navarra.

— ¡Ojalá nunca hubiera sido su contrario! No podeis comprender hasta dónde llegan mis deseos de estrechar amistad con Don García. Sacrificaria en su obsequio la mitad de mi existencia.

— ¿Y lo hariais por Don García? preguntó sonriéndose maglinamente la Reina.

— No, Señora. Vos sabeis el estado de mi corazon, y yo no podria engañaros. Vuestra hermana es el iris brillante que ha de poner fin á tanta tormenta. Ella forma el objeto de todas mis empresas, y no he de sosegar hasta conseguir su mano.

— No desconfies de obtenerla aun antes que deseais. Yo me intereso por vos, y hoy mismo voy á escribir en vuestro favor á mi hermano.

— El Conde Don Vela pide licencia para hablaros, dijo un page presentándose en la sala.

— Que entre, contestó la Reina.

— Perdonadme, Señora, dijo el Conde Fernan Gonzalez. Mi presencia será un obstáculo para la libertad con que deseará hablaros, y yo no apetezco ser incómodo á mis enemigos; y saludándola con el mayor respeto salió de la habitacion.

27.

— ¿Habeis visto á vuestro contrario? preguntó Doña Teresa á Don Vela.

— Le he visto, Señora, respondió el caballero, y toda mi indignacion se ha manifestado en mi rostro. No sé cómo tiene atrevimiento para presentarse á vos teniéndoos tan agraviada.

— Pues él me cree muy satisfecha. Engreido con la libertad que ha concedido á mi hermano, cree ya tener un derecho no solamente á mi amistad, sino tambien á mi reconocimiento. ¿Querreis creer que me ha confiado su amor y nombrado intercesora para con mi hermano?

— ¿Y vos se lo habeis prometido? preguntó Don Vela.

— Sí, respondió la Reina. ¿ Pero creéis que podré cumplirlo ?

— Lo dudo, contestó el traidor. Sin embargo, no debe desagradaros su confianza. Ella puede proporcionarnos los medios para perderlo, pues nos facilitará el saber sus relaciones con Doña Sancha. Entretened su esperanza, y arrancadle sus secretos. Tal vez logremos así la venganza que de otro modo viene á ser casi imposible. Procurad al mismo tiempo enemistarlo con el Rey ; su amistad nos perjudica. — No es fácil separarlo de ella. El Rey lo reconoce por el primer capitán de su reino, y lo contempla necesario para el bien de sus estados. Los intereses de su corona pueden en él mas que mis palabras, y en vano procuraria....

— A fuerza de trabajar siempre se consigue algo. No desperdiciéis un instante. Haced sospechosas todas sus acciones, y yo os aseguro que conseguireis el intento.

— ¿ Y cómo teneis vuestras pretensiones ?

— No están en muy buen estado, respondió Don Vela. El Rey se niega á protegerme, y los ricos hombres no están muy dispuestos. Sin embargo, yo conservo la esperanza, y si consigo indisponer á algunos con mi rival seré Conde de Castilla.

La presencia del Rey interrumpió la conversacion, y Don Vela variándola enteramente se entretuvo en discurrir sobre negocios de estado.

28.

— ¡ Gracias á Dios que nos vemos buen Fortun ! dijo el noble Fernan Gonzalez al caballero navarro al tiempo de entrar en su habitacion de vuelta de ver á la Reina. Desde el momento en que supe vuestra llegada no he podido descansar un instante.

— Tambien he vivido yo impaciente, respondió

Fortun. Voy á volver inmediatamente á Navarra, y no queria ausentarme sin cumplir el encargo de vuestra amada.

— ¡Tan pronto volveis?

— Sí, Señor, continuó el caballero. He venido con pliegos de mi Rey para Don Sancho, y no puedo detenerme. Interin se prepara mi marcha he querido veros y daros las gracias de parte de la Infanta. Su júbilo llegó al colmo cuando yo la noticié vuestro procedimiento, y su gratitud desde aquel dia no tiene límite alguno.

— ¡Su gratitud! dijo tristemente el Conde. ¡Ah Fortun!... Decid su amor. Doña Sancha no me debe el agradecimiento. Yo no hice mas que cumplir con mi deber. Ella tiene derecho á mandarme: sus preceptos son para mí leyes: mi obligacion es obedecerla.

— La obedecisteis, Señor, y no puede menos de agradecerlo. El mismo Rey de Navarra la ordenó el reconocimiento manifestándole públicamente que á vos os debia la vida, y queriéndose disculpar con obsequios y caricias de las amargas reconvenciones que la hizo por vuestro amor antes de emprender la guerra. Vuestro amor, Señor, es público en Navarra, y el Rey no lo desaprueba. Vuestra amada vive en las delicias de la tranquilidad y la esperanza, y Don García en las del agradecimiento.

— Es poco todavía, Fortun, dijo el Conde castellano. Yo anhele porque viva en la amistad.

— Nunca mejor pudiérais conseguirlo. El Rey ha depuesto en parte su odio, y ya os mira sin rencor. Aprovechad tan favorable momento. Vuestra amada me lo encarga. Solicitad la paz nuevamente, y nosotros trabajaremos en vuestro favor.

— Mil veces ya la he pretendido sin poderla conseguir. Temo que se me niegue de nuevo.

— ¡Vano temor! exclamó Fortun. El Rey está ahora mas dispuesto, y no tiene á su lado quien le incite contra vos. El mayor enemigo vuestro, la causa mas poderosa de la sangrienta campaña que habeis terminado, el implacable y perverso Don Vela se encuentra en Leon en este momento. El solo era vuestro enemigo en Navarra; él solo enfurecia el corazon del generoso Don García, y sustentaba una guerra funesta. Todo ha cambiado con su venida á Leon, y los navarros pueden hablar con libertad á su Rey. Nosotros le pintaremos los desastres de la guerra, y el estado miserable de los pueblos arruinados con los tributos. Aprovechad este momento. Enviad vuestros embajadores, y solicitad la paz. Yo salgo garante de ella.

— Lo haré, Fortun, replicó el Conde. No obstante no me confio.

— Solamente una imprudencia puede estorbarnos el logro, añadió el caballero. Si Don Vela vuelve á Navarra, todo Señor se ha perdido. Es preciso que nada sepa de nuestra negociacion, ó al menos que la ignore absolutamente hasta que vuestros enviados hayan llegado á la Corte de Navarra y dén principio al tratado. Su presencia nos seria funesta, y nos pondria en el escollo de que tratamos de huir.

— Descuidad. Los caballeros á quienes yo haré el encargo lo desempeñarán á satisfaccion nuestra. Albar Fernandez y Gustio de Lara son harto prudentes para dejar traslucir un negocio tan reservado. Ambos se encuentran en esta Corte, y hoy mismo han de salir para Navarra.

— Detenedlos algun tiempo. Yo voy á marchar al punto, y el malicioso Don Vela sospecharia la verdad si los viese acompañarme.

— No paseis cuidado por ello. Mis caballeros no saldrán de Leon por el camino de Navarra. Se dirigi-

rán á Castilla, y por sendero tan opuesto que solo nosotros y Dios podremos conocer su intento. Cuando se dirijan al verdadero punto de su marcha ya estarán fuera de la vista de los leoneses, y se recatarán hasta de los castellanos. Confíad, Fortun, en mi cuidado, y dejadlo todo á mi discrecion y prudencia.

— Está bien, Señor, respondió el caballero. Me ausento porque ya es pasada la hora en que debo regresar á mi patria. No os olvidéis de mi consejo, y adoptarlo porque tambien es el de la Infanta.

— Os obedeceré ciegamente, contestó Gonzalez. Decid á mi adorada que sus consejos son para mí preceptos, y asegúradla de mi amor. Alargó entonces la mano al fiel caballero, y se despidieron afectuosamente.

García, exclamó en el instante el valeroso Conde llamando á su noble doncel, que presentándose ante él esperó sus órdenes con el mayor respeto. Haz, continuó, que busquen inmediatamente á Gustio y Alvar Fernandez, y que vengan á mi presencia.

— Están, Señor, en mi cuarto, respondió el jóven. Poco tardareis en verlos, y saliendo velozmente tornó con los dos caballeros.

— Qué se os ofrece, Señor, dijo el anciano Fernandez.

— Tengo que daros una comision importante. Vais á marchar á Navarra, y á ser los patronos de mi felicidad y de mi amor. Vais á solicitar la paz con Don García y la mano de la Infanta.

— ¡Cómo, Señor! le interrumpió Gustio. ¿Vais otra vez á humillaros? ¿Quereis recibir una nueva negativa de vuestro contrario? ¿Por qué asi os precipitais? Esperad á que él sienta todo el peso de su daño, y haced á vuestra voluntad árbitra de su fortuna.

— No, Gustio, respondió Gonzalez. Tengo bastante seguridad de que obtendré mis deseos en este

momento, y no debo desperdiciarlo. Para conseguir solo se necesita prudencia. Es preciso que nadie entienda que marchais á Navarra. Salid luego de Leon con direccion á Castilla. Procurad que algunos leoneses salgan á acompañaros, y que sirvan al volver para asegurar que os dirigis á Castilla. Solicitad la paz de Don García, y luego de conseguida pedid la mano de su hermosa hermana. Interin no tengais celebrado aquel contrato no habéis una palabra de mi amor. Prudentes sois y callados. Yo deposito en vosotros mi confianza, y estoy seguro de que no la desmentireis.

— Podedis estarlo, Señor, respondió vivamente Alvar Fernandez. Haremos cuanto ordenais, y el mas profundo secreto será un sello á nuestros labios.

— Vamos, dijo entonces el valiente Lara. Lo queis, y yo no debo replicar. Antes de una hora ya estaremos marchando para Navarra. Dios alumbre nuestros pasos, y os saque de tan tormentoso cuidado.

Marcharon entonces los caballeros, y cumpliendo su deber con la exactitud acostumbrada, salieron para Castilla en union de algunos leoneses, y el fuerte Conde esperanzado y complacido, se entregó con ardor á un cúmulo infinito de plácidas ilusiones que lo hacian vivir en la felicidad y el contento.

29.

Asi se pasaba el tiempo, y las Córtes se acercaban á su último plazo. Don Vela habia llevado á ellas sus pretensiones, y en vano habia procurado el favor de los ricos hombres. Todos le oyeron y lo despreciaron. Se declaró que el Conde era buen poseedor del territorio de Alba, y que el Congreso era incapaz de juzgarlo. Al saber la funesta nueva, el corazon del pérfido palpité con desesperacion; el furor se apoderó de su

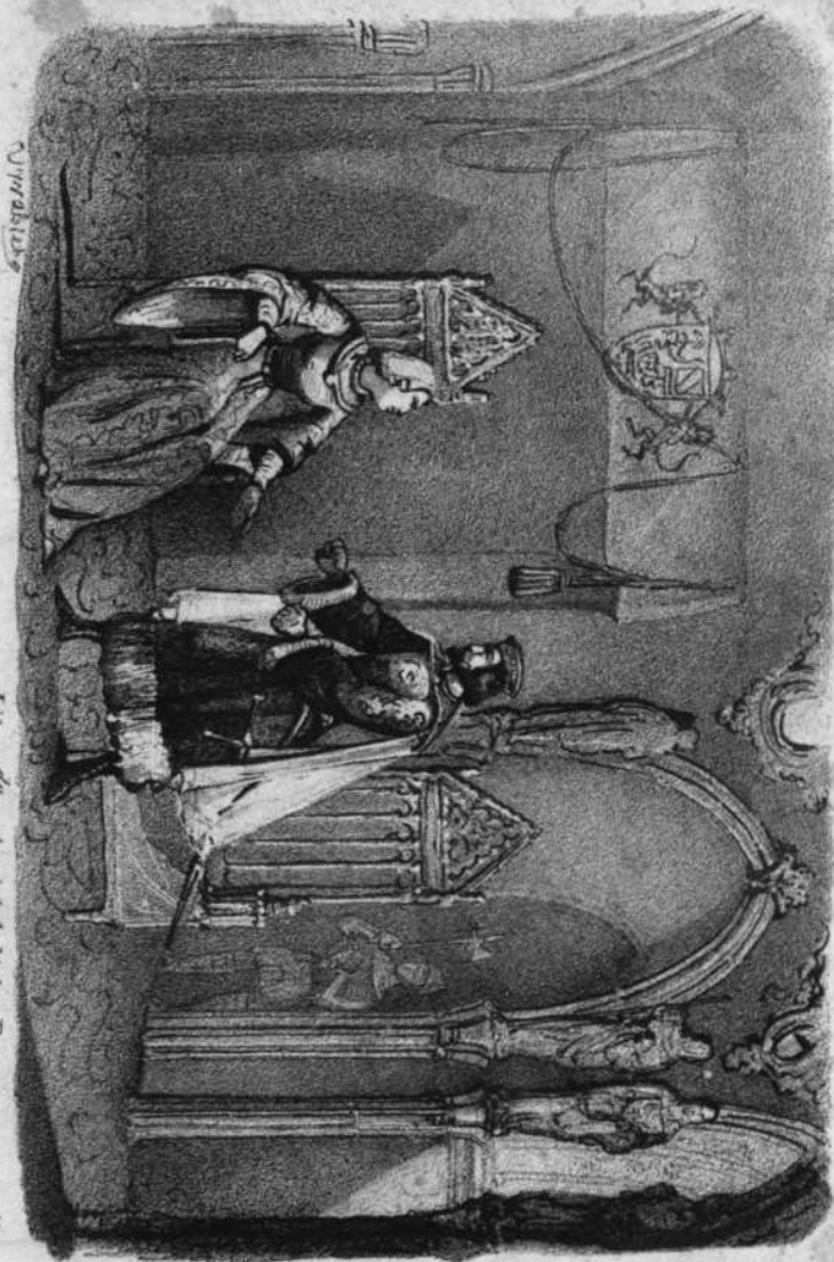
alma, y no le permitió pensar sino en planes de venganza.—Lo acabaré, exclamaba sin cesar: lo acabaré, y su sangre lavará la ignominia que do quiera me persigue, y en todas partes me alcanza.

Su impaciencia no tenia limites. Delirante y agitado erraba de una á otra parte. Ya tanteaba con furor el alevoso puñal y se ensayaba en manejarlo. Ya contemplando la imposibilidad de ofender á su contrario se sumergia en el abatimiento, y cayendo sobre una silla se entregaba á la afliccion quedando exánime y casi desmayado. La ira lo despertaba de repente; sus ojos brillaban con un siniestro entusiasmo, y su imaginacion se entregaba á la ilusion de las fantasmas. Demente entonces de furia, creia tener delante al Conde Fernan Gonzalez, y lanzándose á cualquier objeto que se lo representaba, lo agoviaba con sus golpes. El rencor se saciaba en las apariencias y le volvia la tranquilidad: conocia luego su error, y suspiraba pesaroso y avergonzado.

No pudiéndose sufrir á sí mismo salió de su habitacion. Sus pasos se dirigieron al alcázar, y sin esperar licencia se presentó en la habitacion de la Reina. Temblaba de ira, y una palidez mortal cubria su rostro: sus labios habian perdido el color natural, y se hallaban revestidos de una palidez espantosa. Sus ojos vivos y penetrantes circundados de una órbita verdosa infundian terror, y vagaban sin fijarse en ningun objeto. Todo en él indicaba la rabia y la desesperacion.

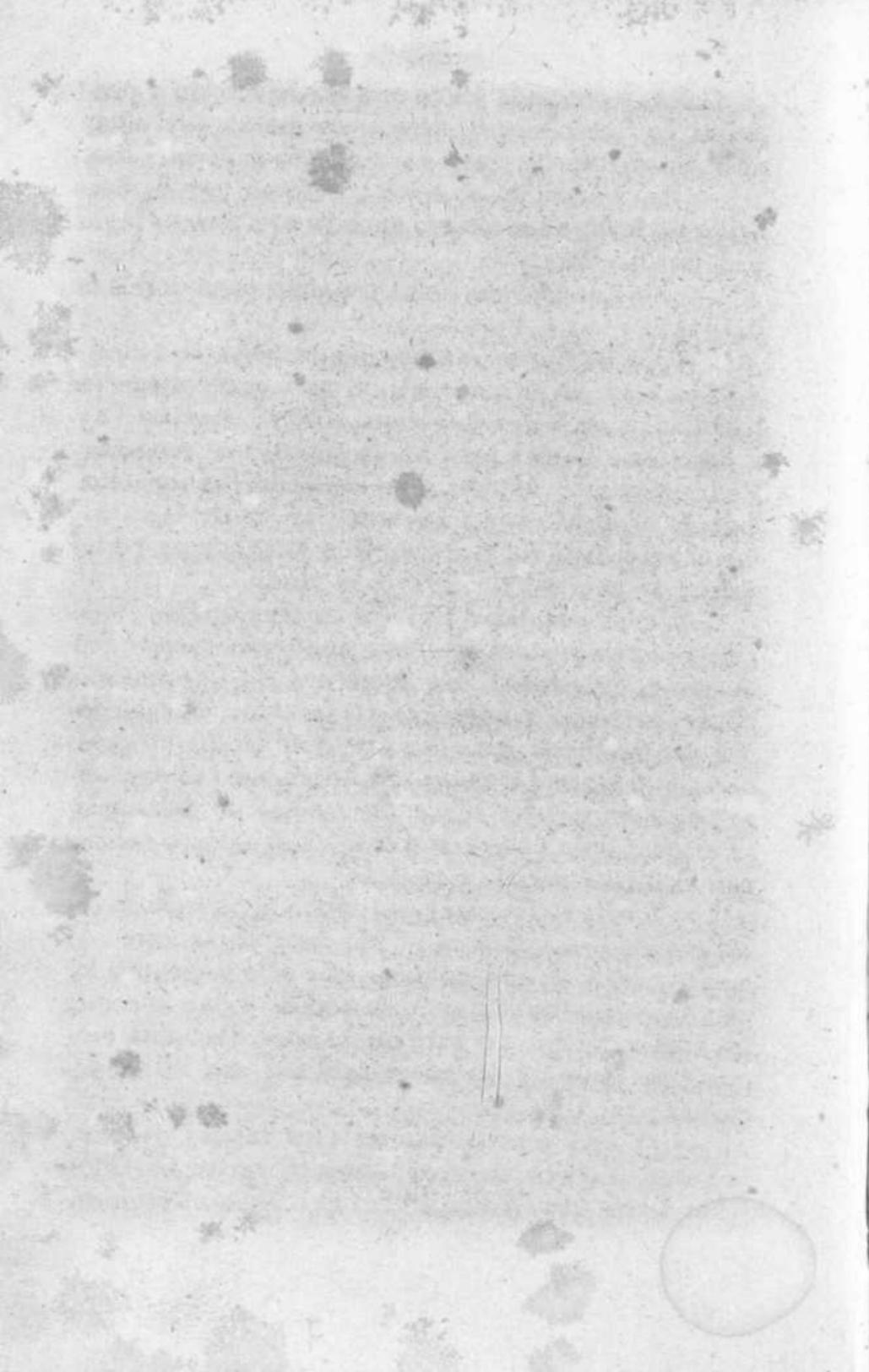
—¿Qué teneis? Don Vela, dijo la Reina al mirarlo.

—Todo el infierno dentro de mi pecho, respondió con voz convulsiva el desleal caballero. Tengo, Señora, un furor en que me abraso; un furor que me devora, que solo se apaga con sangre, que una sola muerte puede terminar. ¡Ay! Soy seguramente el hombre mas desdichado.



Barbaños

Litog. de la del Artista, Barrio-nuevo, 19.



Calló, y cruzando los brazos quedó absorto y pensativo. La Reina le contemplaba con asombro en aquel misterioso estupor, y apenas se atrevia á perturbarlo.

— Ha vencido mi contrario, exclamó por fin lanzando un suspiro horroroso, anunció equívoco de la ira y de la aflicción.

— ¿Qué decis, Don Vela? preguntó sorprendida la Reina?

— Que las Córtes me han despreciado. Han decidido en favor de mi contrario, y me han sepultado en la infamia y en la desesperacion. Está ya resuelto. Voy á dejar esta Corte, pero no la dejaré sin venganza. Fernan Gonzalez morirá, ó yo descenderé al sepulcro. En este momento voy á buscarlo: mi mano veloz como el rayo hará volar el templado puñal, y su pecho servirá de puerta á la salida de su alma.

— ¿Qué intentais? El furor os ofusca, Don Vela. ¿Quereis por ventura inutilizar nuestra venganza? Deteneos y reflexionad. Un momento de imprudencia puede hacernos perder cuanto tenemos adelantado. Vos mismo, hace pocos dias, os complaciais al considerar que nuestro enemigo dispensándome su confianza ponía en nuestra mano los medios de destruirlo. ¿Por qué ahora quereis inutilizar estos mismos medios que formaban nuestra esperanza?

— Teneis razon, Señora, respondió el irritado caballero algo mas tranquilo. Debemos obrar como el agente secreto de una máquina, que solo presenta á los ojos del vulgo los efectos de su poder, y que le oculta los medios de que usa para producirlos. Pero esta venganza es larga, y no es compatible con mi impaciencia.

— ¿Y qué conseguiriais de otro modo? continuó la Reina. Tal vez vuestros afanes se verian burlados, y vos seriais la víctima de ellos quedando salvo nues-

tro contrario. No, Don Vela, seamos mas precavidos, y busquemos un camino fácil aunque sea mas largo; nada importa lo dilatado del viaje cuando tiene un término cierto.

Don Vela habia recobrado su serenidad, y oyendo placentero á la Reina dejó brillar en su rostro toda la perfidia de su alma.

Nada importa lo dilatado del viaje cuando tiene un término cierto, dijo repitiendo misteriosamente las últimas palabras de la vengativa Doña Teresa, y quedó sepultado en la meditacion mas profunda. Decís bien, añadió á poco rato; dilatemos la venganza, pero hagámosla segura, y principió á pasearse con agitacion de un lado á otro de la sala. Está hecho, exclamó despues parándose frente á la Reina. Fernan Gonzalez morirá, y nadie será bastante para impedirlo. Vos habeis de precipitarlo en la tumba.

— ¡Yo, Don Vela!

— Vos, continuó el alevoso. Vos habeis de vengar los manes de vuestro padre el generoso Don Sancho Abarca. Vos, Señora, y sola vos. Escuchad, añadió con dulzura, viendo que la Reina vacilaba. No quiero decir, Señora, que vuestra mano generosa ha de usar del puñal matador. Lejos de mí tan temeraria idea. La mano de un verdugo ha de dividir su cabeza, pero vos lo habeis de precipitar en el patíbulo. Acordadle mas y mas vuestra confianza. Haced que sea desde hoy vuestro amigo, y declaraos la protectora de su pasion á la Infanta. Para dejaros mas libre yo retornaré á Navarra. Cuando os hayais asegurado de su confianza escribidme, acordaremos el medio y lo haremos pasar á Navarra. Su muerte será segura, sin que poder humano le valga.

— Pero mi hermano querrá.....

— Yo os respondo de su ira, dijo Don Vela inter-

rumpiendo á la Reina. El corazon de vuestro hermano aborrece al Conde de Castilla y me ama. Yo poseo todos sus secretos y sé proporcionarle satisfacciones. La tendrá en ver perecer á su enemigo. Ayudadme á preparársela.

—Lo haré, Don Vela, contestó la Reina. Mandad, resolved, y yo seré siempre un instrumento á la vuestra y á mi venganza.

La presencia del Rey interrumpió el funesto coloquio, y Don Vela dirigiéndose á él le pidió permiso para volver á Navarra.

Podeis ausentaros cuando querais, le dijo friamente Don Sancho, y él haciendo una reverencia salió para emprender su venganza.

—Mucho me alegro de que se marche este hombre feroz, dijo el Rey. El solo perturbaba la tranquilidad de mi alcázar. No podia mirarle sin ver en él un asesino; y el temor de que perpetrase un crimen me ha tenido hasta este momento con sobresalto.

—No sé, dijo entonces la Reina, por qué tomáis tanto interés en favorecer al caudillo castellano. Deberais acordaros de que fue vuestro enemigo y el matador de mi padre.

—Ni lo uno ni lo otro se me ha olvidado; pero sé que al matar á Don Sancho no cometió ningun crimen, y que siempre me ha servido como el mejor de mis feudatarios, y yo no tengo un justo motivo de perseguirlo. Su espada es la mejor de mi reino, y no debo sacrificarla á la venganza de un malvado que errante de Corte en Corte solamente aconseja á los Reyes la perfidia, y que si no hubiese traído recomendacion de Don García no hubiera pisado los umbrales de vuestro cuarto.

—Don Vela en nada os ha ofendido, contestó la Reina bastante alterada; siempre me ha tratado con decoro y...

—Yo no dudo de su educacion ni de vuestra virtud. Es inútil que me respondais de ese modo. Estoy seguro de que vuestras conversaciones en nada me han agraviado, pero tampoco dudo de que él ha escitado en vos unos deseos de venganza que vos misma debierais haber acallado.

—¡Acallado! repitió la Reina con asombro. Yo no puedo perdonar al matador de mi padre.

—Sí, contestó el Rey. Pero debeis respetar al perdonador de vuestro hermano.

La Reina quedó confundida, bajó los ojos llena de rubor, y el Rey lanzándola una mirada de irritacion salió inmediatamente del cuarto.

30.

Ya habian pasado tres meses despues que las Córtes se reunieron: el Rey habia pedido á los estados algunos servicios para continuar la guerra contra los moros, y todos se los habian acordado. Fernan Gonzalez habia ofrecido contribuir con mil escudos, y servir á su costa con seis mil infantes y tres mil caballos, si el Rey de Navarra no le molestaba, y Don Sancho lleno de gratitud habia resuelto poner fin á las sesiones con unas fiestas brillantes. Todos los caballeros se esmeraban á porfia en concurrir á su lucimiento, y deseando obsequiar á la Reina se precipitaban á pedirla el color de la divisa y el objeto de sus empresas.

El caudillo de Castilla no fue omiso en suplicarla; pero la Reina difirió responderle á presencia de otros caballeros, y esperando á que estuviese solo le dijo.

—Me habeis pedido color. No puedo destinaros otro que el blanco. Es precisamente el que mas agrada á mi hermana, y vos deseareis complacerla. La

empresa será vuestro amor, y como no dudo de vuestro triunfo, el premio será la esperanza.

— La tengo, Señora, respondió el noble Conde. Vos me habeis prometido interceder con vuestro hermano, y no puedo dudar un momento de que conseguireis vuestro objeto.

— Al menos, continuó la astuta Reina, no debeis dudar de que no omitiré ningun paso. Pero.... Escuchad... Parece que pisan en el alcázar algunos caballos.

— Es una verdad, Señora, respondió Gonzalez, y levantándose se asomó á una de las ventanas del cuarto. Son dos caballeros míos, prosiguió volviendo turbado. Gustio de Lara y Alvar Fernandez, á quienes tenia encargado el gobierno de Castilla, son los que han llegado. Permitidme que me ausente; necesito verlos, y saber el objeto de su venida. Es intempestiva, y me llena de cuidado.

— Id donde gustéis, respondió la Reina. Sentiria que os ocurriese alguna cosa desagradable.

El Conde no respondió. Saludó respetuosamente, y corrió lleno de agitacion en busca de sus enviados.

— ¿Qué me traeis? dijo entre tímido y alegre, entrando en su habitacion, donde ya le esperaban los caballeros.

— El último desengaño, respondió Gustio de Lara. Don García no os concede la paz.

Un rayo no hubiese aterrado mas al valiente Gonzalez, y quedó sepultado en la meditacion y el espanto. Sus ojos inmóviles en el caballero, querian sin preguntar averiguar la causa de su desgracia, ínterin que el furor revolviendo su pecho le hacia jurar interiormente la venganza.

Gustio viéndolo en estado tan penoso continuó.— Nuestra llegada á Navarra causó bastante placer á Don García, y esto nos hizo concebir esperanza de conse-

guir nuestro intento. Hablamos con Fortun Sanchez, y nos pusimos de acuerdo con la hermosa Doña Sancha. Supimos que las personas mas ilustres de aquella Corte favorecian vuestros intereses, y dimos principio á llenar nuestro encargo. Solicitamos una audiencia de Don García, la obtuvimos, y manifestamos nuestra mision. El Rey se mostró complacido, y dimos principio al tratado. Quería que vos le entregáseis algunas plazas y catorce fortalezas. Nosotros no juzgamos oportuno el acceder, y nos reservamos consultaros. El principio no era desagradable, y al siguiente dia tuvimos otra conferencia. Dijimos á su Alteza que nunca consentiriais en minorar vuestro Estado, y le ofrecimos un servicio pecuniario si accedia á la paz sin exigir otra cosa, y ademas le prometimos despues servirle en la guerra contra los moros con dos mil infantes y quinientos caballos.

Consintió por fin el Rey en no pedirnos plazas ni castillos, y ya solo versó la cuestion sobre el mas ó menos de la cantidad que debiera dárselo, y sobre el número de tropas con que debiais asistirlo. Esto era ya fácil de vencer y lo hubiéramos logrado; pero cuando asi lo creiamos y estando hablando con la Infanta, recibimos una órden de presentarnos al Rey. Obedecimos, y llegamos á su cuarto. El rostro de Don García se hallaba encendido; sus ojos se revolvian con furor, y hasta sus guardias lo contemplaban con espanto. Fortun Sanchez al lado del trono se hallaba triste y pensativo, y el perverso Don Vela á la espalda del Rey nos miraba de un modo insolente demostrando su alegría.—Castellanos, dijo el Rey, salid inmediatamente de Navarra. Decid á vuestro caudillo que yo sabré escarmentarlo. Que no se envanezca con una vana victoria, y que tiemble del poder del ejército Navarro. El asombro me dominaba, Señor; mas al oiros insul-

tar yo no pude contenerme.— El Conde de Castilla no sabe temblar jamás, respondí, y bien podeis acordaros. — Si no sabe, yo le obligaré á que aprenda, me contestó Don García. — No confieis, le repliqué, pues quien supo perdonaros...—Callad, me dijo entonces con furia. Partid; me habeis engañado.— La ira se apoderó de mí entonces. Mentís, iba á decirle sin reparar que era Rey ni que me hallaba en su Corte, pero Alvar Fernandez me detuvo, y respondió á Don García mas comedido que yo, pero con la dignidad de un valiente castellano.

Salimos luego de la cámara del Rey, y quisimos despedirnos de la Infanta. Hasta esto nos estaba ya vedado. Una fuerte escolta nos condujo como presos á nuestra morada, y sin darnos mas tiempo que el absolutamente preciso para disponer nuestra marcha, nos acompañó hasta fuera de la ciudad, y quedó sobre una altura observando nuestros movimientos. Caminamos todo el dia temerosos de una traicion de Don Vela, y llegada la noche descansamos en una alquería poco distante del camino. Al amanecer volvimos á marchar, y á poco rato oimos galopar un caballo á nuestra espalda. Volvimos el rostro, y vimos á un page de Fortun Sanchez que se fatigaba por alcanzarnos. Nos detuvimos, y habiendo llegado nos entregó este pliego para vos, y nos dijo de palabra: marchad con precipitacion. El Rey intenta deteneros, y en ello causaria un daño á Castilla; y sin esperar nuestra respuesta volvió la brida, y tomando por la falda de una montaña desapareció á nuestros ojos. Instigados del aviso no descansamos hasta penetrar en este reino, y anhelosos por entregaros este pliego tampoco hemos aliviado mucho nuestra marcha.

Oyó Fernan Gonzalez la relacion de su caballero con el mas profundo silencio, y tomando la carta rom-

pió el lema y leyó presuroso. “Conde, la llegada de Don Vela nos ha perdido: el pérfido calumniador ha logrado convencer al Rey de que vos habiais publicado en Leon la paz como hecha, y de que reconviniéndoos de falsedad en el cuarto de la Reina, le respondisteis con orgullo que era lo mismo haberla firmado el Rey que pedirla vos; pues no os podiais figurar que os la negase, sabiendo que con sola una palabra haciais temblar este reino. Aseguró que solo volvía á Navarra por orden de Don Sancho y de la Reina para decir á su Alteza que si os concedía la paz él le declaraba la guerra, pues no podía consentir en que la posteridad dijese que un hijo de Don Sancho Abarca habia temido á un Conde de Castilla, y no sabiendo vengar la muerte de su augusto padre se habia sujetado á una paz vergonzosa. Logró Don Vela irritar el corazon del Rey con estas y otras noticias, y vuestros caballeros fueron lanzados ignominiosamente del alcázar; pero no se ha satisfecho Don García, é intenta promover la guerra. Ha dado orden para que detengan la marcha de vuestros enviados, y quiere entrar en Castilla antes que vos acudais á defenderla. Si esta carta llega á vos, haced el uso prudente que os convenga sin comprometer el honor de vuestro amigo

Fortun Sanchez.

— ¡Perfidia atroz! Dijo el Conde al concluir la lectura del pliego fatal; y rompiéndolo por precaucion, continuó. No debemos perder un momento. Marchemos á defender el Condado, y perezca el Rey de Navarra si cae bajo mi poder. Gustio, marcha inmediatamente y dispon que se armen mis soldados. Yo te seguiré de cerca, pues no me detendré en Leon sino el tiempo necesario para despedirme del Rey. Vosotros, añadió, volviéndose á Alvar Fernandez y Garci Nuñez,

disponed el equipage y demas necesario á mi partida, y salió seguido de Gustio para ir en busca del Rey.

Sus fieles criados en tanto dieron orden para que condujesen los caballos á la puerta del alcázar, y se ocuparon en arreglar todo lo necesario para emprender luego el viaje.

31.

Quedó la Reina de Leon al separarse de ella el Conde Fernan Gonzalez, sumergida en un intenso deseo de saber lo que ocurría al valiente castellano. Su corazon lo aborrecia mortalmente, y toda desgracia que le hubiese sobrevenido la hubiera sido agradable. Sin embargo, conocia la prudencia del héroe, y desconfiaba enteramente de penetrar aquel arcano, cuando un page de Don Vela se presentó ante su vista, é inclinando la rodilla puso en sus manos una carta.

La Reina temerosa de que fuese descubierto le ordenó que saliera del cuarto, y abriendo el pliego leyó complacida cuanto el pérfido la noticiaba sobre la ocurrencia de la Corte de Navarra.

— “Mi llegada á esta, le decia el inicuo, ha sido en hora feliz. Yo bendigo el momento en que las Cortes desecharon mis peticiones, pues su repulsa nos ha librado del mayor de los disgustos. Un dia solo de dilacion hubiera unido para siempre al Rey con el Conde de Castilla, y nada hubiera sido bastante á quebrantar sus tratados. Apenas pisé este alcázar supe que dos embajadores del Conde solicitaban la paz: me trasladé á la cámara del Rey, y logré inutilizar sus planes. No ha sido esto solo. He conseguido irritar á Don Garcia, y en este momento se disponen nuestras tropas para acometer el Condado. Procurad entretener al Conde en esa, y si no os fuese posible avisadme. No

os deis por entendida del contenido de esta carta, y entretened la confianza de mi enemigo. Si no pudiéseris detenerlo ofrecedle vuestra intercesion para con el Rey, y yo haré de modo que él mismo camine á su precipicio. Secreto, prudencia y astucia, os encarga solo vuestro eterno servidor”

Don Vela.

Cesó la Reina de leer: guardó el pliego misterioso, y dió principio á sus proyectos de venganza. No dudaba de que el Conde se hallaba ya noticioso del mal éxito de su embajada. Aquellos caballeros que habian llegado eran indudablemente sus embajadores, pero tampoco dudaba de que no era sabedor de los movimientos guerreros del Rey de Navarra. Segun le aseguraba Don Vela, el acometer á Castilla se habia resuelto con posterioridad á la salida de los embajadores del Conde, y estos no podian saberlo.

Lo detendré, exclamó con resolucion. Haré dilatar los torneos, y cuando sepa el estado de Castilla ya no será dueño de recobrarla.

Entregada á sus vanas ilusiones paseaba por su morada. El Conde se presentó en ella, y la hizo volver enteramente á la calma.

Bien venido, Fernan Gonzalez, le dijo con voz cariñosa. Tengo un placer seguramente en veros para daros una noticia que deberá indudablemente seros grata. El Rey ha señalado el torneo para el próximo domingo, y ha dejado á mi eleccion el mantenedor del com-late. No conozco mejor caballero que vos, y espero que dentro de cuatro dias os he de ver lleno de gloria al atir á los mas valientes guerreros entre las aclamaciones de un pueblo gozoso.

—No lo esperéis, Señora, respondió tristemente Gonzalez. Dentro de cuatro dias no será una lanza sin

hierro la que pulsará mi mano, ni vanos é insignificantes golpes los que ofenderán los pechos de mis contrarios. Mi brazo moverá la pica invencible, y un hierro templado penetrando hasta los abismales en los corazones de mis enemigos los dividirá en partes, y les ofrecerá la muerte. No será un pueblo gozoso el que me rodee en tales momentos, ni los ecos lisonjeros del aplauso los que ofendan mis oídos. El ay lastimero del soldado moribundo será solo el que resonará en el espacio, y el concurso que me acompañe llevará en sus semblantes la rabia, el furor y la desesperacion. No serán aguas olorosas arrojadas de los palcos en globos ligeros de cera las que rieguen mi armadura; la sangre encendida de furibundos guerreros salpicará desde el yelmo hasta los pies de mi caballo, y no adornará mis sienes una corona de mirto, sino la dorada laureola entrelazada á la palma inmortal, que solo concede y coloca la alegre y gozosa victoria.

— Me estremezco, Gonzalez, al escucharos, contestó la Reina trémula y sorprendida. ¿Es posible que hace poco solo pensabais en divertirnos, y ahora no anhelais por mas que por el furor de los verdaderos combates?

— Somos, Señora, los hombres hijos de las circunstancias, continuó el Conde. Hace poco yo no creia tener ningun enemigo que se atreviese á insultarme. Antes de venir á Leon hubieran probado mis contrarios cuanto era el valor de los castellanos. Vencido y debelado Abderramen no se hallaba en aptitud de ofenderme. Vencido y perdonado vuestro hermano, á quien la prision ó la muerte eran seguras é inevitables, no debia reputarse en estado de tentar nueva vez la fortuna. Estaba por ello tranquilo. Hoy todo se ha cambiado, y hay quien se atreva á ofenderme despues de haberme injuriado. Mi obligacion y mi honor me

llaman á los combates. Entraré en ellos pesaroso y oprimido de mortal cuidado; pero no decaerá por ello mi ánimo, y antes consentiré descender á la tumba que usar de un instante de clemencia. No: mi generosidad perjudica á mis vasallos y anima á mis enemigos. La ingratitud de estos los hace dignos de todo el rigor de mi brazo. Perdonadme, Señora, si me dejo en vuestra presencia llevar de la ira. No soy dueño de mi corazón en este momento, y á mí mismo me desconozco. Yo no afanaba en otro tiempo más que por gloria..... ¡Lo creereis!..... En la guerra que voy á emprender solo combatiré por derramar sangre, por destruir, por aniquilar á mis contrarios, por acabar hasta el nombre de un ingrato.

— Me horrorizais, Conde, dijo la Reina aparentando ignorar lo que causaba la furia del noble guerrero. Tiemblo por vuestro enemigo sin conocerlo, y apenas me atrevo á preguntaros. ¿Decidme, por Dios, me alcanzan en algo vuestras amenazas?

— Perdonad si no os respondo, contestó Fernán Gonzalez.

— ¿Qué decís, Conde? exclamó la Reina. Vuestro silencio es más significativo que la más terrible de las palabras. Vos quereis combatir contra un ingrato. Don García os debe la vida. ¿Será posible? ¿Os habrá ofendido mi hermano?

— Señora..... respondió el héroe, ¿A qué os fatigais en aclarar este arcano? Es tan pesada la fama que no os satisfará antes de tiempo?

— No, Gonzalez, replicó la Reina. Vos solo podéis y debéis aclararlo. Satisfaced mi impaciencia. ¿Quién provoca vuestra ira?

— ¿Y aun lo dudais? dijo el Conde.

— ¡Mi hermano!..... exclamó la Reina.

— El Rey de Navarra, continuó el castellano. Es-

cuchadme. Yo deseaba ser su amigo. Os lo dije mil veces, y Fernan Gonzalez no sabe mentir. Le envié mis embajadores; solicité su amistad, y esperaba conseguirla. El Rey mismo alentó mi esperanza, y positivamente nos hubiésemos concertado si un hombre infame y detestable no hubiese vuelto á Navarra. Don Vela deshizo mis esperanzas, é irritando á vuestro hermano lo hizo romper las conferencias. Don García cedió á sus instancias; llamó á mis fieles vasallos, y los despidió ignominiosamente. Injurio mi nombre y fama, y ordenó hacerme la guerra. Sus tropas marchan contra el temible Condado. Don García no ha contemplado su riesgo ni recordado mi generosidad. El creyó á un calumniador, y se ha hecho acreedor á mi venganza.

—¿Don Vela os ha calumniado? preguntó la astuta Reina. No es posible que así sea. Os han engañado, Conde.

—¿Lo creis como lo decís? preguntó el Conde con una calma desusada y que hizo estremecer á la Reina.

—No conozco á Don Vela bastante para saber de cuánto es capaz. — Si lo supiese tal vez pensaria como vos; pero nunca podré persuadirme de que Don García haya escuchado una calumnia sin datos.

—La escuchó, Señora, respondió con dignidad el héroe. Os lo dice un castellano, y os debe bastar para creerlo. Aun os diré mas. Las calumnias de Don Vela os alcanzan á vos.

—¿A mí?

—Sí, Señora, añadió el Conde interrumpiendo á la Reina. Os lo dije mas de una vez. *Si no quereis que vuestra opinion padezca, no deis crédito á Don Vela.* ¿Os acordais?... Pero esto no es ahora del caso, continuó, oyendo el rumor de sus caballos que entraban

en el alcázar. Los momentos son preciosos, y debo sacrificarlos al bien de Castilla. He venido á despedirme de vos. Ved de darme vuestras órdenes, y sabed que voy forzado por la injuria y la calumnia á luchar con vuestro hermano.

— Tratadlo generosamente, dijo la Reina. Contemplad que camina engañado y.....

— Perdonad, replicó Gonzalez. Os engañaría si ofreciese lo que no espero cumplir. La paz con vuestro hermano es necesaria al bien de mi corazón, pero mi condescendencia es dañosa á mis estados. Yo buscaré la paz, sí, mas la buscaré obligando á Don García á que no pueda negarla, á que él mismo me la pida, á que me la ruegue y suplique en ocasion en que yo pueda negársela. Sé que para llegar este caso se ha de verter mucha sangre; ha de temblar sobre sus cimientos el trono de Navarra, y la torre de oro ha de tremolar sobre muchos de los castillos navarros; pero antes faltará el sol á la tierra, que Fernan Gonzalez á conseguir tan brillante suceso. Sé quien soy y lo que puedo. No hago ánimo de volver á desaprovecharlo.

— ¿Con que no concedereis la paz á Don García sin vencerlo?

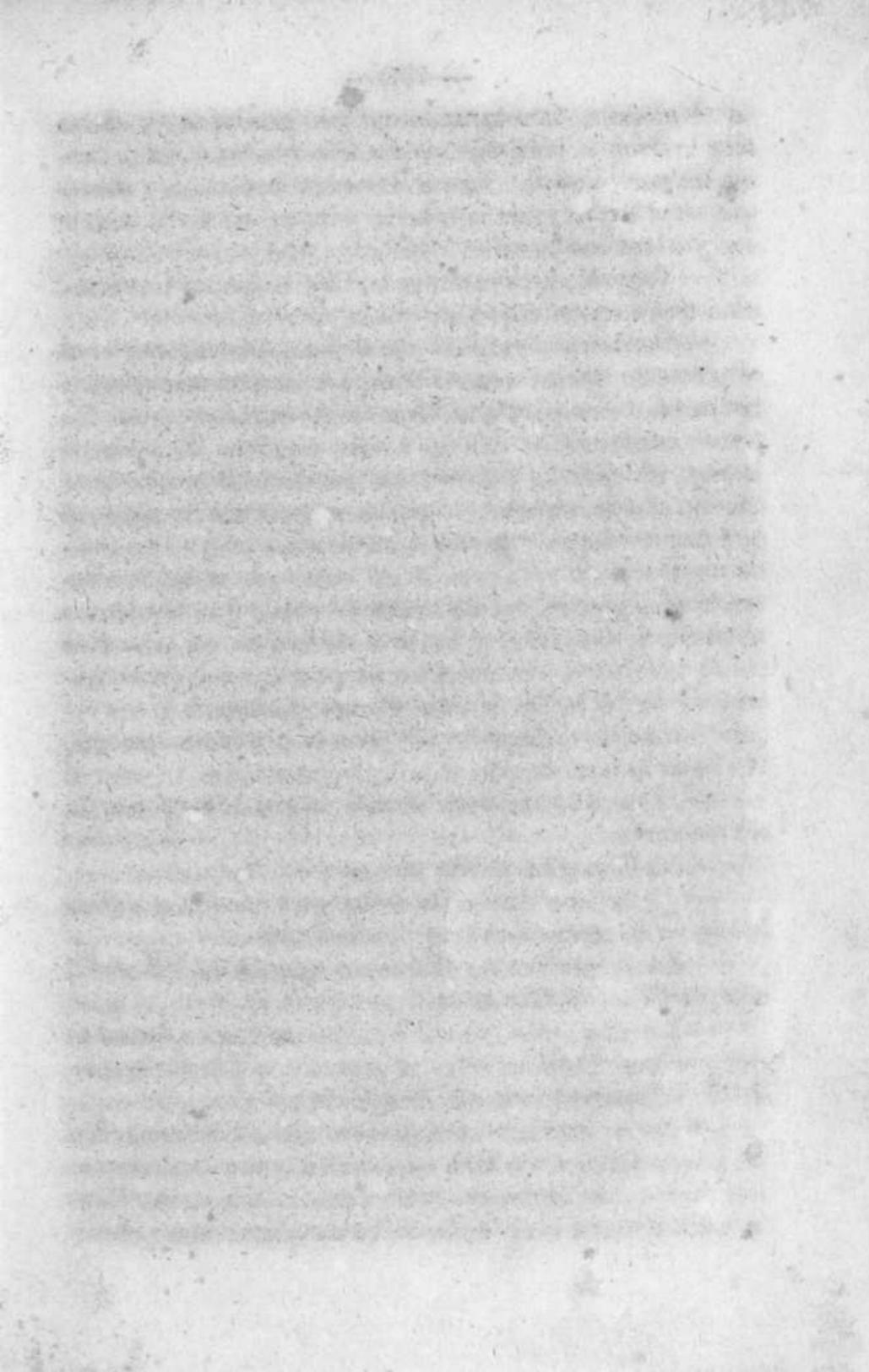
— No la pediré por lo menos.

— ¿Y si Don García la solicitase? ¿Si él sin pedir-la vos os la concediese? replicó la Reina.

— La aceptaria con el mayor placer de mi alma, contestó Fernan Gonzalez.

— No desconfieis, añadió la Reina. Voy á interceder por vos. Detened vuestra marcha, y yo os respondo de la benevolencia de Don García.

— No es posible complaceros, dijo Gonzalez. Yo no puedo faltar á Castilla cuando su riesgo me llama. Interceded, sin embargo, con vuestro hermano. Pero os advierto una cosa. Si Don García quiere una paz sin





Listado en la del desierto, Barrio-nuevo. 22

Urribia

condiciones, que no derrame una gota de sangre castellana. Una ofensa la mas leve á cualquiera de mis vasallos pedirá satisfacciones, y sin ellas no puede dejar la adarga el Conde Fernan Gonzalez.

— Estais implacable, Conde, dijo sorprendida la Reina.

— No estoy sino experimentado, respondió vivamente el guerrero. Ví que la generosidad me daña. Debo hacer valer mis derechos.

Sonó entonces el reloj del alcázar anunciando las doce del dia.

— Ya no puedo detenerme, continuó Gonzalez. Recordad mis últimas palabras. Una gota de sangre vertida necesita para satisfaccion un torrente. Evitad que se derrame, y mandad al Conde de Castilla.

Hizo una reverencia profunda, y saliendo precipitado bajó al patio del alcázar. Un palafren le acercó el troton incansable, y ocupando la silla recibió de mano de García la tantas veces victoriosa lanza.

Vamos, dijo en seguida á los caballeros que le rodeaban, y escitando con el acicate al fogoso caballo, partió lleno de alegría á vengar su opinion de las injurias del Rey de Navarra.

32.

Venga esa bota, Fadrique, decia con voz áspera un soldado á uno de los que estaban á su lado recibiendo el calor de una hoguera que ardia con brillante llama á las orillas del Ebro, en tanto que sus camaradas apoyados en las picas reian á grandes carcajadas, contemplando á otro guerrero que con los brazos cruzados meneaba la cabeza con indicios seguros de disgusto.

— Vaya, continuó despues que la hubo tomado.

Este trago va por la salud de Rodrigo. Rogad ínterin yo bebo al glorioso San Crispin que le cure de esa enfermedad que tiene. Hombre no tiembles, que aun es tiempo de tercianas.

— Por Dios, Tello, dijo Rodrigo dejando su aptitud pensativa. Que no parece sino que tienes gana de que riñamos. ¿Tú me has visto alguna vez tener miedo?

— Hombre, no te acalores, respondió Tello con bastante calma, y empinando el depósito de vino estuvo mas de dos minutos sin bajar la mano. Vale un maravedí cada gota, continuó, alargando la cabritilla á Fadrique. Guárdala bien, amigo, este es un gran remedio contra los sustos.—Te decia, Rodrigo, que no te acalorasas, porque tomas las cosas muy á pechos. ¿Tú y yo habíamos de reñir? Vaya, eres un tonto rematado. Venga esa mavo de amigos, y encomiéndame á Dios que voy á relevarte.

— No hagas tal por tu vida, respondió el agraviado Tello. Te juro que he sentido los pasos de los caballos, y no muy lejos de mí hablaban algunos hombres. Lo mejor es que nos retiremos á nuestro campo, y digamos sobre seguro que hemos descubierto á los castellanos.

— ¿Y no quieres que te digamos que sueñas? replicó Tello.

— Te vuelvo á jurar que los he oido, contestó Rodrigo.

— Silencio, dijo otro de los soldados. ¿Qué día es hoy?

— Martes, respondieron todos.

— ¡Martes! exclamó el que habia preguntado. ¡Diablo! Mas valia que fueran los castellanos los que han pasmado á Rodrigo, que lo que ha sido verdaderamente. ¿Martes, eh?... Puf.... Ahora sí que tengo yo miedo. ¿No sabéis que todos los martes se

reunen las brujas en los Pirineos y tienen un baile?

— Verdad es, respondieron todos, fijando la mayor atención al discurso de su compañero.

— ¿Y aun dudais de lo que ha sido? continuó aquel. Pues yo estoy cierto de que todas las brujas castellanas van á pasar por aqui, y ellas han asustado tanto á Rodrigo. ¿Oiste tú si silvaban?

— No te lo puedo asegurar, contestó Rodrigo doblemente pasmado, pero me parece que sí. Lo que recuerdo mejor es que oia un tamboril como el que cogieron á la vieja aquella de Tafalla que quemaron hace ocho dias.

— Pues ellas eran, exclamaron todos con rostros cadavéricos, y se acercaban unos á otros apretándose cuanto podian.

— Y... que... hace... mos, preguntó Tello temblando y apoyándose en la pica con ambas manos. ¿Queréis que nos volvamos al campamento?

— ¿Y qué dirian nuestros gefes, respondió Fadrique.

— Sosegaos, dijo el que había descubierto el arcano. Las brujas tienen pacto con el diablo, y no se acercan á la cruz. Dadme una pica y vereis como las ahuyentamos. Ya está hecho. No hay cuidado; ya no pasaremos por el aire mas ligeros que los relámpagos. Lo que hay ahora que temer es que nos apaguen la lumbre. Acerca ese tizon, Fadrique. Ortuño, pon tú esotro atravesado. Asi, bueno. Ya no hay miedo. Recemos ahora..... Voto á brios que esto ya es otra cosa. ¿Habeis oido una trompeta?

— Una carcajada fue la contestacion general. ¿Una trompeta? decian en tono burlesco todos los soldados.

— Eres un hombre original, Bernardo, exclamó Tello aumentando la risa. Este hombre ó está ético, ó nosotros somos sordos.

— Te juro, dijo Bernardo, que ha sonado una trompeta.

— Y yo, añadió Rodrigo, que no distan los castellanos doscientos pasos de nosotros.

— Aun te parecerá que están oyéndonos, dijo Fadrique con tono socarrón.

— Lo que te digo es....

— ¿Quién vive? exclamó Bernardo empuñando la pica, y todos suspendiendo la risa siguieron su movimiento.

— Navarra, respondió un caballero, que á galope tendido se acercaba á la avanzada. Los castellanos están cerca de nosotros, añadió llegando á sus camaradas. Es un milagro el que me haya salvado. Apagad esa hoguera si no quereis ir á calentaros en los infiernos, y vamos corriendo al campo.

No se hicieron de rogar los incrédulos infantes, y esparramando los tizones emprendieron su fuga con paso veloz, arrepintiéndose interiormente de no haber dado asenso á Rodrigo.

El ejército de Don García se puso en movimiento con la inesperada noticia, y todos los capitanes entraron precipitados en la tienda de su Rey.

— ¿Y no sabes, preguntaba este al caballero que habia visto á sus contrarios, qué gente es la que ha llegado, ni quién es el que la manda?

— La noche, gran Señor, respondió el soldado, no me ha dejado distinguir los objetos. Yo habia salido por orden de Fortun Sanchez á recorrer la campaña. Apenas me habia separado de la gran guardia unos cuatrocientos pasos, oí el ruido de algunos caballos sobre mi derecha y volví la brida hácia aquel lado. Caminaba poco á poco por una tierra recientemente labrada, y estaba seguro de que no se oían los pasos de mi caballo. Andé cosa de media hora oyendo

eruzar el ejército castellano, y me pareció que su número escedía de ocho mil hombres. Aun no estaba satisfecho, y quise mezclarme en sus escuadrones para cerciorarme de todo, cuando me descubrieron unos cuantos piqueros que caminaban á los costados, y preguntando ¿quién vive? se lanzaron contra mí. Toqué entonces al caballo, y volviendo á todo escape llegué hasta el puesto avanzado que mandaba Tello Ortiz, y le obligué á retirarse.

— Eres un hombre esforzado, contestó con amabilidad el Rey. Desde ahora te nombro para mi guardia, y mañana has de combatir á mi lado. Vamos, caballeros, continuó dirigiéndose á sus capitanes. No debemos perder un instante. Salgamos fuera del campo, y al brillar la primera luz del día acometeremos á los castellanos. Fernan Gonzalez aun no puede estar con ellos, y si les falta su caudillo no combatirán con su valor acostumbrado.

— No solo debe faltarles el Conde, añadió entonces Don Vela, sino tambien García Nuñez y el fuerte Gustio de Lara. Ambos estaban en Leon acompañando á Gonzalez. Es indudable que vamos á lograr una victoria.

Los tambores y clarines resonaban por todo el campo. Los soldados maldiciendo una novedad que los privaba del sueño iban entrando en ordenanza, y el sol volviendo á nuestro hemisferio acercaba la luz, que muchos esperaban como á precursora de la obscuridad eterna.

33.

— No tardará en llegar á nosotros, decia en tanto el valeroso Gustio á los fuertes castellanos, que gozosos de verlo entre ellos le preguntaban por su Conde. Cuando yo salí de Leon, continuó, quedaba ya García

disponiendo el equipage, y los lacayos ensillando los caballos. Antes de una hora será testigo de nuestras proezas.

— Yo temia que ignoráseis el movimiento de nuestro enemigo, respondió Mentaléz.

— Un acaso me proporcionó saberlo, y convocqué el pueblo á las armas. ¿Cómo habeis sabido en Leon?...

— Es cuento largo para estos momentos, contestó el valiente Lara. Vamos ahora á disponer el combate, porque segun indican esos tambores el Rey intenta atacarnos.

— Persuadido sin duda de que el Conde se halla ausente, dijo Luis Ordaz, quiere probar su fortuna.

— En vano lo espera, replicó el valiente Lara. Antes que el sol nos alumbre, Fernan Gonzalez estará en aptitud de defenderse. No perdamos asi el tiempo, y tomemos posiciones. Se repartieron luego todos los oficiales, y conduciendo con silencio los escuadrones, los fueron formando en batalla entusiasmado á los soldados con la plácida noticia de que su invencible caudillo iba luego á presentarse.

El alba apareció á poco rato sobre su carro de fuego; el manto sombrío de la noche plegado en densos nubarrones se retiraba sobre las montañas, y las pintadas avejillas con ecos sonoros cantaron las alabanzas de su criador. Solo el hombre ingrato á la Providencia yacia silencioso, y enemigo de ella se preparaba á desobedecerla convirtiéndola en instrumento de mútua destruccion las manos y el espíritu que Diós le concedió para protegerse y multiplicarse. El Ebro corria mansamente. Sus ondas suspensas parecían asombradas del cuadro horroroso que tenian delante, y hasta el zéfiro jugueteon habia suspendido su marcha para contemplar á los hombres feroces.

Una distancia de trescientos pasos dividia al uno del otro ejército. Don García seguido de Don Vela, Suer de Stúñiga y Fortun Sanchez, recorría sus escuadrones, incitándolos á recobrar su opinión acabando con los castellanos.

— Hoy es el dia de volver por la honra, decia lleno de entusiasmo. Vengüemos á nuestros hermanos que perecieron en la pasada derrota, y acabemos de una vez con nuestros contrarios.

Los castellanos guardaban un profundo silencio.

— ¿Veis, añadía el vengativo Rey, qué tristes y taciturnos están nuestros enemigos? Hoy no resuená la campaña con sus gritos: el temor ocupa sus corazones.

Viva el gran Fernan Gonzalez. Viva el padre de Castilla, gritaron al mismo tiempo en el ejército contrario, y Don García suspendiendo la seña de principiar el combate, pasó á la cabeza de sus escuadrones á investigar la causa de aquella algazara.

Una nube de polvo se levantaba á espalda de los castellanos, y muy pronto se vió que ya estaba con ellos su Conde. El asombro ocupó los sentidos del Rey, y el terror heló la sangre en el pecho de Don Vela.

— Es imposible, exclamó éste. Si no lo viera, Señor, dijo acercándose al Rey, nunca lo hubiera creido. ¿Cómo ha sabido este hombre nuestro bélico intento?

— No es fácil adivinarlo, respondió el Rey sorprendido. Tal vez lo habrá sospechado. Siento que haya venido en tan buen hora de animar á sus soldados. La victoria puede ser dudosa, y mi ejército apenas es tan numeroso como el suyo.

— Es forzoso retirarnos, dijo prontamente Don Vela. Esperemos las tropas que vienen de los concejos, y dentro de pocos dias ya podremos contemplarnos superiores. Seria un error el luchar sin conocidas ventajas.

— ¿Y un hombre solo ha de asustarnos? replicó el Rey con disgusto. No, Don Vela. Si hace una hora nos considerábamos capaces de conseguir la victoria, no por ello hemos de dudar ahora. Sobre todo ya nuestro honor está interesado, y no debemos retroceder. Demos la señal, y vamos al combate.

— Esperad, dijo entonces Fortun Sanchez. El enemigo se mueve, y marcha para atacarnos. Ya no es tiempo de pensar, y ahora solo conviene la resistencia.

El Rey dió la orden oportuna, y las cajas llamaron la atención de los soldados.

Los castellanos se acercaban á paso lento. Las primeras hileras llevaban alzados los temibles dardos, y los tercios de caballería situados en el centro y costados de la batalla presentaban un peine de ferradas y sangrientas lanzas. Los navarros guardando la misma ordenanza, esperaban á pie firme en aptitud imponente. Ya se acercaba el momento fatal. Arroyos de sangre iban á inundar la campaña, cuando una trompeta sonó en el ejército castellano. Su eco fue repetido por todas las del campo, y la voz de alto dada por los oficiales suspendió la marcha de aquel torrente devastador.

El Rey de Navarra quedó asombrado, y sospechando alguna cautela ordenó que sus tropas se retirasen sin volver la frente, y con un movimiento imperceptible. Todos se hallaban dudosos, cuando un page de Don Vela llegando á éste y entregándole una carta, vino á aclarar el misterio.

— Vuestra hermana me escribe, dijo el astuto guerrero acercándose á Don García. Me encarga entregaros este pliego, y que os hable en favor de la paz. Asegura que el Conde de Castilla satisfará vuestros agravios, y creo que lo mismo os manifestará á vos.

— Lo veremos, dijo D. García, y abriendo el pliego leyó placentero. “Si al entregarte este no has princi-

piado el combate, suspende toda hostilidad y retira tus tropas. El Conde de Castilla me ofrece tu desagravio siempre que no se derrame una gota de sangre. No desperdiciés esta ocasión ventajosa y dá la paz á tus soldados. Si él no cumple su palabra tu posición es mas fuerte, pues te auxiliará Don Sancho. No siempre la venganza se ha de buscar en la guerra; en la paz puede encontrarse, y en ella te la asegurará

Tu hermana.

— Está bien, continuó el Rey. ¿Y qué seguridades me ofreceis, Don Vela, de que se realizará el contenido de esta carta?

— Yo no puedo aseguraros, respondió el mal caballero; mas cuando una Reina lo dice, y una Reina tan interesada como vos en vuestra opinion y venganza, no es permitido dudar. Oid lo que á mi especialmente me encarga.

— Conociendo, leyó, la justamente adquirida confianza que os dispensa Don García, espero de vos que le aconsejéis la paz pues le interesa. Tambien escribo al Conde Castellano. Si éste suspende la guerra y hace retirar sus tropas, no dudeis en retiraros. La venganza de mi padre está segura, y tambien el desagravio de mi hermano. Jamás olvidará vuestros servicios

La Reina de Leon.

Al acabar la lectura de esta carta, el ejército castellano principió á retroceder, aunque conservando la misma aptitud de ataque.

— Está bien, dijo Don García, y ordenando nuevamente la retirada, marchó con sus caballeros á la vuelta de su campo.

34.

—Estamos fuera de cuidado, dijo el Conde Fernan Gonzalez á los caballeros que le rodeaban. Desde hoy podremos entregarnos al descanso. Don Garcia admite la paz, y pronto vereis unidos á castellanos y navarros. Esta carta de la Reina me asegura tan placentera noticia, y la retirada de nuestros contrarios la confirma de un modo indudable. Mandad que depongan las armas todos mis soldados, y que se entreguen al júbilo y la alegría.

—Dios quiera, Señor, que esta noticia no sea un engaño, respondió el valiente Lara, manifestando en su rostro que desaprobaba las providencias del Conde.

—¡Un engaño! Gustio, replicó vivamente el caudillo. ¿Crees tú que una Reina de Leon sea capaz de tal bajaza?

—No, Señor, respondió el caballero, pero creo que lo es el pérfido Don Vela. El puede haberla instigado, y la Reina seducida.....

—No tanto, Gustio, le interrumpió el Conde. Permitido es que la prudencia dude, pero no que sea incrédula absolutamente.

—Los navarros abaten las tiendas y repasan el Ebro, dijo llegándose al Conde Peláyo Pelaez.

Lo ves, continuó el caudillo dirijiendose á Gustio. ¿Quieres todavía mas pruebas? Don Garcia no es hombre á quien el temor puede obligar á separarse de sus contrarios sin haber probado el rigor de las armas. Su retirada es una prueba infalible de su deferencia á los deseos de la Reina, y ninguno debe dudarlo.

—Veo, Señor, dijo Lara bajando los ojos, que os incomodan mis consejos. Me abstendré de hoy en adelante de dároslos.

—¡Cómo, Gustio! exclamó el Conde. ¿Es posible que creas que yo me he ofendido? No amigo, conozco tu lealtad y cuánto te interesas por mi felicidad y mi honra, y no puedo menos de apreciarte. Háblame siempre con franqueza, y jamás me ocultes tus pensamientos. Yo te oiré con placer y satisfacción, porque sé que tus palabras son hijas de la fidelidad. Caballeros, añadió, volviéndose á sus capitanes. Tan luego como los navarros hayan desaparecido de nuestro horizonte licenciad á los soldados. Yo voy á marchar á Burgos, y allí os espero para solemnizar estas paces.

—Perdonadme, Señor, contestó Gustio. Yo no puedo asistir á vuestros festejos, porque otras ocupaciones mas poderosas me llaman. Mi casa y mis intereses abandonados há tanto tiempo reclaman imperiosamente mi presencia. Yo espero que me concederéis vuestro permiso....

—Sí, Gustio, respondió el Conde. Eres dueño de tu libertad, y yo nunca puedo detenerte cuando en ello te ocasionaria un perjuicio. Retírate cuando gustes. Al acabar esta conversacion llegaron al sitio en que los sirvientes del ejército habian levantado una tienda para el Conde. Los capitanes lo saludaron respetuosamente, y habiendo tomado sus órdenes se dividieron en busca de sus tercios para acamparlos. El Conde dejó velozmente el caballo, y entregando la pesada lanza á su noble doncel, entró en su guerrera morada para dar satisfaccion á las amorosas ilusiones que harto tiempo estuvieron contenidas. Recorria con ojos avaros la carta misteriosa de la Reina de Leon, y aunque toda ella respiraba la confusion y el arcano, nada encontraba el apasionado caudillo que no le fuese fácil y favorable á su amor.

—¡Dichoso dia y bienaventurado! dijo García Nuñez entrando en la tienda; y dejando sobre una caja

el pesado yelmo continuó. Por fin nos hemos librado de recibir una estocada y de veros con torbo y ceñudo semblante despues de obtener una victoria. ¡Válgame Dios y que amor! Os juro, Señor, que si ha de producir en mí los mismos efectos que en vos, sentiré muchísimo estar enamorado.

— Feliz García si alguna vez lo estuyesies, respondió con entusiasmo el héroe. Tú no sabes cual es mi felicidad en este momento. Un bálsamo delicioso corre por mis venas, y la fortuna de los figurados dioses de la gentilidad alegra y complace mi alma. Soy tan dichoso en este momento que por nadie me cambiaria. Si tú supieras hasta dónde llega mi gozo, es bien cierto que tendrías envidia.

— Lo dudo mucho, Señor, contestó el desapasionado doncel. Pero en fin pudiera ser. Vamos á otra cosa. ¿Os ha escrito Doña Sancha?

— No, García, respondió el Conde.

— ¿Pues de qué parte tanta alegría?

— Lo sabrás, continuó el héroe. A mi salida de Leon manifesté á la Reina la causa que me obligaba á dejar aquella Corte. Como su Alteza se encontraba interesada no solamente en hacer mi felicidad, porque me lo habia ofrecido, sino tambien en desvanecer la mancha que contra su buena fé habia arrojado Don Vela, me ofreció su intercesion para evitar esta guerra, hacer que Don García suscribiese á la paz, y lo que ponía el colmo á mi fortuna que me concediese á su hermana. Yo le aseguré que todo lo aceptaria si Don García se retiraba antes que empeñados en la lucha se vertiese una gota de sangre. Cuando íbamos á principiar el combate viste llegar un leonés y que me entregó esta carta. Pues oye ahora su contesto, y juzga por tí mismo cuan racional es mi gozo.

— “Cualquiera que sea el estado en que os encuentre

«esta carta, dice, añadió leyéndola complacido, sus-
«pended las hostilidades, pues hoy escribo á mi her-
«mano interesándome por la paz y por vuestro amor.
«Procuró disuadirlo de cuantas falsedades puede haber
«propalado Don Vela contra vos, y le encargo que si
«acepta mi mediacion, os dé una prueba de su confor-
«midad retirando su ejército. Si lo hiciese reputad la
«paz por consentida, y enviadme dos caballeros de
«vuestra confianza para acordar con ellos los medios
«de consolidarla. Haced cuanto yo os encargo, y no du-
«deis del afecto que os profesa»

La Reina de Leon.

— ¡Qué te parece García!

— Perfectamente, Señor, si en esa carta no se en-
cierra algun arcano. Si no es una trama combinada con
Don Vela, sois positivamente feliz.

— El ejército navarro ha traspuesto las montañas,
dijeron varios oficiales presentándose ante el Conde.

— Era preciso que así sucediese, contestó éste con
satisfaccion. Decid á los soldados que ya son libres en
retirarse á sus hogares, y disponed nuestra marcha
para luego que demos fin á la comida.

Salieron á cumplir la orden, y al realizarlo Fernan
Mentalez le dijo el Conde. Detente, Fernando,
tengo que encargar á tu fidelidad un asunto de impor-
tancia.

— Sabéis, Señor, que mi existencia está á vuestras
órdenes.

— Tengo pruebas de tus virtudes, continuó el
Conde, y no dudo de tu corazon. Por lo mismo te voy
á encargar de mi felicidad. Luego que hayamos movi-
do el campo vas á pasar á Leon. Garci Nuñez te acom-
pañará, y ambos os presentareis á la Reina. Decidle
los efectos que ha producido su carta, y manifestadle

mi gratitud por su intercesion. Acordad con ella los medios de consolidar la paz con Don Garcia y mi enlace con su hermana, y si necesario fuese pasad á Navarra para firmar los tratados. Yo doy por bueno cuanto hicieseis, y os mandaré á Leon las competentes credenciales.

—Descuidad, respondió el fiel Mentalez, vuestras órdenes serán cumplidas con exactitud.

—Lo creo, dijo el fuerte Conde. Marcha ahora y despide á tus valientes burgaleses, y está pronto para partir antes de las dos de la tarde.

Los sirvientes que entraron para disponer las mesas impidieron al Conde continuar la conversacion. Las cajas convocaron á las tropas á concurrir á los ranchos, y una trompeta resonando á la puerta de la tienda avisó á los principales gefes que se presentasen en ella.

Gustio de Lara, Mentalez, Ordaz, Tellez, Pelaez, Nuñon y Alvar Fernandez, se colocaron en la mesa. El Conde ocupó el lugar preferente, y Garci Nuñez el último como único conveniente á su juventud. Los criados sirvieron una comida frugal pero abundante, y que con la alegría del Conde se hizo doblemente sabrosa, y apenas se concluyó todos dejando la mesa, partieron en busca de sus caballos.

El campo resonaba con las aclamaciones de la soldadesca y con no interrumpidos vivas á Fernan Gonzalez. El noble caudillo se presentó entre las tropas: les dió gracias por su valor y pronta asistencia, y despues de conceder algunas mercedes entregó á su guardia el sagrado estandarte, y seguido de algunos caballeros principió á caminar hácia Burgos. Garci Nuñez y Fernan Mentalez partieron al tiempo mismo á la Corte de Leon, y los soldados repartidos en grupos se estendieron por la campaña marchando en diversas direc-

ciones á llevar á sus familias el contento y la tranquilidad sacándolas de cuidado. Gustio solo caminaba triste entre el general contento. Su alma no simpatizaba con el júbilo del Conde, y se estremecía al pensar si la perfidia lo haria caer en algun lazo. No obstante sepultó en su razon la sospecha, y llegando á punto conveniente saludó á su generoso gefe, y tomando consigo los mas fuertes de sus vasallos partió veloz con direccion á su morada.

El Conde lo vió ausentarse con desagrado porque gustaba de su compañía, pero las plácidas ideas que su amor le inspiraba lo consolaron pronto de su falta.

35.

Las calles de Burgos se hallaban iluminadas: las campanas herian el aire con estrépito, y el pueblo se agolpaba en las calles principales entregándose á una bulliciosa alegría. Fernán Gonzalez despues de dos dias y medio de marcha debia llegar á su alcázar. Los vivas que resonaban en las puertas indicaban la entrada del heroe, y los maceros de la ciudad montados en caballos blancos hacian saber á la concurrencia su aproximacion obligándola á dejar el paso franco. Precedido el héroe de los hombres buenos del concejo llegó á su augusta morada, y recibiendo parabienes subió hasta el brillante solio, donde los diputados de los partidos lo esperaban para ofrecerle mil obsequios. El Conde los saludó con benevolencia, y recibiendo los presentes que le ofrecieron, les dió en retorno mercedes y gracias que los llenaron de contento.

Todo inspiraba placer por do quiera, y la noche cedió al dia para cambiar las diversiones. El ayunta-

miento se esmeraba en obsequiar á su caudillo, y este en hacerse amar del pueblo.

Quince dias se pasaron en el júbilo: los siguientes los ocupó Fernan Gonzalez en socorrer á los desgraciados y en administrar justicia. En tan sagrados deberes tenia repartido el tiempo, cuando Garci Nuñez y Fernan Mentalez retornando de Leon le obligaron á pensar en otras cosas.

— Señor, le dijeron al presentarse. Todo se halla concluido, y el Rey de Navarra consiente en ser vuestro hermano.

— ¡Cómo, amigos! exclamó el valiente Conde estrechándolos entre sus brazos. ¿Es posible que hayais dado fin á mis tormentos? ¿Habeis consumado mi felicidad?

— A nuestra llegada á Leon nos presentamos á la Reina, que nos recibió con las mayores señales de cariño. Cuando la referimos que su carta evitó la pérdida del Rey de Navarra, y que nosotros íbamos marchando para principiar el combate, y que vos lo suspendisteis por complacerla, su gratitud escedió los límites de la prudencia, y en la efusion de su reconocimiento no encontraba bastantes palabras para alabaros. Vos erais su padre, su amigo, el bienhechor de su familia, y el libertador de su hermano. Nosotros aprovechamos unos instantes tan felices, é instamos vivamente para que se contratase la paz, y en seguida vuestro enlace. La Reina nos escuchó complacida, y sin perder una hora escribió al Rey de Navarra. Nosotros vimos y leimos la carta: no podia ser mas interesante. En ella rogaba su Alteza la paz de un modo tan convincente, y describia con tanta fuerza las ventajas que traeria á la Corte de Navarra vuestro matrimonio con Doña Sancha, que no pudimos dudar de que el Rey accederia. Los resultados aseguraron nuestra creencia.

Doce días se pasaron sin que supiéramos cosa alguna. Al siguiente nos hizo llamar la Reina. La encontramos con un pliego en la mano, y en su rostro se hallaba pintada la mas satisfactoria alegría. Tomad, nos dijo alargándonos la carta. Ved el resultado de mi intercesion, y partid luego á noticiarlo á vuestro Conde. Leimos, Señor, aquellos renglones. Todo era favorable para vos. El Rey de Navarra contestaba á su adorada hermana que accedia gustoso á sus benéficos deseos, y que os concedía la paz sin condicion ni retribucion alguna. Que tenia el mayor placer en vuestro enlace con la Infanta, y que os dijese que pasarais á Navarra para recibirla de su mano. Volvimos el pliego á la Reina, y sin esperar un momento emprendimos nuestra marcha. Las horas se nos han hecho siglos hasta llegar á este alcázar. Ya estamos por fin á vuestro lado con tan plácida noticia, y esperando vuestras órdenes para marchar á Navarra. Avivad, Señor, disponed vuestra partida. Recibid de la mano de Don García la prenda segura de esta paz, y acabad vuestro cuidado.

—Sí, Mentalez, contestó el gozoso Conde. Ni un instante debemos desperdiciar. Id, descansad unos días, y preparad lo necesario para acompañarme. Ciudad, convocad á los mejores caballeros: asombremos á Navarra con el poder de Castilla. No se omita ningun gasto, y brillen en todos la riqueza y el buen gusto. En las fiestas y en los torneos sean siempre los primeros los castellanos, y mi adorada Doña Sanchia vea que para complacerla nada perdona su amante.

Los caballeros dejaron al Conde, y publicaron la nueva feliz. Toda la nobleza castellana manifestó su alegría, ínterin que en los pueblos se preparaban festejos y diversiones para obsequiar á la Infanta de Navarra. Los días enteros se pasaban en disponer galas y

trages vistosos, y el Conde mas entusiasmado que sus vasallos no pensaba sino en hacer mas rica y vistosa su generosa comitiva. Todo estaba ya dispuesto, y se ordenó la gozosa y satisfactoria marcha.

36.

—¿Dónde vais, noble Señor? exclamó Gustio de Lara entrando en el alcázar de Burgos al tiempo mismo en que el Conde iba á partir á Navarra. Sus ojos indicaban el sobresalto, y su armadura cubierta de polvo daba pruebas indudables de su precipitada marcha.

—Voy á Navarra, mi amigo. Voy en busca de mi amada, y me alegro de tu venida. Sin tí hubiera faltado algo á mi felicidad.

—Podeis asegurarlo, Señor, contestó el caballero. Sin mí tal vez el Conde Fernán Gonzalez hubiera caminado á su perdicion. Ayer supe vuestra marcha, y sin descansar un punto abandoné mi morada. He corrido veinte leguas, y en vano la fatiga ha procurado detenerme. Yo no puedo dejaros partir: vos caminais en busca de la desgracia.

—¿Deliras, Gustio? dijo sorprendido el Conde. ¿Sabes que voy á Navarra, que voy á firmar la paz y á recibir el sí encantador de la boca de mi amada?

—¿Y lo creéis así, noble Conde?

—Puedo por ventura dudarlo?

—Debeis dudarlo, continuó con energía el fuerte Lara. ¿Qué seguridad teneis de que es cierta vuestra esperanza?

—La mayor que pudiera dárseme. Una sagrada palabra.

—¿De quién?

—De la Reina de Leon.

— ¿De la Reina de Leon? A ver, mostradme la carta.

— No tengo ninguna, Gustio, respondió el confiado amante. Garci Nuñez y Mentalez han visto en Leon la carta del Rey de Navarra. La Reina les manifestó su contesto, y yo voy á marchar entregado á la fé de su palabra.

— ¿Y es tanta vuestra obcecacion? replicó el caballero. ¿Vais confiado en una palabra? ¿Teneis algo tratado con Don Garcia? ¿Ha contraido este algun empeño á la faz de las naciones?... Nada existe de cuanto pudiera y debiera aseguraros. Vais á la muerte, al suplicio. Temed, desconfiad de esa vana y vaga palabra. La Reina de Leon es hija del muerto Don Sancho Abarca, y os aborrece.

— Tambien lo es Doña Sancha y me ama.

— Veo, continuó el caballero, que os incomodan mis palabras. Debiera suspenderlas por el respeto que exige vuestra dignidad; pero soy fiel, soy buen vasallo: arde en mi pecho la sospecha, y ni puedo ni quiero acallarla. Toleradme que os reconvenga. Oidme, y despues, si os incomodo, saciad en mí vuestra ira: desplegad en mí vuestro furor, y sea yo la víctima de una venganza, pero no lo seais vos de una traicion, de una infamia. En la retirada del ejército navarro, en las palabras de la Reina de Leon, yo no veo mas que una execrable trama, un engaño urdido por Don Vela para daros la muerte á mansalva. Vos perecereis en sus redes, y luego ¿qué importaria reconvenir á la Reina con su palabra? Negaria haberos dicho cosa alguna, y su opinion quedaria ilesa, y sobre vos recaeria una indelible mancha. Deteneos, Señor, por vuestra vida. Creedme, por vuestra fortuna, y escuchad vuestra razon: ella os convencerá con mayor vigor que mis palabras. Pero sino obstante mis advertencias quereis mar-

chiar á Navarra, permitidme que os acompañe, y que ya que mis consejos os sean inútiles pueda servirlos mi brazo. Permitidme peligrar con vos y morir á vuestro lado.

— Me convencés, valiente amigo, respondió el Conde volviendo á la calma, y abismado en nuevas pero mas útiles reflexiones. Conozco la fuerza de tus razones, pero no veo ya camino para seguir tu consejo. Todo indicio de desconfianza puede ofender el pundonor de la Reina, y su proteccion me interesa sobremanera. Si me abandona, si me deja entregado á mi mismo, y lo que seria consiguiente, si entonces se opone á mis deseos, encontraré indefectiblemente dos obstáculos donde ahora sólo se presenta uno. Ya lo véis, Gustio, debo marchar á Navarra, porque no hay remedio para evitarlo.

— ¿No hay remedio? preguntó el caballero. Por Dios, Señor, que os agovia poca cosa. ¿No hay remedio? Vos no encontrais uno y yo encuentro ciento. ¿Quereis hacer lo que os diga?

Sí, amigo, respondió el Conde. Haz de modo que mi opinion no padezca, y dispon absolutamente de mis acciones.

— Aprecio mas vuestra fama, continuó el fidelísimo Lara, que mi honor y mi existencia. Vos lo sabeis, y yo no debo acreditarlo con palabras despues de haberlo justificado con obras. Vamos á lo que interesa. Suspended vuestra marcha, y aparentad una ciega creencia á quanto la Reina de Leon os tiene avisado. Nada importa que os juzgue crédulo si vos sois prudente hasta el último grado. Pero no obstante no os precipiteis en obedecerla, y no salgais de Castilla sin obtener un salvo-conduto que forme entre Don García y vos un compromiso incontestable.

— ¿Y cómo he de conseguirlo?

— Facilmente, respondió el caballero. Pidiéndolo.

— Tienes razón, continuó Fernan Gonzalez. Voy á enviar á Garci Nuñez á Navarra á solicitarlo en mi nombre.

— No penseis en ello, Señor. Todo castellano que se presente en la Corte de Don García sin obtener antes su permiso, lleva consigo la sentencia de su muerte que le procurará por todos medios el pérfido y traidor Don Vela. Considerad además que todos vuestros esfuerzos serán inútiles ínterin vuestro implacable enemigo domine en el corazón del Rey. Probemos otro camino. ¿ Vos estais seguro de que la Reina de Leon no os engaña?

— ¿ Y pudiera formar de ella tan ofensiva sospecha?

— Perdonad que yo la forme, dijo Gustio. Conozco su alta gerarquía, su educacion y sus virtudes, pero conozco el corazón humano y la fuerza de las pasiones. La venganza despierta en el hombre una nueva naturaleza feróz, y en la muger, como mas débil, se erige en tirano y manda con un poder despótico. Os incomodará mi sospecha, pero yo la tengo; nadie es dueño de sus pensamientos; son hijos del alma, y contra su libertad no hay fuerza de resistencia. Os lo repito: sospecho, pero no obstante debemos valernos de su proteccion; si es cierta, porque asi salimos de cuidados y peligros; si es simulada, porque en ella nos ofrece medio de vencer á nuestro enemigo con las mismas armas de que usaba para nuestro daño. Enviad nuevamente á Garci Nuñez á Leon, y haced que suplique á la Reina que obtenga un salvo-conducto del Rey de Navarra para que puedan pasar á su Corte unos embajadores. Vos no debéis salir de Castilla hasta tener una seguridad mas lata. Su Alteza no puede resentirse de vuestra solicitud, ni esquivarse de pedir á su hermano una cosa que os es necesaria; pero si se

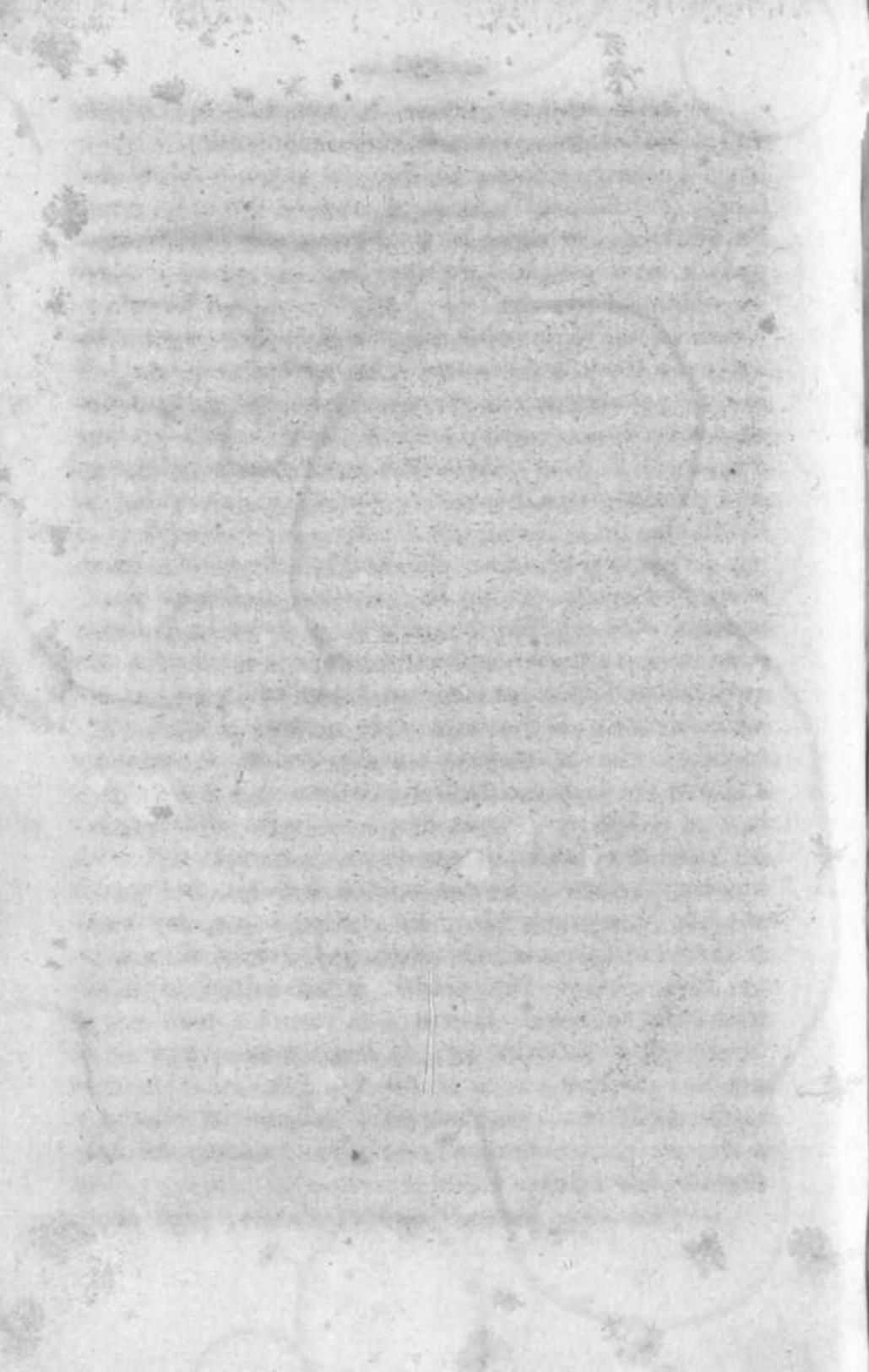
niega, ó Don García no os concede su palabra, ya entonces no podemos dudar de su malicia, y estaremos en libertad de sus engaños.

— Dices bien, Gustio, exclamó el Conde convencido, é inmediatamente dió las órdenes oportunas para suspender su viaje, y mandó al noble doncel que retornando á Leon obtuviese de la Reina el salvo-conducto que necesitaba.

Marchó luego Garcí Nuñez, y Fernán González impaciente y disgustado apenas podia lograr un instante de descanso. Su alma habia cedido á las prudentes reflexiones del valiente Lara; pero su corazón impresionado de amor aun era presa de las ilusiones á que la esperanza lo habia conducido al tiempo de ordenar su marcha. En el delirio que tanto tormento le ocasionaba se arrepentia de su docilidad, y se hallaba pesoso de una suspension que le habia privado de la vista de su amada. Quince días pasó en ansiedad, y contaba por instantes las horas que tardaba en regresar Garcí Nuñez. No era menor la impaciencia de Gustio, aunque producida por diversas causas, y ambos esperaban con afán oír de boca del doncel lo que se habia adelantado.

— Albricias, noble Señor, exclamó Garcí Nuñez entrando en el cuarto del Conde, á donde el prudente Lara se habia tambien trasladado al saber su llegada. Podeis llamaros feliz. Aquí teneis un salvo-conducto mas lato que el que pretendiais. El os asegura vuestra existencia en Navarra, y lo que es mas placentero él os hace dueño de la mano de la Infanta.

Los ojos del héroe demostraban su alegría con una franqueza imposible de explicar. — ¡Gracias á Dios! exclamó tomando de mano del jóven Nuñez la satisfactoria carta. ¡Gracias á Dios que me veo libre de tanto tormento! Dime, García, ¿cómo te ha recibido su Alteza?



— Perfectamente, Señor. Al manifestarle el objeto de mi embajada se mostró algo sorprendida. ¿No le basta á vuestro Conde, me dijo, el sagrado de mi palabra? Perdonad, Señora, le contesté. No es el noble Fernan Gonzalez capaz de dudar de vuestra fé, ni tampoco lo sería ninguno de sus vasallos; pero todos temen las perfidias de Don Vela, y quieren el salvoconducto del Rey, como resguardo contra aquel malvado. La Reina se satisfizo, y desde entonces me habló ya mas placentera. Tengo una satisfaccion, expresó, en ser útil á vuestro amo. El lo quiere, y yo voy á conseguirlo. Don Garcia le dará su palabra, pero no será para sus caballeros; será para él y para todos los habitantes de la invencible Castilla. Mi hermana es el iris de paz que reúne en una familia á todos los soberanos de España. Ya no hay division de reinos ni diferencia de vasallos; todos unos y todos hermanos, pueden pasar libremente las fronteras sin temor y sin quebranto. Tomó entonces su Alteza la pluma, y escribió al Rey de Navarra. Yo mismo, Señor, ví la carta. En ella os elogiaba en alto grado, y solicitaba segunda vez la mano de Doña Sancha. Yo ví entregarla á un correo, y despues que éste partió fui hospedado magníficamente, y con todo el aparato debido á vuestra persona. Seis dias esperé la vuelta del correo enviado. Llegó por fin, y sin esperar á que me llamase me constituí en la habitacion de la Reina. Estaba leyendo la carta de Don Garcia, y me enteró de su satisfactorio contesto. Escribió en seguida para vos el pliego que os he entregado, y sacando una copia de la del Rey de Navarra la incluyó en esa, reteniendo el original que se dirigia para ella. Yo tomé el pliego, y cierto de que traigo una noticia feliz, apenas he descansado hasta llegar á este alcázar.

— ¿Lo ves, Gustio? dijo el Conde, ¿ves como

yo me confiaba con razon en la Real palabra?

— No precipiteis vuestro júbilo, respondió el caballero.

— ¿Y aun dudas?

— No lo sé, contestó nuevamente el fiel Lara. Veamos esa carta, y despues os diré mi sentimiento.

— Está bien, continuó el Conde: y abriendo el pliego leyó complacido.— Por la adjunta de mi amado hermano vereis el estado de vuestros deseos y la eficacia de mi pretension. Decidid lo que os agrade, y marchad á Navarra ó esperad en Burgos á vuestra amada, y disponed siempre del afecto de

La Reina.

— Veamos la del Rey, dijo Gustio presuroso.

— Escucha, prosiguió el Conde.— Amada hermana: la gratitud que debo siempre al Conde Fernan Gonzalez y sus heróicas virtudes, luchaban hace mucho tiempo en mi corazon contra el resentimiento producido por la muerte de nuestro padre. Entre el odio y el amor se hallaba igual la balanza, cuando tu intercesion vino á vencerla y me hizo desear la amistad del generoso Conde. Por ella accedí á la paz y al matrimonio de nuestra hermana, que deseaba realizar en esta Corte por dar pruebas de mi afecto al generoso Gonzalez. Ahora reitero mi palabra, y bajo el sagrado de ella puede el Conde de Castilla pasar desde luego á Navarra; pero si no le agradase ó no le fuese posible, dile que lo manifieste, y la Infanta será conducida á Castilla con el decoro correspondiente á su ilustre clase.

Creo quedarás complacida, y no dudarás del amor de tu hermano.

— ¿Y tú dudas, dijo el Conde acabando de leer, de la palabra de Don García?

—No, Señor, pero dudo de que sea suya esa carta, respondió el desconfiado Gustio.

—¡Cómo! exclamó furioso el Conde.

—¿Por qué no os envia la original?

—Basta, Lara, replicó Fernan Gonzalez. No injurias á mi presencia á la Reina de Leon.

—Permitidme ver su carta.

—Toma, le respondió el Conde entregándosela con disgusto, y volviéndose á Garci Nuñez prosiguió: no quiero detener un momento mi marcha. Haz que todos se preparen, y antes de una hora saldremos para Navarra. Tú, Gustio, gobernarás este Condado en mi ausencia. Yo deposito en tí toda mi confianza, y espero.....

—No os fatiguis, respondió el impaciente Lara. Me es imposible servirlos. Negocios de mas importancia me obligan á salir de Burgos. Podeis dejar en ella á otro que sea menos sensible á vuestras desgracias. Gustio ha sabido disuadiros hasta provocar vuestro enojo. No ha logrado ser creído, pero no puede menos de conseguir vivir libre. Podrá con ello atraerse vuestra indignacion, pero tambien sabrá seros útil y recobrar vuestra gracia. Y sin esperar respuesta partió veloz llevando en su mano la carta.

—¿Es cierto lo que me sucede? preguntó el Conde á García lleno de sorpresa y admiracion. ¿Es Gustio quien ha respondido? Te aseguro, García, que lo desconozco. ¡Qué altivo! solo á él hubiese yo tolerado tanta falta de respeto.

—Es un efecto de su carácter franco y generoso, respondió el doncel. Os ama como el mejor de vuestros vasallos, y persuadido de que caminais al peligro se resiente de que no sigais sus consejos. Debeis de disimular y perdonarlo.

—Siento que se haya llevado la carta, dijo luego

el Conde: pero en fin no me hace falta, pues yo no habia de llevarla para reconvenir á Don García. Su palabra es un sagrado, del que á nadie le es permitido dudar.

— García salió á cumplir las órdenes del apasionado amante, ínterin que éste entregado á sus agradables cuidados hizo buscar al venerable Alvar Fernandez y le encargó el gobierno de Castilla. Varios caballeros que llegaron á poco rato le hicieron presente que todo estaba dispuesto para la marcha, y dejando el alcázar entre las aclamaciones del pueblo que lo idolatraba, tomó el hermoso troton que debia conducirle á la vista de su amada, y partió veloz á Navarra seguido de los mas ilustres guerreros, y de un tren lucido y grandioso.

38.

Las últimas noticias que la Reina de Leon habia dado al perverso Don Vela habian abierto su corazon á la mas placentera esperanza, y sin dudar de su triunfo preparaba con afan los medios que en su concepto debian ser suficientes para conseguirlo. Su perfidia todo lo allanaba, y ayudado del inicuo Nuño, cuya vida inmoral, siendo un tejido de crímenes, le habia hecho fáciles todos los delitos llegó al término deseado, y se proveyó de cuanto juzgó bastarle para concluir con su adversario generoso.

En tan inicuos proyectos se encontraba ocupado una tarde, cuando su infame sirviente mostrando en el rostro la siniestra alegría que solo puede pintarse en el torbo semblante de un feroz asesino penetró en su habitacion, y sin esperar á que le preguntase le dijo.— Somos felices, Señor, nuestro implacable enemigo acaba de llegar al alcázar, y está en el cuarto del Rey.

—Venga esa mano en albricias, respondió al punto Don Vela. Nos salió perfectamente la trama. Tienes un talento de zorra. Nadie mas que tú me hubiese ayudado á tejer este enredo. ¿Con qué cayó el hombre ya en el lazo?

—Lo he visto con mis propios ojos. Lo acompañan Garcí Nuñez y otros doce caballeros, y trae mas de sesenta criados.

—Así tendrá mas testigos de su muerte. Ya no se escapará el perro. ¿Qué siempre habia de vencer mis astucias y mi fuerza?

—Venga ese sombrero, Nuño, voy al cuarto de su Alteza. Quiero ser testigo de la pintoresca escena que debe pasar con el Conde. ¿Cómo se quedará el imbécil cuando vea que Don García le niega todo el contrato! A Dios, amigo, cuando volvamos á vernos ya estará todo arreglado, y la torre de los Lamentos servirá de lecho nupcial al crédulo castellano.

—Esperad un momento, Señor. No soy de opinion de que os presentéis ante el Rey. Tal vez el Conde sospeche que vos sois el autor de esta trama, y el Rey pudiera creerlo. Es necesario prevenirnos. ¿Teneis á la mano las cartas?

—Hay están sobre la mesa, respondió Don Vela.

—Es preciso ponerles fecha, añadió el criado, y sentándose en el bufete las fue abriendo una por una, y luego que las hubo fechado continuó. Está concluida la obra. Ya podeis presentarlas al Rey. Es bien seguro que no podrá dudar de que han venido de Castilla. ¿Veis estos sellos? Están divinos. Es una obra consumada.

—¿Oyes, Nuño? me parece que se acercan á este cuarto.

—En efecto, Señor, contestó el criado acercándose á la puerta, y volviendo presuroso dijo, quitándose el sombrero. El Rey.

— ¡Vos, Señor! exclamó Don Vela viendo entrar á Don García.

— Sí, Don Vela, dijo el Rey. Un cuidado de la mayor importancia me conduce á vuestra vista. ¿Sabéis que Fernan Gonzalez está dentro del alcázar?

— Lo ignoraba, Señor, contestó el pérfido caballero. Pero (añadió aparentando un misterio) yo lo esperaba de un momento á otro.

— ¿Lo esperabais?

— Sí, Señor, continuó el alevoso. Ved estas cartas que hoy mismo me han llegado de Castilla. Todas son de mis adictos, y todas contestes me avisan de que Gonzalez pasaba á vuestros estados. Esta es de uno de los caballeros mas ilustres del Condado: en ella se me dá razon de la causa que motiva tan inesperado viaje; y su autor sobre ser digno de toda creencia por su ilustre cuna, lo es tambien por cuanto ocupa un lugar distinguido al lado del temerario Conde. El astuto caballero hizo una pausa, y el Rey con un ademán de impaciencia le ordenó que continuara.

— Siento, prosiguió el fementido, ocasionaros un insoportable disgusto. El Conde Fernan Gonzalez viene, Señor, á Navarra, para conseguir de vos la mano de Doña Sancha por el medio mas violento y desusado que ha podido imaginarse. El ha esparcido la voz de que habiais contratado una alianza, y de que para hacerla mas sólida tratábais de estrecharla con el matrimonio de vuestra hermana. Despues que ha creido que la fama ha persuadido al universo de la verdad de su dicho, para cuya afirmacion ofreció como testigo vuestra retirada espontánea en la precedente lucha, ha dispuesto presentarse en esta Corte.

— ¿Y qué espera conseguir de tan infundada trama? preguntó el Rey ofendido.

— Hacer ciertas sus esperanzas. Su confianza estriba

en vuestra opinion. Cree que ya publicado su casamiento vos no podeis oponeros á él, esponiéndoois á no ser creido, y á la guerra sanguinaria que seria la consecuencia de una negativa vuestra, sin que le arre-dre tampoco el temor de que asegureis su persona, pues no puede persuadirse de que querais incurrir en la nota de alevoso.

— ¡Insensato! exclamó Don García. ¿Es posible que llegue á tanto su temeraria arrogancia? ¿Intenta darme leyes en mi propio reino? ¡Ah! yo le obligaré á arrepentirse. Yo descubriré á todo el mundo sus cába-las. Caiga, perezca al rigor de una vengadora cuchilla, y ya que su debilidad lo ha entregado á mi justicia, sufra la pena de que lo hace digno su engaño.

— Moderad vuestra cólera, Señor. Yo imploro vuestra piedad en favor de ese temerario por vuestra opinion y la mia. Toda medida violenta que adopteis contra Fernan Gonzalez perjudicará vuestra fama. Se creerá que yo os he instado á la venganza, y no faltará tal vez quien afirme que entre vos y yo hemos fraguado este ardid para conducirlo á Navarra. Vos sabeis cuánto aborrezco á este odioso rival, y no desco-noceis el placer que me causaria su desgracia. Nada pudiera serme mas grato en el mundo que el ver der-ramar su sangre, y ser el objeto de sus últimas mira-das; pero no es tiempo de conseguirlo cuando pelagra vuestra honra. El agradecimiento que os debo escede en mi corazón á todos mis resentimientos, y me hace mirar con horror cuanto puede perjudicaros.

— ¿Y me aconsejais así? le interrumpió el Rey de Navarra.

— Conozco, Señor, prosiguió el malicioso y astuto Don Vela, que el atentado de Fernan Gonzalez es dig-nó del mas severo castigo. Ninguna pena, por atroz y desusada que se inventase, seria bastante á su enorme

delito; pero la situacion en que os veis y el peligro de pasar á la posteridad con la nota de alevoso os deben obligar al disimulo, y á retardar la venganza. Seguid, Señor, mi consejo: aparentad que son ciertos los tratados, y consentid en el enlace de vuestra hermana.

—Nunca lo conseguireis, dijo con resolucion el Rey, y en su aspecto se mostraban el furor y la desesperacion. Jamás creía que Don Vela me aconsejase una cosa tan contraria á mi carácter é indigna de mi grandeza. ¿Quereis que una sombra vana me sepulte en el terror, y dé el triunfo á mi enemigo? Nunca, Don Vela. Jamás. Si el Conde Fernan Gonzalez ha engañado al universo figurando una alianza, yo sabré desenjañarlo haciendo ver en justicia sus arterías y bajezas. Un tribunal le oirá sus descargos, y hará pública su sentencia. Su cabeza saltará de los hombros, y su cuerpo dividido en cuartos y espuesto en los caminos fronterizos, servirá para contener á los autores de tan indignos engaños.

—Salió el Rey lleno de ira, y Don Vela, dando rienda á su alegría, estrechó en sus brazos á su pérfido criado.

—Soy feliz, amigo Nuño, decia recorriendo la habitacion con paso precipitado.

—Sois un héroe, respondió el asesino. Os habeis portado como ninguno en el mundo, y nadie creerá que vos sois el autor de esta trama.

—Tú solamente lo sabes, dijo alargándole la mano Don Vela. Pero tu pecho es mas reservado que el abismo del arcano. Júrame que nadie descubrirá este secreto.

El pérfido Nuño le besó la mano respetuosamente, y ambos complacidos se entregaron gozosos á las sangrientas ideas que les inspiraban sus envilecidas almas.

39.

Agenos de todo pesar los caballeros del Condé, discurrían por la habitación que se les había destinado en el alcázar de Navarra; y no creyendo posible que se les hubiera conducido á él por la traicion mas infame, se complacian en hablar de los festejos que debieran realizarse, y de lo que cada uno pensaba lucir en ellos. Unos se prometían el premio de los torneos; otros esperaban vencer en el juego de las lanzas, y otros apostaban á que sobresaldrian en las carreras de caballos; pero ninguno presumia que pudieran salir fallidas tan lisongeras esperanzas. Todo era júbilo en ellos, cuando un rumor estrepitoso de armas les llamó la atencion, y acercándose á uno de los balcones vieron con sorpresa que se avanzaban centinelas á todas las avenidas y se doblaban las guardias del alcázar. La sospecha, precursora perpétua del peligro, arrancó entonces la alegría del corazon de los caballeros, y principió á profetizarles los males que les esperaban.

—¿Qué inferís de este suceso? preguntó Pelayo Pelaez. ¿No os parece que se dirige contra nosotros ese movimiento de armas?

—Si nuestro Conde, respondió Pero Ruiz, no hubiese conseguido por la Reina de Leon un testimonio de la palabra del Rey, sospecharia que Don Vela habia trazado una intriga y nos hallábamos envueltos y perdidos sin remedio.

—¿Y no seria posible que hasta el dicho de la Reina fuera figurado y falso?

—Me parece imposible, Pelaez. Aunque Don Vela está avezado á toda clase de crímenes, no es fácil que haya combinado el que supones, porque me parece imposible que la Reina de Leon tenga un alma tan

perversa que haya podido prestarse á sus viles suger-
tiones.

— Tienes razon en la apariencia; pero Don Vela
ha podido engañarla, y la Reina sin saberlo habrá ve-
nido á ser un instrumento de su traidora venganza.

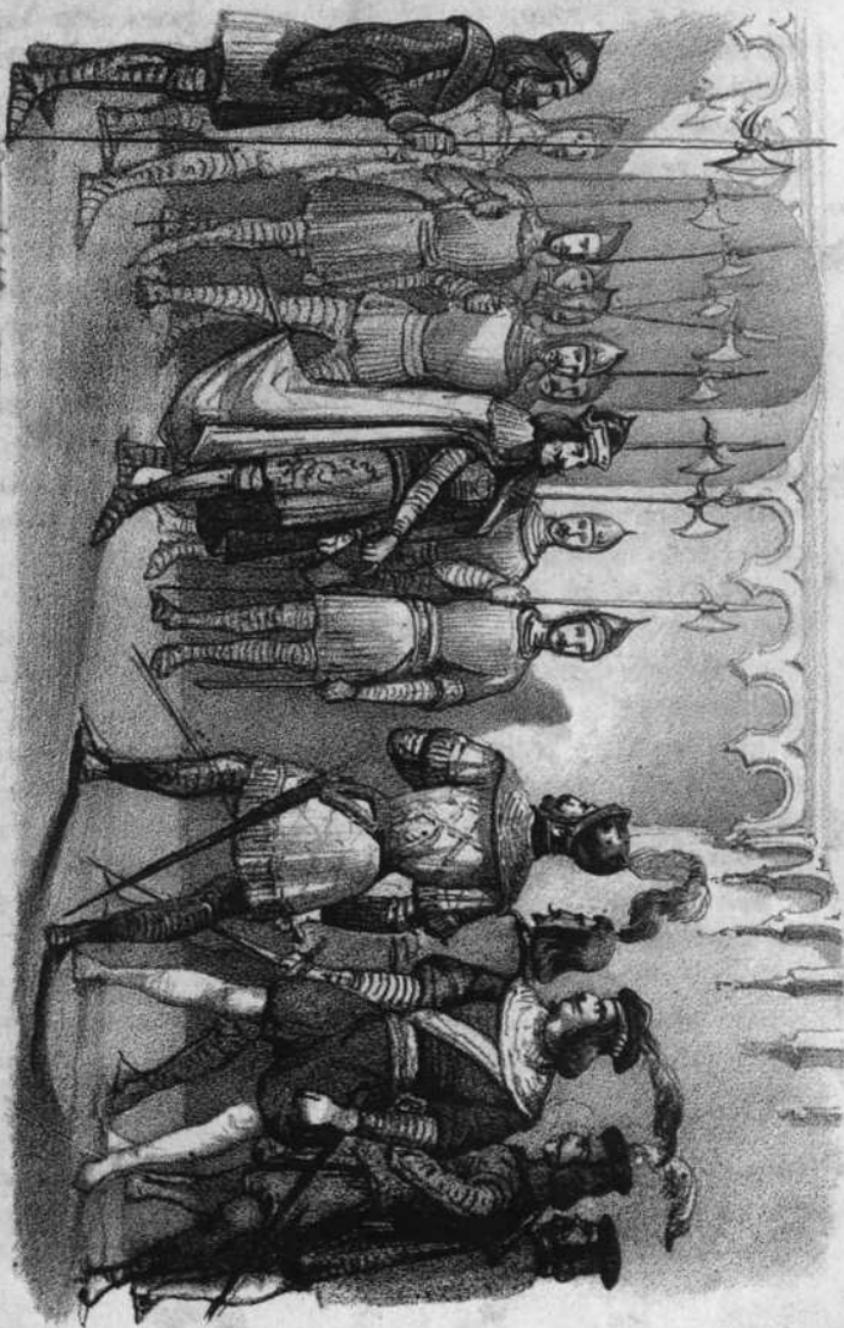
— Silencio, dijeron entonces otros caballeros. ¿Ois?
alguno se acerca y.....

— Qué os ha sucedido, Señor, exclamaron todos á
la vez viendo entrar á Fernan Gonzalez. El rostro del
héroe se hallaba pálido, macilento y descompuesto:
sus ojos turbados se revolvian con desesperacion, pro-
curando inquirir si se hallaba rodeado de asesinos y
traidores, y ni la presencia de sus leales caballeros era
suficiente á calmar la agitacion de su alma. Sus manos
se comprimian dando pruebas de furor, y su diestra
valerosa se dirigia maquinalmente á la vencedora es-
pada. Una especie de frenesí era dueña de su alma.

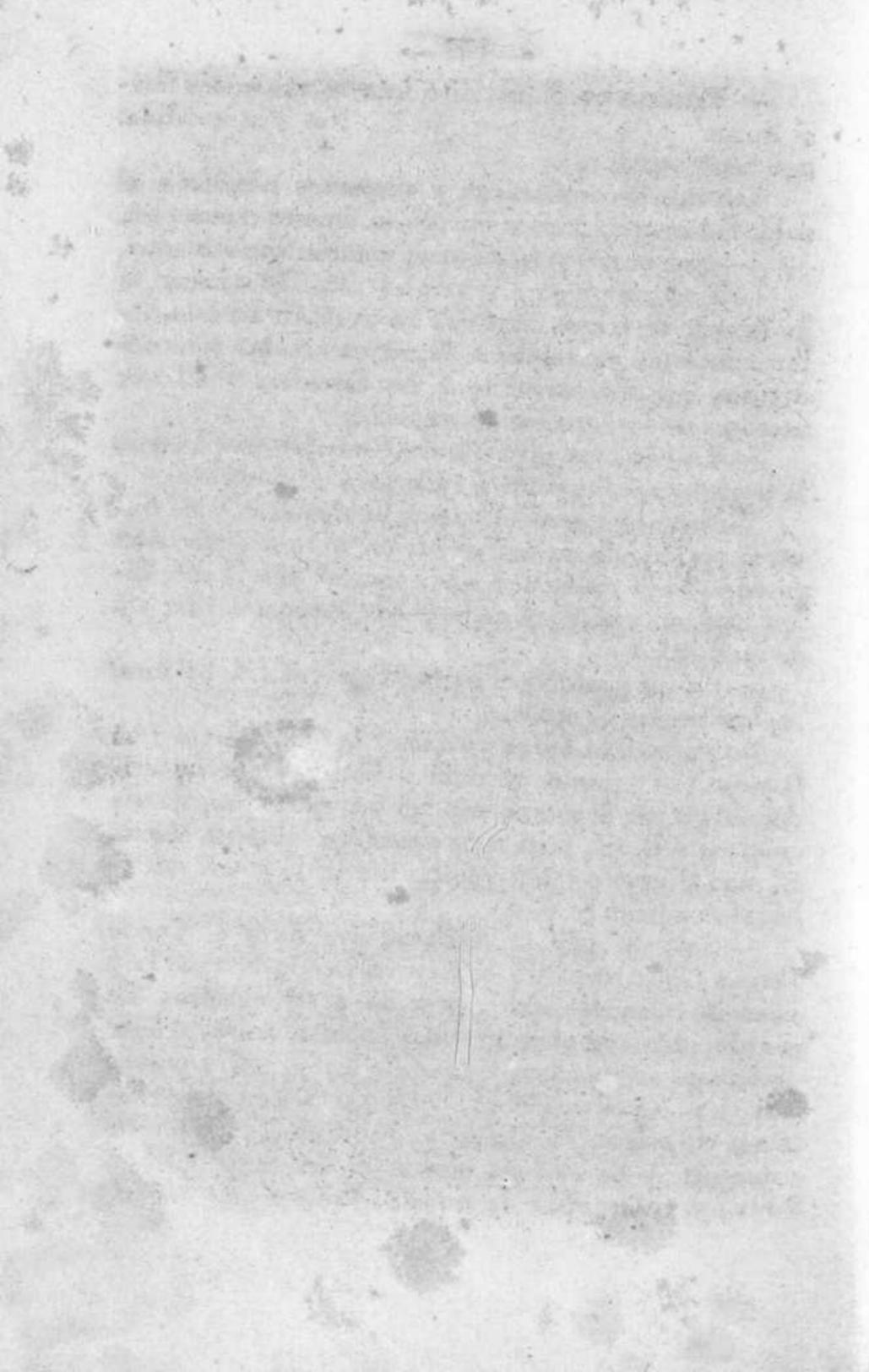
— No sé lo que me sucede, respondió por fin á
sus fieles caballeros. El Rey me ha recibido confuso:
sus palabras llenas de ambigüedad y misterio me han
sepultado en la duda, y han arrancado de mi corazon
la confianza que la carta de la Reina habia despertado
en él. Conozco, aunque tarde, la prudencia de los
avisos de Gustio. ¡Ojalá yo le hubiese creido! Veo que
la carta era falsa, ó que Don Garcia, cobarde y envi-
lecido, no pudiendo vengarse de mí con las armas lo
ha querido conseguir por medio de una perfidia.

— Es imposible, Señor, dijo Fernan Mentalez
aparentando una confianza que su turbacion desmen-
tia. ¿Así habia de abusar el Rey del sagrado de su pa-
labra?

— Yo mismo procuro persuadirme lo contrario,
respondió el Conde, pero la sorpresa que le ha causa-
do mi vista, la frialdad y aun gravedad con que me
ha recibido, y.....



Litog. del Archida, Barro-nuovo, 18.



—Estamos perdidos, dijo interrumpiéndole García Nuñez, y entrando precipitado. Nos han vendido: nos han engañado.

Los caballeros estáticos y suspensos perdieron el color del rostro, y se acercaron al funesto mensajero.

—¿Qué ocurre, García? preguntaron con ansiedad.

—Estamos presos, respondió éste. El alcázar se ha llenado de tropas, y todas las avenidas de esta habitacion están ya tomadas. Nuestros criados son conducidos ignominiosamente á las cárceles, y tal vez nosotros no tardaremos en seguirlos.

—Lo veremos, dijo Fernan Gonzalez empuñando la terrible espada, y fue á salir para cerciorarse.

—Deteneos, gritó al mismo tiempo el Rey de Navarra penetrando en la habitacion á la cabeza de su guardia. Toda resistencia que opongais será inútil. Estais bajo mi poder, y nada puede sacaros del recinto de este alcázar.

—¿Y asi guardais el sagrado de vuestra palabra? replicó Fernan Gonzalez.

—¿Y cuál os tengo yo dada? le interrumpió Don García. Ya sé vuestra perfidia y falacia. Habeis querido obligarme á concederos mi hermana propalando una falsa alianza, pero no conseguireis vuestro objeto. El mundo entero sabrá vuestra falsedad, y vos recibiréis el condigno castigo.

—Sois un pérfido, esclamó con furor el Conde Fernan Gonzalez; pero el Rey volviendo la espalda y saliendo de aquel cuarto, puso fin á sus palabras. La guardia rodeó en el momento á los castellanos, y Suer de Stúñiga acercándose al caudillo le dijo con la mayor sumision. No os empeñeis, noble Conde, en una resistencia temeraria. El alcázar está tomado, y no podeis conseguir la libertad de ningun modo. Suspended el furor, y entregadme la espada. Preveo que podreis

justificaros, y añadió bajando la voz, aun os quedan amigos en Navarra.

El Conde quedó reflexivo, pero despues de algunos minutos de silencio, volviéndose á sus caballeros les dijo con serenidad.—Entreguemos las armas. Soló así vencen Don García y Don Vela: y dirigiéndose á Stúñiga continuó. Tomad; aqui teneis esta espada, que jamás salió de la vaina para volver á ella sin ténirse de sangre. Conservadla desnuda, pues no podrá volver á su lugar sin haber tomado venganza; y para que lo asegureis al Rey ved esta piel desecha entre mis manos, y cogiendo la vaina de la espada la hizo pedazos. Decidlo tambien á Don Vela. Hacedle presente que el Conde Fernán Gonzalez ha desnudado su espada y jurado sobre su cruz no volver á recobrarla hasta arrancarle la vida. Enviad á decir tambien á la Reina de León, y este es favor que os pido como á caballero, que Fernán Gonzalez se encuentra preso en Navarra, pero que Castilla está aun en Castilla, y hará temblar sobre sus cimientos el trono del Rey Don Sancho.

—Lo cumpliré todo, Conde, dijo el valiente guerrero, y entregando á sus soldados las castellanas espadas, condujo los prisioneros á una torre del alcázar, donde los dejó sepultados en el horror y la tristeza.

40.

—El era, Señora, él era, decia complacida la jóven Elvira á la Infanta de Navarra. Yo lo he visto en este instante acompañado de otros muchos caballeros presentarse en el alcázar, y he visto á Gonzalo de Stúñiga que de órden del Rey los obsequiaba y hospedaba. Su habitacion dista bien poco de la del Rey, y si no me han engañado mis ojos el Conde se ha dirigido

en busca de vuestro hermano. Yo no sé á qué atribuir esta venida impensada; pero cuando vuestro amante se arriesga á presentarse en Navarra, no debemos dudar de que habrá tenido alguna noticia que le dé seguridad de conseguir sus esperanzas.

Asombrada Doña Sancha con la repentina nueva, apenas podia creer lo que Elvira la anunciaba, y mirando sorprendida á su amable confidenta, yacia tan en inaccion como si perdiendo todo sentido se hubiera convertido en estatua. Asi pasó largo rato, hasta que por fin rompió el pavoroso silencio, y dando un profundo suspiro que hizo salir el dolor de lo mas profundo de su alma, exclamó. — ¡Ay Elvira mia! ¡Cuán prematura es tu complacencia, y cuán infundado el júbilo que has concebido en este instante! Si lo que me anuncias es cierto, si el Conde Fernan Gonzalez desoyendo los ecos de la prudencia se ha personado en este alcázar, yo tiemblo por su persona y no puedo dudar de que su vida está amenazada. El ha venido engañado; él ha sido conducido por la intriga y la falacia.

— ¿Y de dónde lo inferís?

— ¿De dónde? replicó la Infanta, de su repentina venida. Si tuviese un justo motivo para parecer en Navarra ya debería de saberlo, porque para mí seria público, y porque ya lo hubiera anunciado la fama. Pero el sepulcral silencio que ha rodeado sus pasos me llena de susto, y un fatal presentimiento....

— Señora, Señora, dijeron otras de las criadas entrando en la habitacion. ¿Sabeis por ventura que ocurre? Todo el palacio se halla poblado de tropa, y en todas las galerías se están colocando guardias.

— ¡Guardias! exclamó Doña Sancha.

— Sí, Señora, continuaron. No se oye por todas partes sino el rumor de las armas. El deseo de averiguar nos ha llevado hasta la portería, pero la hemos

encontrado ocupada por los soldados del Rey que no han permitido nuestra salida, y....

— ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¿Ves, Elyra, ves á lo que se hallan reducidas tus plácidas esperanzas? dijo llena de dolor la desventurada jóven.

— Señora, contestó ésta. Veo que es mas veraz vuestra alma. Sus presentimientos son ciertos, y talvez una desgracia.... Pero no desconfiemos; acaso estaremos equivocadas, y ese movimiento procederá de otra causa. Si me permitiéseis ir á saberlo....

— No. Ya has oido que la salida está interceptada. No podrás conseguir tu objeto. No será fácil que vuelvas la tranquilidad á mi alma. Yo misma, yo misma pasaré á cerciorarme. Los soldados del Rey no se opondrán á mi salida; mi dignidad les impondrá respeto, y mis órdenes serán cumplidas, porque contra mí no se atreverán á hacer uso de las armas.

— Acompañame tú, Elyra: vosotras en tanto esperadme en esa sala.

Se ausentaron con disgusto las impacientes camaristas, y la Infanta llena de angustia iba á salir de su morada, cuando se mostró á sus ojos el valiente Fortun Sanchez.

— ¿Qué es lo que ocurre, Fortun? dijo con voz agitada al ver al noble Navarro que con el rostro encendido y sus miradas siniestras daba indicios de su desesperacion.

— Una desgracia, Señora, contestó el buen caballero. Una desgracia que sepultando á Fernan Gonzalez en el rigor de los tormentos lo conduce al suplicio; á vos os condena á la tristeza, y al Rey de Navarra, y aun á todos sus guerreros, á la deshonor y la infamia. Fernan Gonzalez está preso.

— ¡Preso! dijo temblando la Infanta. ¿Y cómo ha sido, Fortun?

— Todo lo ignoro, Señora. El Conde ha venido á Navarra sin que yo sepa por qué. Mis criados me lo avisaron, y anhelando por abrazarlo me constituí en el alcázar. Todo era confusion. Millares de soldados cercaban las avenidas, y el palacio parecia un gran campo de batalla. Me apresuré á entrar en él, y encontré al Rey que seguido de Don Vela cruzaba la galería para volver á la cámara. Le pregunté inmediatamente por el motivo de aquel alboroto, y me respondió que el Conde habia intentado forzarlo á consentir en vuestro matrimonio propalando una falsa alianza, y que esperanzado en la fama de ella se habia presentado en su alcázar. Que Don Vela habia descubierto la execrable trama, y que él se hallaba resuelto á castigar con el último suplicio al valiente castellano.—Os juro, Señora, que mi impaciencia no me dejó reflexionar, y á pesar de hallarse Don Vela presente respondí al Rey con entereza que cuanto el mal caballero le habia dicho todo era falso, y que el Conde de Castilla gemia entre cadenas víctima de la perfidia. Don Vela osó replicarme, y yo dando suelta á mi furor le dije que era un infame, y que se lo haria bueno en el campo. El Rey no podia negármelo por mi clase; pero desoyó la voz de los fueros, y su obligacion de hacer observar las leyes; y cual si yo fuese el último de sus esclavos, me ordenó que callase y saliera de su cuarto.

— ¡Dios de bondad! exclamó llena de pena la Infanta. ¿Y sufrireis que la perfidia triunfe así de la inocencia?

— No lo espereis, noble Señora. Antes que una nueva luz borre la memoria de este dia, ya no existirá Don Vela, y á pesar de vuestro hermano yo sabré hacerme justicia con la punta de mi espada. Bastante tiempo he sufrido á ese infame advenedizo. Bastante mal ha causado ya á este reino con sus intrigas é infá-

mias, y yo seria indigno del nombre que tengo si no diese libre salida á mis deseos de venganza. Aunque le oculte la tierra, aunque se ampare del sagrado solio, de alli lo arrancaré á su pesar, y lo haré marchar al palenque para medir su brazo con el mio, y para probar cuerpo á cuerpo la dureza de mis armas.

— Por Dios, Fortun, exclamó la tímida jóven al oír del valiente guerrero tan terribles amenazas. Por Dios, no te precipites: no te espongas al riesgo de los combates; no te hagas víctima del furor de Don García, ni procures dejarme sola, sin consuelo, y enteramente abandonada. Sin tí, sin tus consejos, ¿qué vendria á ser en tan fatales momentos tu desventurada hermana? Fortun, Fortun, bien lo sabes; desde que nos conocemos, desde la mas tierna edad tú has sido mi protector; tú has merecido saber todos los secretos de mi alma; tú has sido para mí un hermano, y yo me he complacido siempre en titularme tu hermana. ¿Y ahora, cuando tu proteccion me es doblemente necesaria, intentas para vengarte olvidar mi situacion y dejarme abandonada?

— Señora.

— No me repliques. Yo conozco la razon con que se enfurece tu alma; pero el furor que te ofusca, y los planes que has formado perjudican á tu hermana. El medio mas eficaz de vengarnos de D. Vela no es el arriesgarte tú á la suerte de las armas; es salvar al fuerte Conde; es arrancar esa ilustre víctima á su traidora venganza. Adoptémoslo, Fortun. Caminemos con prudencia, y demos la libertad al noble Fernan Gonzalez. Su causa es la de la virtud, y Dios nos ayudará. Veamos de justificarlo; demos tiempo á que se descubran las tramas de ese infame y malvado intrigante, y hagamos brillar la verdad sin usar de la violencia.

— Solo vuestra mediacion pudiera contenerme,

respondió Fortun. D. Vela vivirá, pero vivirá interin su existencia pueda ser útil á Fernan Gonzalez. Despues.....

— Sacia tu venganza. Pero ahora olvídate por Dios de ella, y piensa solo en Gonzalez. Mi amor lo ha conducido á Navarra, á la prision y á la muerte. Mi amor debe libertarlo. Hagámosle ver que la Infanta de Navarra es digna de sus afanes; que mi corazon no desmerece del suyo, y que conseguirá librarlo ó morirá gozosa á su lado.

— Tranquilizad vuestro pecho, contestó Fortun, aun existen en Navarra hombres virtuosos que sabrán defender á Fernan Gonzalez. El Rey no puede privarlo de justificarse en desafio ó por los demas medios legales. Cualquiera de ellos que adopte, facilitará el camino de su libertad. Si el primero, porque mil caballeros navarros sostendremos su inocencia; y si el segundo, porque todos los jueces serán á vuestro favor, y en vano se intentará seducirlos por cohecho ó por amenazas.

— Pero ¿y si el Rey enfurecido tratase de activar su venganza, y un atentado espantoso pusiese fin á los dias del valiente castellano?

— No os conturbe ese temor, respondió el caballero. Entonces..... Paseó dos veces la habitacion abismado en la reflexion mas profunda. Entonces..... continuó..... seria forzoso recurrir al último remedio. Des-cuidad, añadió con resolucion. Fernan Gonzalez vivirá si una fatal circunstancia no me ocultase su destino. Tengo un medio infalible de salvarlo.

La alegría iluminó pasageramente el rostro de la hermosa jóven. — ¡Un medio infalible de salvarlo! repitió, dirigiendo al supremo Hacedor una mirada de gratitud. Dime, Fortun, añadió, dime cual es ese medio.

— No puedo, Señora; es un arcano sagrado: solo á vos lo descubriré en este mundo, pero en el último momento, y cuando no haya otro remedio. Debo callarlo entre tanto, porque importa á vuestra honra. Permitidme conservar este secreto, y no dudeis de la verdad de Fortun Sanchez.

— No, mi amigo. Yo jamás puedo dudar de mi protector; del hermano de mi infancia; del mejor de los caballeros navarros. Tú sabes todo lo que sufre mi alma; tú eres el solo en el mundo á quien es conocida la tristeza en que me hallo. Si no procurases mi consuelo desdirias de tí mismo, y yo no creo en tí una contradicción á tus propios principios. Conserva tu secreto, guarda tu arcano, pero no te olvides de él: tú solo puedes poner fin á mi pena y á mi llanto.

— Los momentos son preciosos, Señora, respondió Fortun. Es preciso indagar el estado de los presos; debo saber á quien se ha confiado su guardia. Descansad, y mitigad vuestra pena entre tanto. Yo volveré, y os daré aviso de cuanto sepa.

— A Dios, Fortun, dijo la Infanta. Acuérdate de lo que me has ofrecido. El caballero inclinó respetuosamente la cabeza, y salió á cumplir con sus generosos cuidados.

41.

La prision del Conde Castellano habia llenado de admiracion á los habitantes de Pamplona, y era el objeto de todas las conversaciones, en tanto que Don García asociado del inicuo Don Vela reunia los jueces que habian de pronunciar su sentencia, y procuraba por todos medios que esta fuese la de muerte. No se desperdiciaba momento, y entre tanto que Fernan Gonzalez rodeado de sus fieles compañeros miraba su

situacion hasta con indiferencia, mas agitados que él sus irreconciliables enemigos, se llenaban de temor con la sola idea de que el tribunal que formaban pudiera ser incorruptible. Don García, sin embargo, aparecia mas tranquilo, y dando un ciego crédito á las palabras de su aleve seductor, no estaba falto de esperanzas de que su adversario daria fin á su vida en el cadalso. Un eco sordo de sospecha se levantaba en su pecho, y su corazon latia de cuando en cuando con pavor y estremecimiento. La prudencia de Fernan Gonzalez no le era desconocida, y no podia concebir cómo un hombre tan precavido en la guerra se entregaba en la paz tan ciega y confiadamente á las ilusiones del amor. — ¿Seria posible, se decia á sí mismo, que se le hubiese engañado? ¿Seria posible que Don Vela instigado por el odio que le profesa hubiera trazado una intriga, y quisiera convertirme en instrumento de su perversa pasion?..... No, no es posible, se respondia un momento despues. Yo mismo he visto las cartas que le han dirigido sus amigos de Castilla, y en ellas se anuncia de un modo tan claro la idea que se propuso el Conde, que..... sí, decia de nuevo tornando á la sospecha: es verdad que yo he visto esas cartas, pero tambien pueden ser fingidas y supuestas, porque al fin yo no conozco las firmas de sus autores, ni me consta de su amistad con Don Vela. ¿Pero á qué me fatigo en estas sospechas? sea la causa la que sea, ello es que Fernan Gonzalez se ha presentado en mi alcázar, que su prision está hecha, y que yo debo sincerar mi conducta á toda costa. Júzguenlo, senténcienlo, y si en concepto de los jueces merece la muerte, muera.

En estado tan confuso se encontraba Don García, en tanto que el tiempo con alas veloces iba aproximando la hora en que debía decidirse la suerte del Caste-

llano. Tres dias eran transcurridos despues que su prisión acaeció. Al amanecer del cuarto, los edictos fijos en las esquinas de las calles anunciaban la vista de su proceso, y los patios del alcázar se veian poblados de curiosos que esperaban con ansiedad escuchar cuanto pasaba para repetirlo por todas partes.

—Hasta ha tenido valor de publicar que el Rey nuestro amo le ha ofrecido dos millones de maravedises de oro en cada un año, y por espacio de ocho si admitía por esposa á su hermana, decia uno de ellos á los que le rodeaban.

—¿No os parece á vosotros, preguntaba otro, que ha sido una temeridad el querer asi forzar la voluntad de nuestro Rey?

—Debe morir ese orgulloso castellano, repetian algunos en diversas pandillas que se estaban paseando, y otros figurando tener relaciones reservadas con Don Vela y amistad con los ministros del Rey, exageraban las noticias á medida de su deseo, y daban á la causa que iba á tratarse aquel dia la importancia mas considerable.

Resonaron entonces con estruendo las puertas cerradas de la sala de la audiencia, y los centinelas que la guardia colocó en ella permitieron la entrada al concurso. El Rey de Navarra sentado en su trono y revestido de la púrpura brillante, presidia el tribunal respetable compuesto de doce jueces, entre los que se contaban tres venerables prelados. El silencio y la magestad que adornaban aquel santuario del temor impuso respeto á la concurrencia, y luego se oyó la voz de un portero que repitió por tres veces. *El Rey administrará hoy justicia al Conde Fernan Gonzalez.*

—Navarros, dijo entonces Don Garcia dirigiéndose á los jueces. El caudillo de Castilla vá á parecer á vuestra vista, reo del mas atroz delito. Anheloso por conse-

guir una paz que yo siempre he resistido, y por unirse á mi hermana con los vínculos mas sagrados, ha supuesto que entre él y yo existia cierto convenio, y ha tenido la arrogancia de presentarse en mi corte creyendo que yo no me atreveria á desmentirlo y castigarlo. Dejo á vuestra consideracion la gravedad de su crimen, en que el honor de mi nombre se halla tan interesado. La verdad y vuestra conciencia deben ser las solas guias para pronunciar vuestro fallo. Si el Conde debe caminar á la muerte condenadlo; y si debe ser absuelto ordenad vuestro decreto. Cualquiera que sea la sentencia yo la obedeceré resignado.

Un rumor lejano hizo presentir la llegada de los reos, y el estrépito de las lanzas y armaduras aproximándose por momentos, indicó al público su llegada. Cuarenta guardias del Rey conducian á los desarmados castellanos, en cuyos rostros serenos se hallaba pintado el valor, y otros diez que los seguian llevaban en su centro al invencible Conde, cuyo noble corazon y nunca desmentida magnanimidad se mostraban del todo en su rostro, imponiendo á cuantos le miraban el mismo temor que les hubiese infundido armado de la terrible lanza y en el campo de batalla.

Y Llegado al sitio inferior que se le habia destinado como á reo, miró con desprecio el bajo taburete en que debia sentarse, y volviéndose al valiente Suer de Stúñiga le dijo con dignidad. Un caudillo castellano solo se asienta en el trono; y dando un puntapié al humilde sitio lo hizo volar hasta el centro de la concurrencia.

— Advertid, Fernan Gonzalez, que estais delante de mi justicia, le dijo con orgullo el Rey de Navarra.

— La justicia de los alevos que faltan á su palabra es poco temible para la inocencia; respondió con gravedad el Conde.

— Bien sabeis que sois culpado, prosiguió.

— Decid cuál es mi delito.

— ¿Por qué habeis venido á este alcázar?

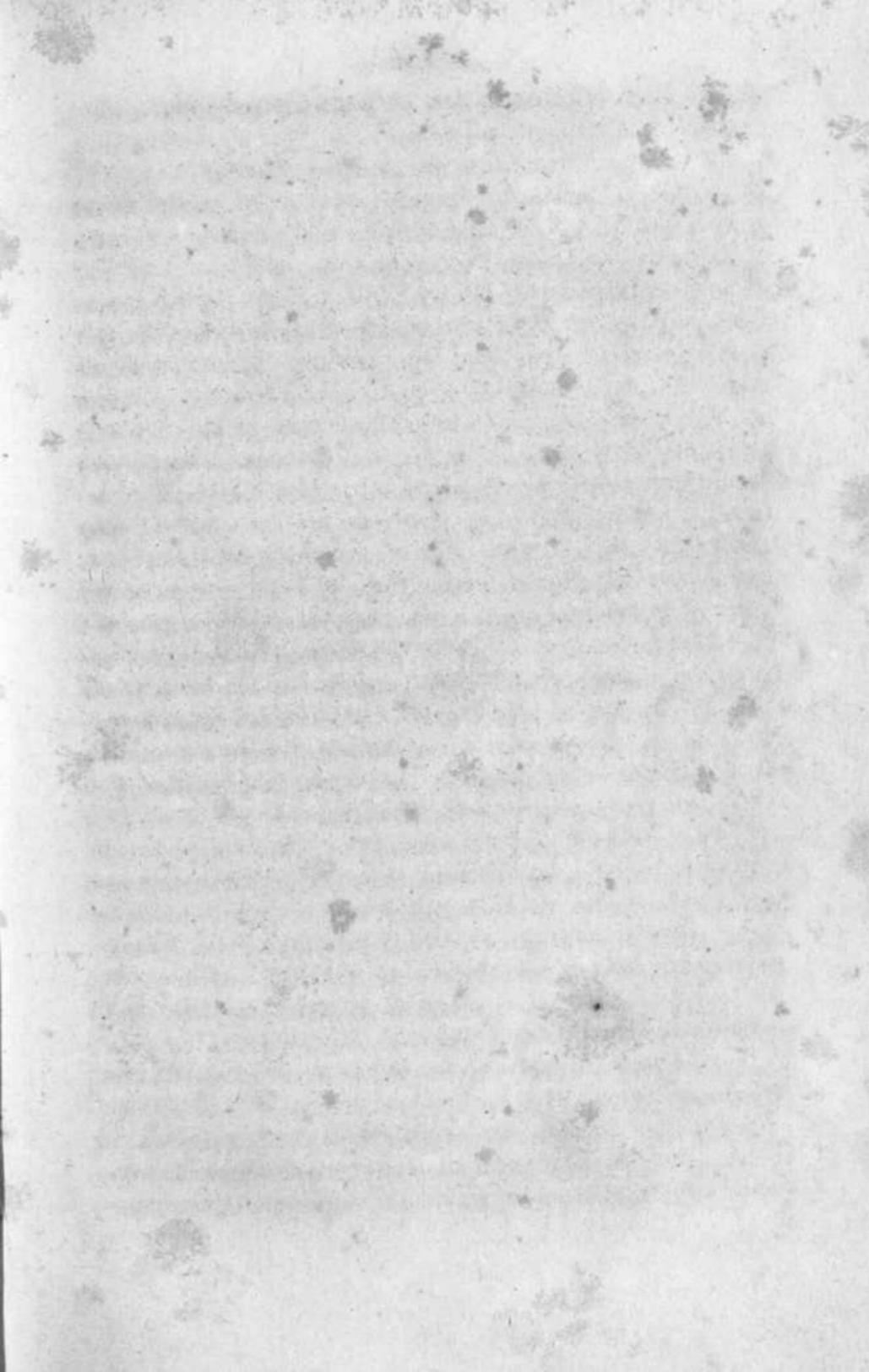
— Estraño que lo pregunteis, dijo el magnánimo preso. Vos lo sabeis como yo. Vos me habeis llamado á Navarra, y habeis cometido una perfidia. Vos me ofrecísteis la paz y la mano de la Infanta, y hollando vuestra palabra y las leyes mas sagradas, me habeis preso en vuestro alcázar. No habeis podido vencerme en el campo de batalla, y quereis conseguirlo por una indigna traicion. Haced bien; ese es el sendero torpe por que deben caminar los cobardes. Esa es la vereda inicua por donde se dirigen siempre las perfidias y bajezas. Ese es ciertamente el medio que os ha propuesto un traidor para acabar con un enemigo formidable á quien jamás hubierais conseguido vencer en mas noble lucha. Habeis hecho mal en preguntarme delante de vuestro pueblo. Sabiais que podia responderos, confundiros y avergonzaros. Si llevado de terror infame ó instigado por la vil alevosía habiais proyectado acabar con mi existencia, debiais haber elegido un medio mas encubierto. Uniendo á la alevosía la ferocidad del asesinato, pronto hubierais acabado.

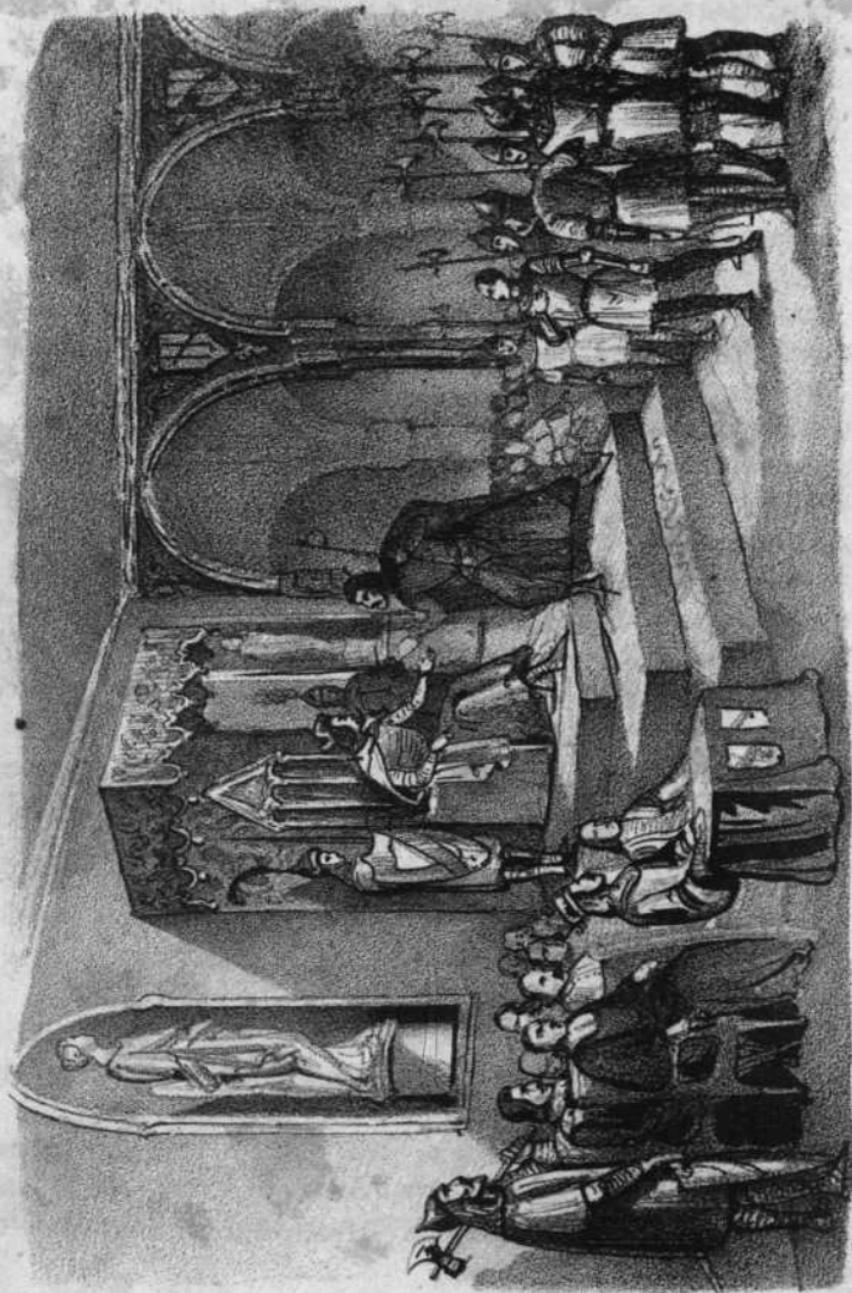
— ¡Temerario! gritó con furor Don García. ¿Y aun os atreveis á insultarme despues de haberme calumniado? ¿Cuándo os he ofrecido la paz? ¿Cuándo os prometí la Infanta? ¿Cuándo os llamé yo á Navarra? Dad, Conde, una prueba de vuestro dicho.

— ¿Una prueba? preguntó el fuerte caudillo. ¿Y os atreveis á pedirla? Os la daré. Mi palabra.

— Vuestra palabra no basta, replicaron á una voz todos los jueces.

— Teneis razon, caballeros, dijo con nobleza el Conde, pero la teneis porque todos vosotros sois incapaces de conocer su valor. Si lo supieseis la aprecia-





Litig. del Artista, Barrio-nuevo 19.

Uruguay 1903

riais cual merece, porque mi palabra no es tan débil como la del Rey de Navarra. El Conde Fernan Gonzalez no es capaz de afirmar una falsedad por conservar una vida que espone continuamente al furor de los combates. Pero ya que lo quereis voy á daros otra prueba, y no será mi palabra. Vos sabeis que la poseo, añadió mirando al Rey Don Garcia. Una carta remitida por vos, y que ha llegado á mis manos por medio de vuestra hermana, noble Reina de Leon, es el testimonio de mi palabra.

— ¡Miserable! dijo el Rey con sardónica sonrisa, y manifestando en su semblante la mayor seguridad de que el Conde se engañaba. ¿Quién os ha sugerido la mezquina idea? ¿dónde está, valiente Conde, la veracidad y valor de vuestra palabra? ¿Dónde esa carta que suponeis? Haced ahora alarde de ella, sacadla de vuestro pecho, mostradla.

— Vedla, gritó con esfuerzo una voz de entre el concurso, y abriéndose paso por medio de la innumerable turba de curiosos espectadores, llegó un anciano peregrino hasta las gradas del trono. Vedla, dijo nueva vez presentando un pliego al Rey, y arrojando la máscara que lo desfiguraba, añadió: conocedme. Yo la presento y la hago buena; y volviéndose hácia el Conde le hizo conocer á su leal caballero el fuerte Gustio de Lara.

La aparicion repentina de la sulfúrea llama de un volcan que se hubiese descubierto bajo los pies del Rey de Navarra no le hubiera sorprendido tanto como la voz y presencia del valeroso Gustio, y abismado en la reflexion mas profunda estuvo bastante tiempo sin articular palabra.

— Tomad, secretario, dijo por fin, y despues de haber recorrido con ojos avaros la carta. Su voz habia perdido la energía, y la palidez que cubria su rostro

bizo conocer á todos la certeza de aquel pliego.

— Esta carta, dijo el secretario, parece, noble Señor, de vuestra venerable hermana. En ella asegura que vos habeis concedido la paz á Castilla, y al Conde Fernan Gonzalez la mano de la ilustre Infanta, y que dejais á su eleccion el pasar á Navarra á realizar el matrimonio ó el esperar en su alcázar.

— ¿Habeis visto bien la firma? preguntó el Rey con voz débil.

— Conozco, Señor, respondió el secretario, la que lo es de mi Señora vuestra hermana, y en lo que puede asegurar humana ciencia, ésta y toda la letra de la carta son suyas.

— Basta, dijo Don García, ese documento debe examinarse con mas detencion. Se suspende la audiencia, y se continuará mañana; y levantándose del sòlio marchó precipitado llevando consigo una parte de la guardia. Los jueces le siguieron á poco rato, y el veraz secretario recogiendo el proceso salió de la sagrada sala. La guardia restante condujo á su prision á los reos, y el pueblo tan pronto en acusar como en defender, volvió á formar corrillos en el patio del alcázar vituperando la conducta de su Rey, y acusándolo con rigor de su amistad con Don Vela.

42.

Grande y general fue el disgusto que el suceso de aquel dia causó en la corte de Navarra, é interesándose todos sus habitantes por el honor de su Rey, vertian mil imprecaciones contra el pérfido traidor que lo habia comprometido, porque nadie ponía en duda quien era el autor inicuo de aquella insidiosa carta. Yacian, no obstante, algunos muy contentos, que

abriendo su corazón al bálsamo consolador de plácidas esperanzas, tributaban mil gracias al cielo por la repentina aparición del leal caballero que sirviendo á su señor había osado emprender una acción tan virtuosa.

La Infanta, llena de amor, no podía contener los trasportes de la alegría, y en el recinto de su habitación se esplayaba con la fiel Elyra, haciéndola partícipe de la felicidad que disfrutaba. Mas.... ¡Infeliz! ¡Cuán cercano tenía otra vez el dolor!

En el momento mismo en que las dos jóvenes se creían lejos de todo cuidado, pasaba en el cuarto del Rey una escena enteramente contraria. El Rey aparecía desesperado y presa del mas horrible furor. Sentado junto á una mesa, y apoyando la sien sobre la mano izquierda, dirigia maquinalmente la diestra á la guarnición de la espada lanzando miradas feroces sobre el pérfido Don Vela, que aparentando un sentimiento profundo apenas osaba alzar del suelo la vista traidora con que á todos aterraba.

— Jamás hombre alguno usó de mayor infamia, dijo por fin Don García. Me habeis desacreditado á la faz de las naciones. Decidme, decidme, Don Vela. ¿Quién ha fraguado esa carta? ¿Quién comprometió á mi hermana? ¿Quién espuso á la murmuración su fama y su honra? Vos habeis sido sin duda. Os conozco y penetro hasta el fondo de vuestra alma.... No busqueis sendero para engañarme. Cuanto pudierais decir para persuadirme de que no habeis sido el autor de esta trama seria inútil y....

— No Señor, replicó el aleve. No intento justificarme. Yo escribí á la noble Reina: soy el autor de la carta, pero no merezco vuestra indignación por ello. El amor que os profeso, el deseo de libertaros de un poderoso enemigo que mas de una vez ha llenado de luto á Navarra, han sido los incentivos violentos que

me movieron á hacerlo. Vuestro bien, y el de vuestra patria.....

— Mentís, le interrumpió el Rey. En vano procurais justificaros. Si hubieseis apreciado mi bien, si hubierais tenido por algo mi honor, no hubierais ofendido mi fama. Vuestro vil deseo de venganza ha sido el móvil de esta torpe intriga. Habeis creído mi corazon tan bajo como el vuestro, y esperabais que yo seria capaz de aprovecharla. Os equivocais, Don Vela. Mis pensamientos son mas nobles, y jamás busco á mis enemigos sino frente á frente y en el campo de batalla. Vos habeis manchado mi nombre. Yo sabré purificarlo. Fernan Gonzalez obtendrá su libertad, y vos sufrireis el condigno castigo.

— Estoy pronto á recibirlo, exclamó al punto el malvado dejando la actitud humilde, y revistiéndose del orgullo más insolente. Podeis imponerme las penas que gustéis, Rey de Navarra. Vos mandais en mi cuerpo, y podeis atormentarlo. Pero.... ¿Qué importa? Vos no mandais en mi alma, y en medio de los tormentos aun podré perjudicaros.

— El Rey lleno de furor daba muestras del mas horrible despecho.

— Sosegaos, prosiguió el inicuo. No me conocéis bastante, y es preciso que sepais quien soy. Yo no temo vuestra venganza. Vos no me castigareis, porque temblareis de mí. Os desafio, Rey de Navarra. No temo vuestro furor.

— ¡Insensato! dijo el Rey echando mano á la espada.

— ¿Qué vais á hacer? preguntó con furor el malvado? ¿creeis que no sabria defenderme? Tranquilizad vuestra ira, y escuchadme un solo instante. Cuando hice venir á Fernan Gonzalez todo lo tenia previsto, y esperaba este momento, pero lo esperaba sin susto,

porque vuestra rabia es imponente contra mí.... ¿Queréis castigarme?..... Hacedlo ante el público concurso; en el centro de los suplicios, en mi postrimer suspiro sabré manchar vuestra fama. Allí sabré calumniaros, y allí sabrá todo el mundo que la Reina de Leon es cómplice de esta trama. Os acusaré de autor de ella.

— Y yo os desmentiré y justificaré mi inocencia, le dijo el Rey interrumpiéndole.

— ¡Vana esperanza! continuó Don Vela. Mis medidas están tomadas á prueba de todo acaso.... No lo extrañeis: cuando vos tratais de recompensarme tan mal un favor que os era tan importante, la venganza me es permitida, y nadie podrá estorbármela. La Reina de Leon, no menos interesada que yo en justificar su conducta, os acusará conmigo, y á pesar de la verdad y de lo alto de vuestro carácter, aparecereis como un traidor á la faz del universo.

El Rey temblaba de cólera, y hubiese sacrificado al temerario Don Vela si las últimas palabras del malvado no lo hubieran sepultado en el terror y la meditacion mas profunda.

Don Vela gozaba en tanto de una satisfaccion completa, y acercándose á D. García, continuó con tono misterioso y tranquilo. Rey de Navarra, no fatigéis vuestra imaginacion. Si queréis salvar vuestra fama, si queréis libertaros de la nota de alevoso, un solo camino os queda, y es ceder á mis consejos. No vacileis en abrazarlo; seguidlo, ó el oprobio pesará siempre sobre vuestro nombre.

— Sois terrible, Don Vela, exclamó Don García con el sentimiento mas amargo. Os habeis hecho dueño de mis acciones. Habeis abusado hasta el extremo de mi confianza, y habeis faltado á la gratitud. Enmendad en parte este daño. ¿Cómo me salvareis de la infamia?

— Facilmente, Señor. Llamad al secretario del Consejo en cuyo poder obra la funesta carta. Hacedla copiar de letra desconocida, reservad el original, y entregadle la copia. Mandad que esta se coteje con letras indudables de la Reina, y la notable diversidad acusará de falsario al Conde Fernan Gonzalez y al insolente castellano que tuvo el atrevimiento de reconvénirnos con ella. Vos quedareis á la vez libre de la nota de infamia y de un terrible enemigo que dispuesto á perseguiros...

— ¿Estais en vos? preguntó el Rey aterrado. No solamente quereis que cubra vuestro delito, sino que exigis de mí que sea cómplice en la trama y que me convierta en asesino.

— Rey de Navarra, replicó el traidor con orgullo, *O seguir mi consejo, ó pasar por alevoso.*

— Sois un malvado, Don Vela, dijo con afficcion Don García. ¡Ojalá nunca os hubiera conocido! Ya no hay remedio. Salvadme. Id, llamad al secretario. ¡Dios mio! perdonadme este crimen, y libradme de tan insidiosos lazos.

— No temais, exclamó Don Vela. Interin yo esté á vuestro lado está segura vuestra corona, y nadie os considerará por un malvado. Salió entonces de la habitacion, y el Rey lleno de pesar se entregó á la desesperacion y al llanto.

43.

— Nadie sino vos, noble Lara, hubiera emprendido un hecho tan arriesgado.

— ¿Y quién, sino vos, generoso Fortun, me hubiese recibido en su morada? respondió el valiente Gustio al ilustre navarro, que cediendo á su generosidad y sin temer á la ira de su Rey, no solamente lo

hospedaba, sino es que se habia declarado abiertamente protector de los tristes castellanos.

— Nada teneis que agradecerme, Gustio. Vos me honrais en esta casa.

— Y si sabe Don García....

— No lo sabrá, dijo Fortun. Tengo seguridad en mis criados, y ellos solos saben que sois mi huésped. Por Dios que si no llegais tan á tiempo esta mañana, el Conde se hubiera visto en el mayor de los riesgos.

— Si mi prudencia no me hubiese detenido antes que él hubiera entrado en la Corte de Navarra, sabed, pues nada debo ocultaros, que me detuve en Castilla para convocarla á las armas. Alvar Fernandez, su gobernador, siguió en todo mi consejo, y las tropas de Castilla estarán ya á estas horas en la frontera de Navarra. Tiendas vistosas ofrecerán un aspecto gracioso, y los soldados sin armas y ligeramente vestidos aparentarán que solamente se han reunido para festejar á la Infanta; pero en el interior de las tiendas se hallan las pesadas cotas y las mortíferas lanzas. Las hostilidades no darán principio sin aviso mio, pero llegado este Navarra se verá inundada. El eco de guerra sonará con voz espantosa; las mayores fortalezas caerán bajo el poder de los irritados castellanos, y vuestro Rey atemorizado se verá en la precision de rogarnos con la libertad del Conde.

— Sois terrible, Gustio, replicó Fortun. En vuestro deseo de venganza todo quereis arrollarlo.

— Os equivocais, Fortun. Mi deseo de venganza no se estiende á los amigos de la virtud, á los hombres honrados como vos. He dicho mal; mis deseos de venganza no son contra los habitantes de Navarra. Un traidor, un solo traidor los escita, y contra él solamente se enfurece y exalta mi alma. Creedme: si llegamos á las manos lloraré tanto como vos la sangre

que se derrame, y mi compasion apenas sabrá distinguir entre navarros y castellanos. La guerra se principará á pesar mio, y..... ¡ojalá que mi venganza jamás fuese necesaria! Nadie mas que yo desea la paz de Navarra, pero veo que será imposible conseguirla ínterin viva Don Vela.

—Creo que ya no debemos temerle. La ocurrencia de este dia no puede dejar de producir utilísimos resultados. El Rey ha sufrido mucho, y yo creo que se habrá desengañado y que se hallará convencido de su perfidia. La suplantacion de su firma y el compromiso de su honor deben haberle hecho conocer enteramente de cuanto es capaz el malvado.

—Pero él sabrá disculparse y seducir á vuestro Rey. Entre todos los hombres inicuos que se producen alguna vez para daño de los otros, no existe ni puede existir jamás uno tan malo como Don Vela. Intrigante y sanguinario conduce sus víctimas al suplicio por los medios mas astutos, y cuando estos no le producen el resultado que se promete, concluye con usar los puñales de la turba de asesinos que continuamente lo rodean. Cuando uno se ha contraído su aborrecimiento no debe vivir descuidado; toda precaucion es poca contra su malicia y.....

— Señor, dijo un page presentándose á Fortun. Un anciano respetable pide permiso para hablaros.

—Que entre, respondió el caballero, y el page salió á cumplir el mandato.

—Os dejaré, Fortun, continuó Gustio. Tal vez tendreis que hablar de negocios familiares, y yo no debo impedirlos.....

— Esperad. No preveo quien puede ser, y vos nunca me incomodais.

— Dios os guarde, caballeros, dijo el anciano entrando en la habitacion,

— Sábio Tello, exclamó Fortun con la mayor alegría. ¿ Vos en mi casa ! ¿ De dónde tanta felicidad ?

— Me conduce aquí un cuidado de la mayor importancia.

— ¿ Un cuidado !

— Si, continuó el noble Tello. Y según lo que ahora veo, os interesa acaso mas aun de lo que creia.

— ¿ De veras, Tello ?

— Tan de veras que no puedo dudar de que habeis de contar entre vuestras felicidades el obtener la noticia que vengo á anunciaros.

— Siempre habeis de ser, Tello, mi favorecedor en todo. Mirad, Gustio, mirad, dijo Fortun con entusiasmo. Aquí teneis al veraz secretario que defendió con tanta rectitud esta mañana á vuestro valiente Conde.

— Tengo una satisfaccion en conoceros, exclamó el castellano acercándosele. Sois un hombre sin igual, y yo me complaceré en teneros por amigo.

— Mi mayor honor, respondió el secretario, está en serlo del valiente Lara. Fortun, añadió mirando al noble navarro, tengo que hablaros reservadamente, y quisiera que pasásemos á otro cuarto.

— No, dijo el valiente Gustio. Yo sé respetar vuestros arcanos, y sentiria seros molesto. Fortun, voy á la habitacion que me habeis destinado. Avisadme cuando podré veros.

El castellano salió, y el venerable Tello despues de recorrer la habitacion para cerciorarse de que no podia ser escuchado, parándose frente á Fortun continuó con acento doloroso.

— ¿ Sois amigo verdadero de los mal venturados castellanos ?

— Lo soy tanto como vuestro, respondió el caballero.

— Pues es preciso que reflexioneis en salvarlos. Nuestro Rey se olvida de su cuna y de su fama, y quiere cometer un asesinato.

— Tello, exclamó Fortun horrorizado. ¿Pensais bien lo que habeis dicho? ¿Sabeis que estais hablando del Rey, y que yo sabré arrancaros la vida si no podeis justificaros?

— Oid, Fortun, continuó el secretario. Acabo de salir del alcázar, y debo volver en esta misma tarde. Son las seis, y si para las doce no hemos librado á los castellanos su muerte es inevitable. Escuchad. Hace cosa de dos horas el implacable Don Vela me hizo llamar á palacio con el encargo especial de que llevase el proceso del Conde Fernan Gonzalez. Pasé luego á obedecerlo, y le encontré con el Rey. Tello, me dijo éste con voz terrible. Mucho me has disgustado esta mañana. He cumplido con mi deber, le respondí, y creo que no os he ofendido. ¿Tienes la carta de mi hermana? continuó. Está unida al proceso á que corresponde, le dije. ¿Y lo traes? No, Señor, le respondí. V. A. tiene mandado que todos los expedientes obren en el archivo, y yo no he debido sacarlo. ¿Y no te lo mandé yo? me contestó con furor. No Señor, le respondí. Me lo previno Don Vela, y no me creo en obligacion de obedecer sus mandatos. Basta, Tello, exclamó Don García. Es preciso que me traigas el proceso. Quiero quitar de él la carta, y poner en lugar suyo una copia. En esta noche te aguardo para cumplir mis deseos. No me repliques ni te opongas. De tu obediencia pende tu vida, y yo sabré vengarme si no hicieres lo que mando. El golpe del rayo no me hubiera dejado tan confundido; pero viendo salir al Rey seguido de su inicuo seductor, conocí que no habia mas remedio que sumbir á sus mandatos. La desgracia de los castellanos es infalible, si vos, Fortun, no procurais salvarlos.

— ¡Salvarlos! repitió tristemente el guerrero. ¿Y cómo, Tello, cómo he de poder hacerlo? la presencia de Don Vela y el favor que se le dispensa en palacio nos cierra todos los caminos. El Rey ya no es para mí un hermano; ya no es el amigo de mi infancia. La amistad que en otros días me profesaba desapareció, y entregado al pérfido que lo seduce hasta me desprecia y ofende. Si yo le hablase en favor de los desgraciados presos era segura su muerte. Mirad vos, Tello, si podré salvarlos.

— No seais tímido, Fortun, continuó el anciano. El mal es urgente, y todo debeis arriesgarlo. Id, hablad, y si no conseguís su libertad al menos tendreis el consuelo de habérsela procurado.

Interin que Tello hablaba, el generoso Fortun entregado á la reflexion formaba los proyectos mas arriesgados, y su rostro daba indicios de tristeza, cuando midiendo todas las circunstancias encontraba imposible la consecucion del plan que se proponia. La esperanza por fin iluminó alegremente su rostro, y tomando la mano de Tello exclamó.

— Sí, amigo mio, es preciso, es forzoso salvarlos; pero no soy yo quien ha de hacerlo. Vos, Tello, vos habeis de procurar el honor á nuestro Rey, y la vida á los castellanos. ¿Teneis en vuestro poder el proceso?

— Vedlo, contestó el secretario. Lo llevaba cuando me lo pidió el Rey, pero no me pareció conveniente entregarlo.

— Me alegro, dijo Fortun. Es preciso que no lo entregueis.

— ¿Y cómo podré evitarlo?

— Ausentándoos de Navarra. No hay mas medio de salvar á los castellanos, y de poner á cubierto vuestra acreditada virtud. ¿Quereis seguir al Conde Fernan Gonzalez? Yo os respondo de vues-

tra familia: su seguridad queda á mi cuidado.

La proposicion de Fortun era la mas arriesgada que pudiera presentarse á un hombre de avanzada edad, en quien el amor al suelo que lo vió nacer crece y se aumenta en proporcion á los años; y asi fue que el venerable Tello vaciló mucho tiempo sin resolver cosa alguna. Triste y sensible le era abandonar su familia y su patria por el bien ageno; pero si no se determinaba á tan penoso sacrificio, la honra de su Rey quedaria manchada, la sangre de muchos inocentes salpicaria las tablas inmundas del cadalso, y proclamando venganza atraeria sobre la Navarra la desolacion y el estrago. Su situacion era muy penosa, pero su corazon era demasiado noble para dejarle ver con indiferencia la desgracia de su patria, la deshonor de su Rey, y la muerte de los castellanos.

—Resolvió. Lo seguiré, exclamó finalmente. Prefiero abandonar mi patria á ser cómplice en el crimen mas horroroso.

—Está bien, dijo el caballero. Esperad. Y saliendo precipitado volvió al momento con Gustio.

—Es preciso, amigo Lara, continuó, que salgais ahora mismo de esta Corte. Marchad por la puerta de Castilla, y esperad á la distancia de unos cuatrocientos pasos. Dos criados míos se os reunirán á poco rato, y os llevarán á un ermitorio que dista sobre una milla de la ciudad á la izquierda del camino. Esperad en él al virtuoso Tello y otros dos sirvientes, y deteneos hasta el rayar de la aurora. Entonces iré yo á buscaros; pero si no fuese no me espereis por mas rato, y huid procurando arribar precipitadamente á Castilla, y dejad volver á mis criados; y sin esperar respuesta salió presuroso dejando á Tello y á Gustio libres para disponer cuanto les era necesario.

44.

— ¿Has oído, Leonor, alguna cosa de los presos castellanos? preguntaba Doña Sancha á una de las damas que la servían, en tanto que el noble Gustio prevalido de las sombras de la noche que le facilitaban el medio de ocultar á todos sus pasos, abandonaba la corte de Navarra, lleno siempre de esperanzas de libertar á su Conde.

— Sí, Señora, respondió la jóven. Parece que su causa presenta ya un aspecto mas favorable. Dicen que Fernan Gonzalez ha presentado una carta de la Reina vuestra hermana en que le aseguraba que vuestro enlace estaba ya concertado.

— Es una verdad, Leonor, pero tambien aseguran que esa carta, aunque escrita por mi hermana, ha sido el fruto de un engaño, y que la reprueba el Rey. ¿Qué piensan de eso los navarros?

— Dicen, Señora, que cuando S. A. asegura que el pliego se formó sin su anuencia, no puede menos de creérsele; pero que ello no obstante, el Rey debe inmediatamente dar la libertad á los castellanos, que si han venido á Navarra lo han hecho por un engaño. Todos culpan á Don Vela de autor de una alevosía.

— No se equivocan, Leonor. Esa carta es de mi hermana; es fruto de las intrigas del malvado. El no piensa en otra cosa que en vengarse de Gonzalez, y todo lo sacrifica á su sangriento deseo.

— Sí, Señora, respondió. ¿Quereis creer que no puedo mirarlo sin horrorizarme? Su color pálido y sus ojos hundidos, vivos y penetrantes, me asentan al mismo tiempo que sus miradas feroces, y las de cuantos criados le rodean me llenan de terror y de espanto.

— Don Vela es un malhechor, contestó la Infanta; su vida es un compuesto de crímenes, y yo no sé cómo ha logrado seducir al Rey mi hermano. Tiemblo cada vez que lo veo presentarse en el alcázar, y mi corazón palpitante se quiere salir del pecho. Mi alma se entristece á su vista, y hasta el eco de su voz me sirve del mas funesto presagio.

— Nada tiene de particular que así os suceda, Señora. Don Vela es el enemigo de vuestro amado, y os debe causar horror; pero lo mas extraño es que á las demas tambien nos lo inspira, y á nadie amamos que pueda ser su enemigo.

Un ruido ligero suspendió la conversacion de las jóvenes, y dirigiendo la vista á la puerta vieron entrar á Fortun, que examinando la habitacion manifestaba en sus acciones y rostro que se hallaba poseido de un afflictivo cuidado.

— Me alegro de verte, Fortun, dijo al momento la Infanta. Hoy ha sido para mí un dia de felicidad y consuelo; y no solamente he extrañado tu falta, sino que ahora mismo me asombra el verte tan triste y acongojado.

— Es preciso que lo esté, respondió el fiel caballero.

— ¿Y no podria yo saber?.....

— Precisamente vengo á hablaros, respondió Fortun. Tengo que noticiaros un secreto funesto y terrible, pero que el saberlo es para vos tan preciso como la existencia.

— ¡Fortun! exclamó la Infanta, y su voz apagándose entre sus labios no fue suficiente á espresar su sorpresa y su pena.

La joven Leonor aterrorizada tambien á la vista de aquel cuadro quedó confundida, y conociendo que su presencia impedia al caballero que descubriese el ar-

cano, saludó con el mayor respeto, y salió inmediatamente del cuarto. Fortun la siguió hasta la puerta, y luego que se cercioró de que estaba solo exclamó.

— Escuchad, Señora, escuchad. Es preciso recurrir al último remedio para libertar al Conde. El Rey, vuestro hermano, cediendo á las viles instigaciones de Don Vela, trata de cometer un asesinato. Esta misma noche á las doce debe formarse el tribunal pretestando que un aviso de intentar la fuga los castellanos lo obliga á resolver con tanta premura. El Rey quiere hacer desaparecer la carta de vuestra hermana, y al amanecer dar fin á la vida del valeroso Gonzalez. No lo conseguirá, por cuanto el veraz secretario se ha fugado, y los respetables jueces están prevenidos; pero nosotros no debemos descuidarnos. Don Vela está ya encargado de la guardia de los presos, y todo debemos temerlo de este malvado. El puñal y el veneno son familiares á ese tigre, deshonra de la humanidad, y el Conde está espuesto á perecer á cada paso.

— ¡Y yo lo creía ya libre! exclamó con angustia la Infanta, y un temblor horroroso anunciaba en ella un funesto desmayo.

— Por Dios, Señora, no os aflijais, la dijo Fortun acercándola un vaso de agua. Os dije que el Conde se salvaria, y á eso vengo á vuestro cuarto. En él existe el camino que ha de conducirle á su alcázar; y aun cuando su salida de Pamplona ha de producir una guerra espantosa y ha de atraer á Navarra los mas fatales desastres, la amistad me obliga á descubrir os un arcano que solo en este caso saldria de mi pecho, y á ser infiel á mi Rey para defender su honra.

La Infanta asombrada contemplaba á Fortun sin articular palabra, y no podia comprender cómo dentro de su cuarto, que le era tan conocido, habia de existir una comunicacion con la obscura torre en don-

de suspiraban los castellanos, y que se hallaba al opuesto costado. Rompió por fin su silencio, y dirigiendo al caballero una mirada dudosa le dijo.—¿Aquí está el camino que debe conducirle á su alcázar?..... ¡Ah Fortun! Si otro fuera quien me ofrece este consuelo creeria que abusaba de mi confianza, y trataba de aliviarme con engañosas promesas.

—Pues yo juro por mi honor que son ciertas mis palabras. Conozco este alcázar, Señora, mejor que sus habitantes, y no existe en él cosa alguna que para mí sea reservada. Ya sabeis que mi padre habitó en él mucho tiempo, y que yo tambien he pasado á vuestro lado todos los dias de mi infancia. Varias salidas secretas pueden librar á los Reyes de los peligros que les amenazan. Todas las conozco, todas las he recorrido, y precisamente aqui, en esta misma sala, teneis una que conduce á la torre, y aun á todas las habitaciones del alcázar.

—¡Dios mio!

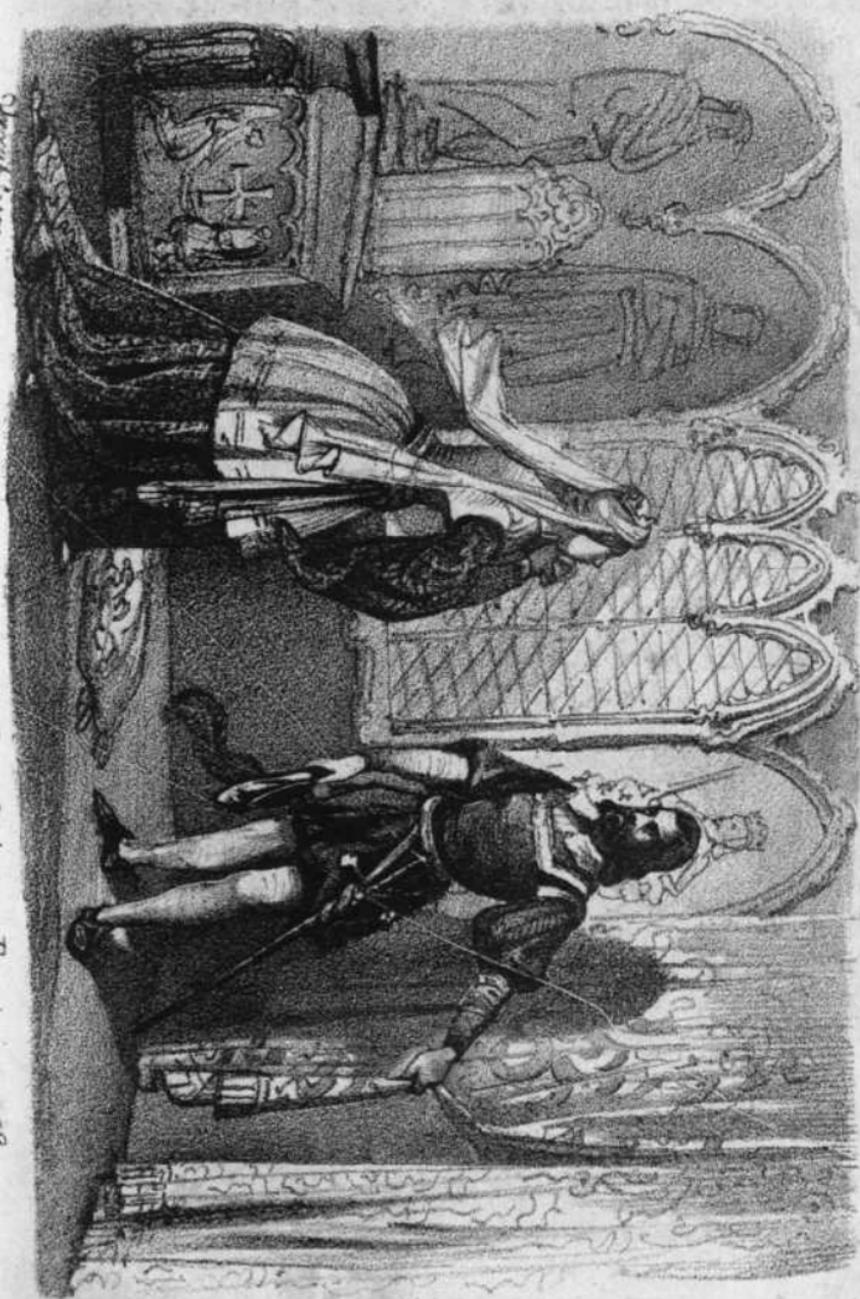
—No lo dudeis ya. Venid, vais á ser vos misma la protectora del Conde..... Acercaos..... Aqui..... ¿Lo veis?..... Aqui se encuentra una puerta.

—¡Una puerta!

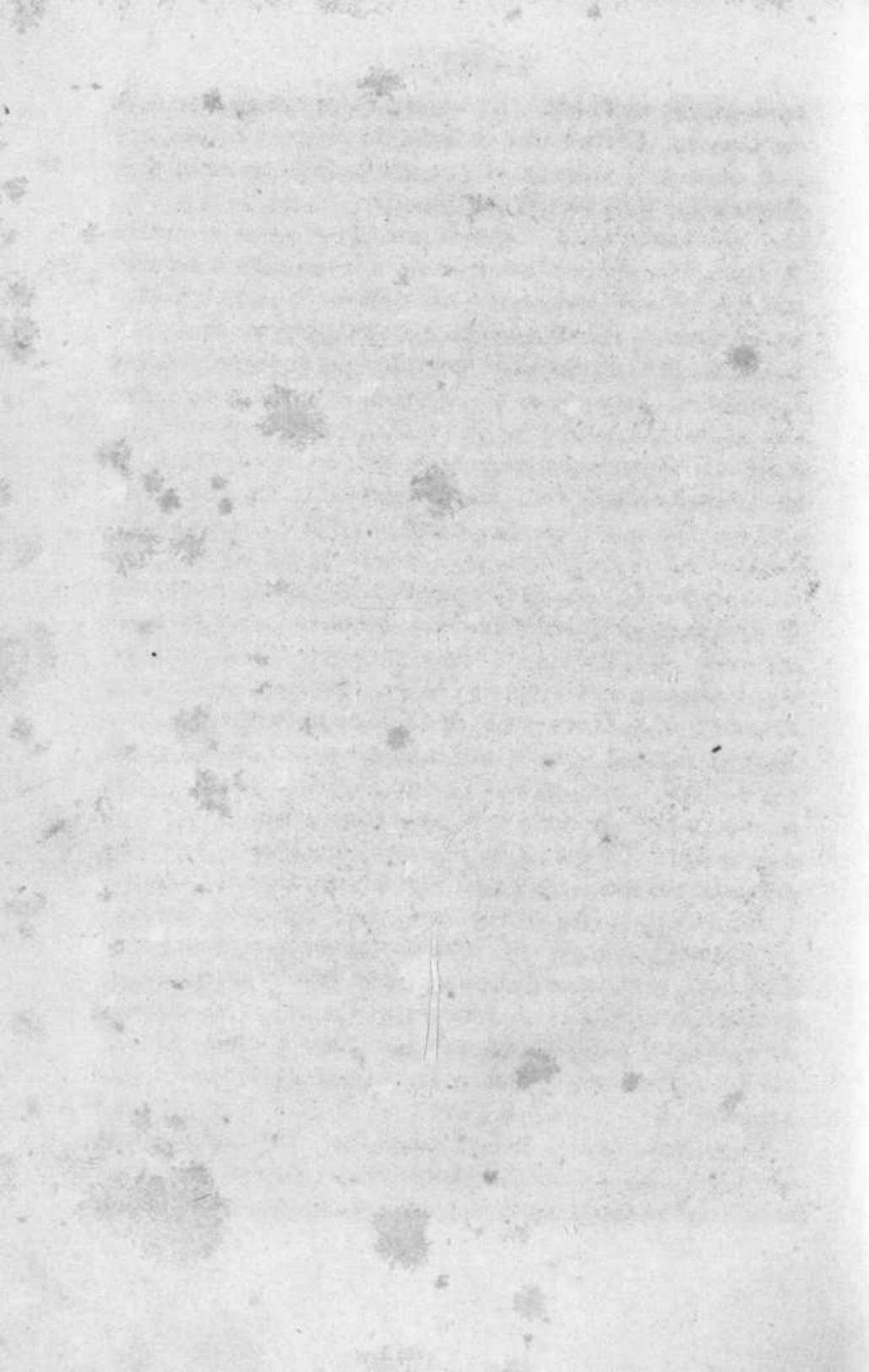
—Sí, Señora, continuó Fortun, levantando el tapiz que la ocultaba. ¿Veis este cordon misterioso que apenas se distingue y se confunde con la pintura? Pues él es el solo lazo que sostiene en la prision á vuestro amante. En el momento que lo solteis, el valiente castellano está fuera del alcázar.

—¡Ah Fortun! exclamó Doña Sancha. ¡Cuán generoso eres en tus pensamientos! ¡Cuán grande es el consuelo que has dispensado á mi alma! Vamos, amigo, vamos, no perdamos un instante..... No, no: detente... espera, dijo llena de terror. No toques á ese cordon. Mi suerte funesta no me permite gozar ni el triste con-

St. Michael



L'Inca d'Azov, Barriera, 18.



suelo de la esperanza. El remedio que me ofreces es un engaño, Fortun. El peligro de los castellanos será mayor en esta morada. Si los sorprenden en ella, si al llegar á las puertas del alcázar.....

— Tranquilizad vuestro pecho, replicó el noble Fortun. Los ilustres prisioneros no vendrán á vuestro cuarto. El asilo del honor y de la virtud no se profanará nunca por los labios venenosos de la murmuradora fama. Desde la torre en que gimen caminarán á Castilla sin tener que pisar ni uno de los corredores del alcázar. Confiad en quien tiene por vuestro bien mas interés que vos misma, y decidme solamente si me permitís abrir esta puerta reservada.

— ¿Y pudiera yo negártelo, dijo alborozada la Infanta.

— Venid, prosiguió Fortun. Sed vos el instrumento de una empresa tan dichosa. Tirad del cordon misterioso.

La mano de la ilustre jóven temblaba al tiempo mismo que su corazon palpitaba de alegría, y un ruboroso carmin cubrió sus mejillas, cuando haciendo un ligero esfuerzo oyó sonar un resorte, y vió que la oculta puerta se abría casi espontáneamente.

— Sois dichosa, dijo Fortun al instante, y precipitándose en la tortuosa galería que se divisaba, continuó. Ya estoy vengado, Señora. La rabia y la desesperacion afligirá á Don Vela antes que pase mañana, y el Conde Fernan Gonzalez caminando hácia Castilla, dispondrá contra el malvado de la fuerza de su espada. Descansad, y disfrutad del contento. Cuando volvamos á vernos, mis valerosos amigos no estarán en este alcázar.

— Dios proteja tu intencion, exclamó la apasionada jóven, y oyendo á Fortun que cerraba la puerta dejó caer el tapiz ocultador del arcano, y se abismó en

la duda, en la meditacion, y en el recelo. La presencia de sus damas vino al fin á distraerla, y la conversacion que tuvo con Elvira, en la que le descubrió el interesante secreto, la llenó de satisfaccion y consuelo.

45.

— Es el mejor de mis amigos, decia el Conde de Castilla hablando á sus caballeros del intrépido Gustio, al mismo tiempo que Fortun y Doña Sancha se fatigaban en discurrir los medios de libertarlos. El fue el solo que en Castilla se opuso á mi marcha, y no tuvo inconveniente en escitar mi furor cuando se apoderó de la carta. Si hubiera sido mas condescendiente entonces, hoy no hubiese justificado yo mi palabra.

— El solamente en el mundo es capaz de lo que ha hecho, contestó Pelayo Pelaez. Para presentarse en Navarra y desafiar la ira del Rey no basta un valor comun, y se necesita un corazon demasiado generoso. Es preciso confesar que es el héroe de Castilla.

— Cuando salgamos de aqui, añadió el jóven Garcia, debemos reconocerle por dueño de nuestras vidas. El nos ha conservado el honor y la fama. Sin su presencia las astucias de Don Vela hubieran logrado su objeto, y la cuchilla del verdugo dividiria mañana nuestras cabezas si él no hubiera presentado la carta.

— Gracias á Dios, ya estamos fuera de cuidado, contestó Pero Ruiz. Mañana se nos pondrá en libertad, y tal vez volveremos á Castilla mas gozosos de lo que deseábamos. Mucho hubiera sentido morir en Navarra, señores. La idea de que Don Vela era testigo de mi desgracia, y se gozaba y se complacia en mirarla, me hubiera llenado de rabia en mi postrimer momento.

— Pues á mí no, replicó Pelaez. Resuelto á morir hubiera marchado impávido al patibulo, y solo hu-

Biera pensado en dejar un ejemplo horroroso á mis deudos y á mis amigos. Tranquilo y sereno al recibir el golpe fatal, hubiese hecho conocer á Don Vela la diferencia que existe entre la muerte de un traidor y la de un fiel y leal caballero. Mas no hablemos ahora de eso, y ya que el valor de Gustio nos libertó del peligro, pensemos solo en lo que debemos hacer para demostrarle nuestro agradecimiento y darle un testimonio público que eternice su memoria en el libro de la fama.

— Si lográsemos lo que pensais, dijo el valeroso Conde, yo cumpliria por vosotros, y Gustio recibiria de mi mano la recompensa que desea. Yo sé lo que apetece su alma. Una palabra mia, una sola palabra de reconocimiento, es para el fiel caballero el mayor premio á que aspira, pero no podrá escucharla; en vano esperamos la vida. Sus pasos, su generoso procedimiento, no bastan á libertarnos; y si no me engañan mis pensamientos saldremos de esta mansion para marchar á la muerte. Presos por una impostura pereceremos por otra. El traidor que aqui nos tiene no perdonará ni momento ni medio, y aprovechando las ventajas que le da su posicion para aterrorizar al Rey, logrará persuadirlo de que le conviene tomar parte en sus proyectos.

— ¿Y por qué pensais asi? contestó el jóven García. La carta que Gustio trajo está ya unida al proceso y el secretario afirmó su identidad. O Don García y sus jueces han de faltar á su deber del modo mas escandaloso, ó de lo contrario deberemos ser absueltos.

— Poco conoces el mundo, dijo el generoso Conde. El Rey de Navarra avergonzado de ser el juguete de la intriga, y el instrumento mezquino de una venganza sangrienta habrá reconvenido al traidor, pero en el fondo de su alma se alegra de verme preso.

— Teneis razon ciertamente, pero yo no encuentro medio por donde pueda rebatir la prueba de nuestra inocencia que existe ya en el proceso.

— Si tuvieras tú el corazon de Don Vela ya lo hubieras encontrado, respondió Fernan Gonzalez. El hombre inicuo que supo conducirnos á esta torre no puede ignorar el modo de comprometer al Rey á terminar á su gusto este funesto sucesó. Desengañémonos, caballeros. Lo mismo estamos en esta noche que en la anterior, y nada basta para librarnos del riesgo. Si Don Garcia tiene interés en administrar justicia, lo tiene aun mayor en deshacerse de nosotros, y por mas que trabajen nuestros amigos mañana por la mañana moriremos. No lo dudeis, compañeros. El malvado que nos persigue está maquinando ahora y poniendo en ejercicio todas las perfidias y bajezas que es capaz de sujerirle su alma. La seduccion, el cohecho, y quanto es capaz de hacer al hombre olvidarse de la virtud y sacrificarse al vicio, todo se estará poniendo en juego contra nosotros, y es preciso que nuestros jueces sean inaccesibles á las mas lisongeras promesas para que no perezcamos.

— ¿Y creeis que nuestros amigos desaprovecharán el tiempo? Ya sabeis, dijo el doncel, que Fortun es un fuerte y noble caballero; que no descansará un instante hasta conseguir salvarnos, y Suer de Stúñiga secundará sus esfuerzos.

— ¿Y qué pudieran hacer? Tú no has visto, Garcia, como hace pocos momentos que la guardia de esta torre se ha quitado á nuestro amigo y se ha confiado á Don Vela. Ese cambio inesperado nos avisa nuestra suerte. El Rey ha desconfiado de Stúñiga, y tal vez los pocos amigos que nos quedan en Navarra, perseguidos como nosotros, esperan en este instante una suerte no menos funesta.

— Sea lo que queráis, Señor. Ya salgamos de esta torre, ya caminemos al sepulcro, siempre marcharemos gozosos al verno á vuestro lado. Compañeros, dijo el valiente doncel, una sola noche de vida nos queda. Ved qué debemos hacer; alejemos de nosotros toda idea de melancolía y tristeza, y procuremos alegrarnos. No tengan siquiera nuestros enemigos la bárbara complacencia de creernos sumergidos en el terror y el espanto. Hagamos alguna cosa por que puedan aprender que la muerte no nos arredra.

— Si tuvieras la voz serena, dijo Pero Ruiz, yo te aconsejaria que nos distrajeses cantándonos una troba.

— Bueno estará García para eso, replicaron los demas.

— ¿Cómo que bueno, Señores? continuó el doncel. Tengo mas tranquilo el corazon en este instante que despues de una victoria, y creo que podré cantar con voz mas sonora que los que mañana cantarán en nuestro entierro.

— Pues canta, canta, exclamaron llenos de alegría.

— Vamos á ello. Precisamente el buen Stúñiga me permitió al entrar en este calabozo que trajera conmigo esta cítara, y no se equivocó al decirme que tal vez nos proporcionaria algun instante de recreo. Vamos, ¿qué quereis que cante?

— Lo que quieras, respondieron los caballeros.

— Pues escuchad. Ya hace tiempo que tenia deseo de que oyeráis el último romance que he compuesto, y á fé mia, continuó volviéndose al Conde, que hubiera sido una lástima que hubiésemos muerto sin que vos me hubierais dado un aplauso.

— Tú sabes, respondió el Conde, que siempre me agradaron tus versos. Mas lo que te encargo ahora es...

— Que no sean tristes mis ecos. ¿No es así? Pues precisamente lo son. La escena que voy á describir es

muy semejante á la que estamos representando, y ya veis que á la verdad no figuramos un cuadro muy placentero. Ademas, Señor, en el estado en que nos vemos todo canto alegre nos incomodaria, y yo no cantaria bien sino siguiendo en un todo el estado de mis sentimientos.

Ninguno se atrevió á contradecir al jóven cantor, y éste aprovechando su conformidad templó el melodioso instrumento, y despues de hacerlo resonar, con dulces y melancólicos ecos cantó el siguiente

ROMANCE.

En un fogoso alazan

Ligero como los vientos,

Cabe Toledo camina

Un valeroso guerrero.

Triste suspira á las veces

Maldiciendo el hado adverso,

Y otras veces el placer

Pone su rostro sereno.

Amor sin duda le agita,

Pues tan contrarios efectos

Solo pueden promoverse

En apasionado pecho.

Llega á la ciudad al fin,

Y de Alcántara el portero

Lo recibe con disgusto,

Que indica con torbo ceño.

¿Dónde camina el cristiano?

Moro, ¿no lo vés? Yo vengo

Embajador de Ramiro

Junto á tu Señor y dueño.

Entrad al punto, le dice,

Y el valiente caballero

Enclavando el acicate
Partió veloz y contento,
Y sin parar un instante,
En alas de su deseo
Al Zoco camina alegre
Sin-cuidado ni recelo.
Tres veces corrió la plaza
Con semblante placentero:
Tres veces oculta mano
Agitó blanco pañuelo
Detrás de la celosía
Débil reparó á los celos.
Lleno de gozo el cristiano
Marchó á su posada luego,
Y esperó la obscura noche
Que ayudase su proyecto.
La sombra por fin descende;
De nubes se cubre el cielo,
Y en busca de su querida
Marchó luego el caballero.
Una esclava le detiene
Casi del Zoco al comedio,
Y así le dice: Gonzalo,
No desperdicies el tiempo.
Gazul está en el alcázar
Y Zaida te espera luego.
Dile que venga, responde,
Dile que venga y marchemos.
Diez amigos nos aguardan
Con dos caballos ligeros,
Y antes de que el nuevo día
Nos alumbre, ya estaremos
Fuera de todo peligro
Y distantes de Toledo.
Desapareció la esclava,

Y Zaida vino al momento,
Y dijo al cristiano, huyamos,
O mañana moriremos.
El paso agitaron ambos
Mas en vano, su secreto
Habia vendido la esclava,
Y junto al Humilladero
Los aguardaba Gazul
Con veinte moros soberbios!
No se detuvo Gonzalo
A contemplar aquel riesgo,
Y por defender á Zaida
Llevó la mano al acero.
Se trabó la cruda lucha,
Y mil moros al estruendo
Acudieron, y al cristiano
Feroces acometieron.
Gonzalo gritaba, Zaida,
No temas, yo te defiendo,
Dijo repetidas veces
El cristiano placentero.
Ambos callaron al fin,
¡Triste callar! ¡Cruel silencio!
A la mañana siguiente
En las almenas se vieron
Dos cabezas enclavadas
En dos asquerosos hierros.

— Perfectamente, García, exclamaron todos los presos.

— ¿Y vos qué decís, Señor? preguntó el doncel al Conde.

— ¿Qué quieres que diga? Has cantado como siempre, y aun pudiera decirte que mas sereno. ¡Ojalá pudiera yo hacer tanto como tú. Asi me despediria de

quien adoro. Tal vez el silencio de la noche llevaría hasta su morada mis acentos.

— ¿Y qué os impide cantar? Yo no creo que dejes de hacerlo por miedo. Sois demasiado valiente para temer á la muerte.

— Es verdad, pero temo á mi pasión. La idea de lo que padecerá mi amada al contemplar mi peligro me destroza el corazón, y siento por ella lo que por mí propio no siento.

— Pues por lo mismo debéis animarla y hacerle saber que ya que morís por ella marchais al cadalso contento.

— Decís bien, respondió el Conde. Voy á darte gusto, y quiera Dios que mi voz recorra todo el alcázar, y llegue hasta el objeto de mis deseos.

Tomó Fernán Gonzalez la cítara de mano de su doncel, y dando suelta á su voz cantó la troba siguiente.

TROBA.

Cual llama ligera de antorcha brillante

La vida del hombre se pasa veloz.

La parca sangrienta con torbo semblante

Do quiera vivimos nos sigue feroz.

Formamos empero de todo esperanza

Y siempre gozosos queremos vivir.

La muerte sangrienta también nos alcanza

Y nunca pensamos que es cierto el morir.

¡ Ilusos! la muerte, pension de la vida,

Nos sigue do quiera con grande furor.

Miradla serenos, en vano es la huida:

Miradla serenos, morid con valor.

Así á los guerreros que en dura cadena

A Córdoba un dia el moro llevó,

Un fuerte cristiano mirando su pena,

Con rostro sereno mil veces habló.

Un jóven en medio de todos se mira

Que triste lamenta y llora su amor.

Mas alza la frente y ya no suspira,

Y dice á los otros, *morid con valor*.

Marchemos, amigos: marchemos gozosos,

Y venga la muerte de aspecto feroz.

El ruido se escucha.....

— Callad, dijo Pelayo Pelaez. Se oyen pasos en ese corredor, y tal vez vendrán á buscarnos.

— Es verdad, respondió el Conde. Amigos míos, ya llegó el momento de morir. Yo os doy gracias por haberme acompañado, y solamente os encargo que deis á conocer hasta el fin vuestro inalterable valor.

Los caballeros besaron respetuosamente la mano del Conde, y guardando un profundo silencio esperaron el momento infeliz.

— Pronto, amigos, dijo Fortun, presentándose entre ellos. Seguidme, vengo á salvaros.

¡Fortun! exclamó Fernan Gonzalez viendo al generoso navarro. ¿Qué felicidad os conduce á esta prision?

— El deseo de libertaros, y el amor de Doña Sancha. La muerte estiende su mano implacable sobre vosotros, y es forzoso ponerlos en salvo. Estais en el mayor riesgo. La perfidia y la traicion hubieran logrado su indigno deseo si un hombre lleno de virtud no me hubiera descubierto vuestra situacion. Mas no

perdamos el tiempo: cada minuto, cada instante, se aumenta vuestro peligro. Seguidme.

— ¿A dónde?

— A Castilla, á vuestro estado. No vacileis un momento. El Rey de Navarra, seducido por Don Vela, se halla resuelto á asesinaros. Es preciso evitar el golpe funesto. Huyamos.

— ¡Huir! No, Fortun, exclamó el fuerte Conde. Jamás huye Fernan Gonzalez. Yo agradezco tus cuidados, pero no quiero mi vida á costa de una bajeza que comprometa mi fama. Si Don García se asocia con un indigno traidor, si coincide en sus ideas, decrete mi muerte luego, mande que me conduzcan al tormento y al cadalso; sereno y tranquilo marcharé gozoso, y moriré contento porque moriré con honra; pero nunca me vereis huir del peligro, porque el vivir en oprobio no cabe en un castellano.

— ¿Estais en vos, noble Conde, replicó Fortun. ¿Creeis que esta fuga perjudicará á vuestra fama? ¿No conocéis que harta gloria habeis ganado para que nadie sospeche que os fugásteis por cobarde? Vuestra fuga es necesaria, y no es una bajeza huir cuando se teme la muerte y se ha de recibir indefenso. Ademas teneis una obligacion de seguirme. La Infanta me envia á salvaros y no podeis oponeros. Pronto, resolved, y huyamos.

— No os fatigais, Fortun. Tan imposible es que yo conserve mi vida por un medio tan cobarde, como el que Don Vela se proponga libertarme.

— Me obligareis á llamar á la Infanta, dijo Fortun tristemente. ¿Quereis ser, Conde, la causa de su muerte y de la mia?

— De su muerte y de la vuestra, repitió el Conde asombrado.

— Sí, Señor. No lo dudeis, continuó el caballero.

Si no seguís mi consejo, si me obligais á volver, si retrocedo un solo paso, nuestro peligro es seguro. Sabed que esta prision comunica con el cuarto de la Infanta. Si me encuentran en este lugar funesto, mi muerte es inevitable: si retorno á la habitacion de vuestra amada y se encuentra en ella el Rey, el peligro de los dos es aun mas cierto y mas cercano. Resolved, Conde, por Dios, y huid. Hacedlo por vuestra amada, por mí, por estos caballeros, por tomar una justa y terrible venganza, por acudir á vuestro desagravio.

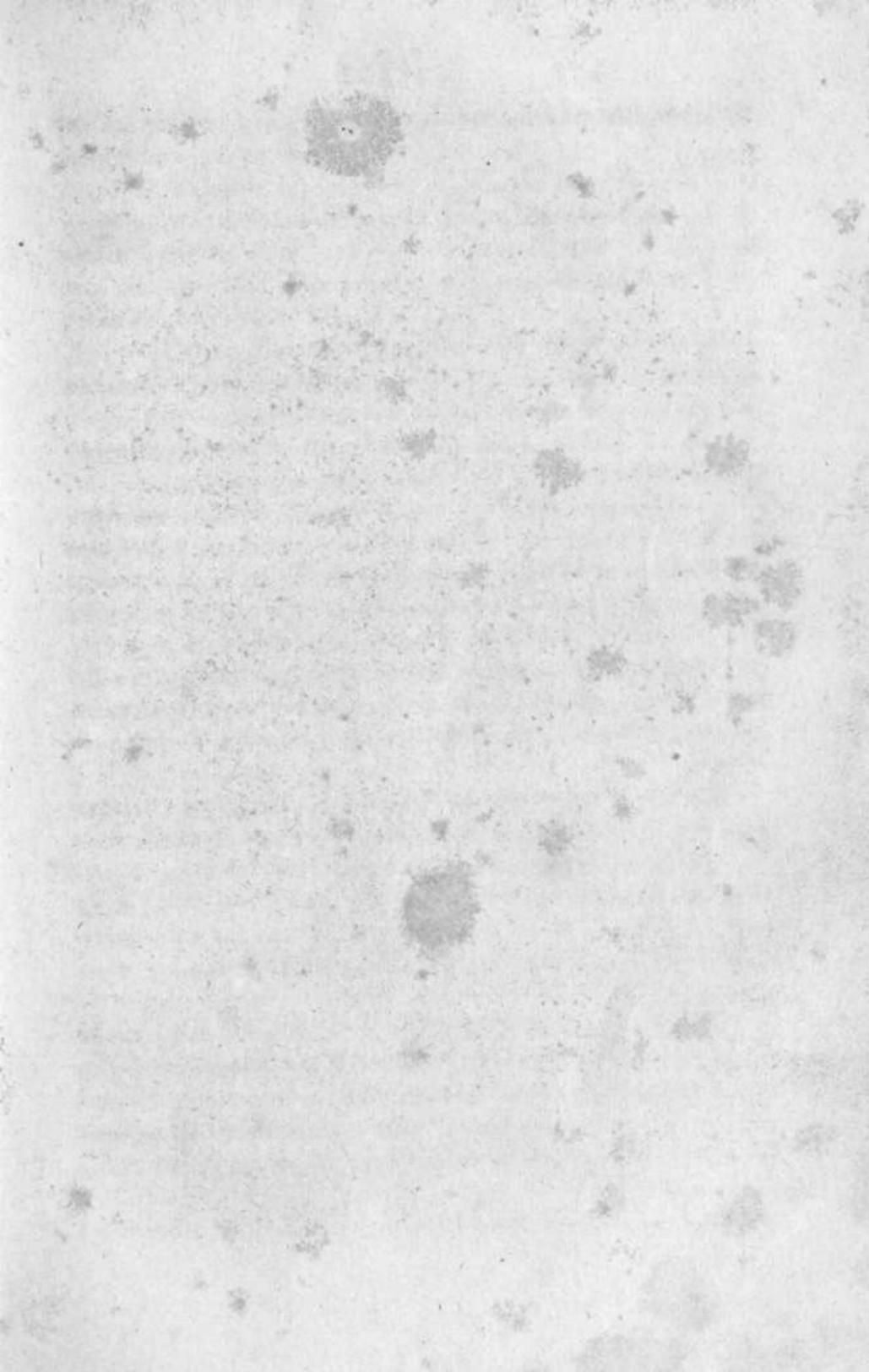
— ¡Y qué se dirá de mí? ¡Ah Fortun! vuestro deseo de libertarme os ha llevado á un peligro.....

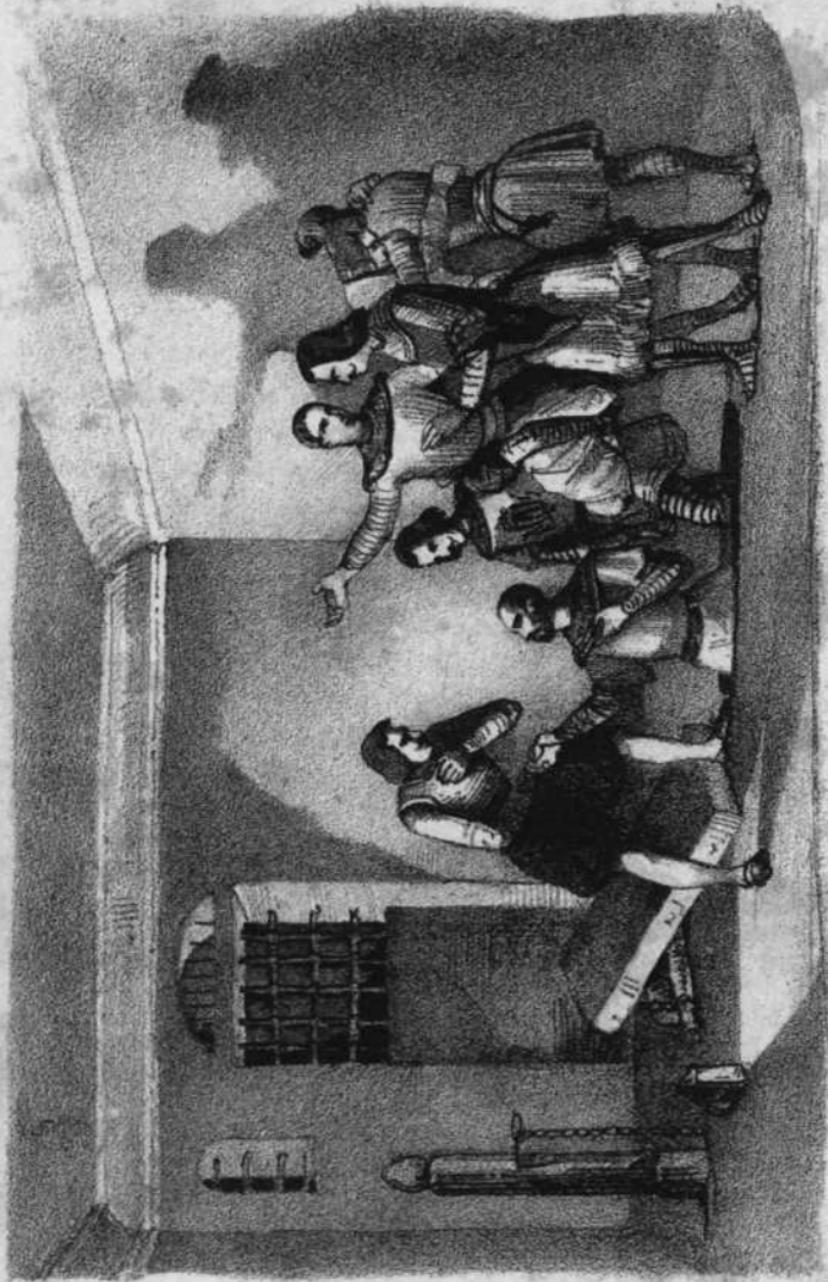
— Que vos debéis evitar. Pensad, Señor, en vengaros, y pensad en vuestro amor. Si huís, aun os queda valor para luchar y acreditaros. Si huís, aun teneis esperanza de poseer á la que amais. Pero si tenaz en la determinacion de no salvaros os entregais á la muerte, la Infanta y yo tendremos derecho para acusaros de autor de nuestras desgracias. Meditad y resolved, pero pronto, á fé mia, porque vuestro riesgo se va aproximando.

— Venciste, exclamó Gonzalez. Venciste. Yo me someto, y seguiré tus mandatos. Pero..... ¡Cuánta sangre ha de costar esta fuga! El amor me obliga á tomar una resolucion cobarde. Yo haré ver que no lo soy. Mi espada hará conocer que si salí de esta torre no fue por conservar mi vida sino para luchar y vengarme.

Lleno de gozo Fortun al oír la resolucion del Conde no se detuvo un instante, y dando una vuelta al pilar que sostenia la cadena descubrió una cuerda, y asiéndola alzó una piedra que situaba en el centro de la habitacion, y dejó ver á todos una obscura y estrecha escalera.

— Acercad esa luz, dijo á uno de los caballeros





Liby dal Artista. Barrio-nuevo, 12,

que luego le entregó la sombría linterna que iluminaba aquella mansión espantosa. Entrad, continuó con el mayor entusiasmo. Ya estais libres.

Penetraron los castellanos en la estrecha escalera, y Fortun dejó caer la piedra que la ocultaba.

—Seguidme, añadió, pasando á la cabeza de la fugaz comitiva, y la condujo á una espaciosa morada. Respiremos. Ya no hay cuidado.

Los castellanos se detuvieron un poco. El reloj del alcázar sonó en tal momento, y el eco de la campana, comprimiendo el aire en aquellos subterráneos, asemejaba un lamento espantoso.

—Las once, dijo Fortun. Pronto hubieran venido á buscaros. Marchemos: y abriendo otra puerta los condujo á una nueva escalera. Silencio, añadió, caminamos por debajo del alcázar. Ayudadme, exclamó á poco rato, y acudiendo los caballeros lo encontraron asido de una pesada cadena. Coadyuvaron á sus esfuerzos, y tirando de ella abrieron una ferrada puerta que les dejó ver un lóbrego callejon, á cuyo final se descubria la opaca luz de la noche.

—Estamos libres, dijo Fortun, y volviendo á cerrar la puerta, añadió luego que vieron el campo, descansemos, y todos los castellanos ardiendo en agradecimiento, lo estrecharon entre sus brazos.

El reloj sonó nuevamente. — Las doce, exclamó uno de los castellanos.

—Ya está descubierta vuestra fuga, respondió Fortun. Alejémonos de este sitio, y vamos en busca de Gustio.

—¡De Gustio! repitieron todos admirados.

—Sí, respondió Fortun. El os espera para conducirnos fuera de Navarra.

Emprendieron entonces su marcha, y Fortun enteró durante ella al Conde castellano de cuanto ocurría

entre Don García y Don Vela. Las voces de algunas personas que conversaban reservadamente llamaron la atención de los caballeros.

— Se oye gente, dijeron á Fortun.

— No tengais cuidado, respondió éste, y adelantándose algunos pasos exclamó con alegría. Aquí está Gustio. Gustio, aquí está Fernan Gonzalez.

El valiente Lara corrió con los brazos abiertos, y estrechó en su pecho á su fuerte caudillo. Los caballeros los rodearon. El agradecimiento y el amor los hacia á todos derramar abundante llanto.

— Basta, Señores, les dijo Fortun. No perdamos así los momentos. Aquí teneis estos cuatro caballos y estas armas; tomadlas los que entre vosotros seais mas esforzados. Vos, Conde, ceñid esta espada, y tomad esta lanza. Montad en este caballo, que es el mas veloz de los cuatro, y poneos inmediatamente en salvo con el virtuoso Tello, que encomiendo á vuestro cuidado. Vosotros, caballeros, marchad con la mayor ligereza posible. Antes de amanecer es preciso que ganeis las alturas vecinas. Luego que os veais en las montañas, armados á toda costa aprovechando cualquiera ocasion favorable y acometiendo las alquerías. Precipitad despues vuestra marcha, y no descanséis un momento hasta llegar á Castilla.

— Generoso Fortun.....

— No es tiempo de darme gracias, continuó el caballero interrumpiendo al Conde. Salvad vuestra vida, y despues podremos hablarnos. Huid, y Dios os ponga en salvo.

Volvió la espalda velozmente, y se ausentó con sus criados. El Conde y el secretario siguiendo su prudente consejo marcharon precipitados, y los demas caballeros en el centro de los cuatro caballos que montaban el fuerte Gustio, Garci Nuñez, Nuño Nu-

ñon, y Fernan Mentalez, los siguieron muy de cerca, afanando por ganar la altura de las montañas, único asilo que esperaban encontrar contra la persecucion del Rey de Navarra, que no dudaron les seguiria muy de cerca, incitado á la venganza por el inicuo Don Vela.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

INDICE

para la colocación de las láminas del tomo
del Conde Fernan González.

LÁMINAS

PÁGINAS

45	Retrato de Fernan González, Conde de Castilla.	8
57	Muerte de Don Sancho Abasco, Rey de Navarra.	22
57	Retrato de Doña Sancho, Infanta de Navarra.	23
61	Fernan González su desposado de Doña Sancho para volver á Castilla.	23
64	Fernan González entra triunfante en la ciudad de Burgo por una brecha abierta en la muralla.	73
68	La Reina de León y Don Pelayo ocupan su contra Fernan González.	92
71	Ataque de tropas navarras.	107
85	García Nájera presenta á Fernan González una carta de la Reina de León invitándole á pasar á Navarra.	128
98	Prisioneros de Fernan González y varios caballeros castellanos en el alcazar de Navarra.	139
101	Vista de la cueva de Fernan González.	151
111	Fortun Sánchez descubre á la Infanta de Navarra la puerta secreta por donde intenta libertar á los castellanos.	163
121	Fuga de los castellanos.	179



INDICE

para la colocacion de las láminas del tomo I.^o
del Conde Fernan Gonzalez.



LAMINAS.	PAGINA.
1 ^a Retrato de Fernan Gonzalez, Conde de Castilla.	8
2 ^a Muerte de Don Sancho Abarca, Rey de Navarra.	23
3 ^a Retrato de Doña Sancha, Infanta de Navarra.	33
4 ^a Fernan Gonzalez se despide de Doña Sancha para volver á Castilla.	58
5 ^a Fernan Gonzalez entra triunfante en la ciudad de Burgos por una brecha abierta en la muralla.	72
6 ^a La Reina de Leon y Don Vela conspiran contra Fernan Gonzalez.	92
7 ^a Avanzada de tropas navarras.	107
8 ^a Garcia Nuñez presenta á Fernan Gonzalez una carta de la Reina de Leon invitándole á pasar á Navarra.	128
9 ^a Prision de Fernan Gonzalez y varios caballeros castellanos en el alcázar de Navarra.	139
10 Vista de la causa de Fernan Gonzalez.	151
11 Fortun Sanchez descubre á la Infanta de Navarra la puerta secreta por donde intenta libertar á los castellanos.	166
12 Fuga de los castellanos.	179

para la colocacion de las láminas del tomo I.
del Conde Fernan Gonzalez.

PAGINA.	LÁMINAS.
8	42 Retrato de Fernan Gonzalez, Conde de Castilla.
23	43 Muerte de Don Sancho Abarrca, Rey de Navarra.
25	44 Retrato de Doña Sancha, Infanta de Navarra.
58	45 Fernan Gonzalez se despide de Doña Sancha para volver á Castilla.
72	46 Fernan Gonzalez entra triunfante en la ciudad de Burgos por una brecha abierta en la muralla.
92	47 La Reina de Leon y Don Vela conspiran contra Fernan Gonzalez.
107	48 Marcha de tropas navarras.
128	49 Garcia Nuñez presenta á Fernan Gonzalez una carta de la Reina de Leon invitándole á pasar á Navarra.
139	50 Prision de Fernan Gonzalez y varios combates castellanos en el alcazar de Navarra.
151	51 Lista de la causa de Fernan Gonzalez.
166	52 Fortun Sanchez descubre á la Infanta de Navarra la puerta secreta por donde intenta libertar á los castellanos.
179	53 Fuga de los castellanos.

BIBLIOTECA RESERVATA.

Como segundo.



